

*Selecta*

FERNANDA SUÁREZ

EL VENENO

*de tu amor*

Unidos por el amor VIII

El veneno de tu amor

Unidos por el amor 8

*Fernanda Suárez*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Prólogo

—Mi vida habría sido mucho más sencilla si la inútil de mi esposa hubiese sido capaz de darme un hijo y no una hija —dijo el duque, lleno de furia, al ver a sus dos hijos jugando en el patio trasero de la mansión. Había sido de lo más humillante sentirse en la obligación de reconocer a un bastardo como su legítimo heredero.

El duque de Windsor había contraído matrimonio a los treinta y ocho años con Rosse Vanderlot, hija de los duques de Somerts, una de las familias más influyentes y con impecable reputación de toda Inglaterra. La joven era un completo éxito en su temporada social; una mujer realmente hermosa con su cabello color miel, sus ojos azules, su piel de porcelana y sus rasgos delicados y elegantes. Era la mujer perfecta para él, pues estaba a la altura de su rango y era una dama en todo el sentido de la palabra, por lo que cumpliría con su papel de duquesa a la perfección; o eso había creído hasta que, después de nueve años de matrimonio, su esposa no conseguía traer al mundo a un heredero. Había perdido cinco hijos, poco antes del parto, debido a dolores extraños, y ninguno de sus embarazos lograba llegar a feliz término. Cuando se había casado con Rosse, había decidido entregarse a ella por completo y respetarla como su mujer, por lo que no había sentido la necesidad de tener una amante; pero la frustración que le generaba la falta de hijos lo había llevado a unirse a una de sus antiguas protegidas. Y entonces lo impensable hubo sucedido: ella había quedado en embarazo.

Cuando su amante hubo traído al mundo a un varón, aun en contra de su ética y posición, se los había llevado a vivir a su casa de campo, en donde se hubo encargado de que les dieran todas las comodidades. Cinco años después, la duquesa había logrado quedar en embarazo y había dado a luz a una niña, pero su esposa había muerto durante el parto. Él ya no tenía la energía para buscar una nueva esposa y se dejó llevar por el deseo de un heredero, no quería que su título se perdiera así que, tras un largo proceso, su hijo bastardo había sido nombrado Alfred Lowell, heredero al ducado de Windsor.

Para un hombre como el duque, al que lo único que le importan son las apariencias y el buen nombre de su familia, había sido humillante aceptar que un bastardo heredara su título; por lo que, preso de la vergüenza, había terminado escondiéndolo del mundo. Alfred había asistido a la universidad y había hecho todos sus estudios casi que en el anonimato. Todos sabían de su existencia, pero nadie tenía la certeza; nadie conocía su rostro ni sus facciones, por lo que bien

podía pasar desapercibido, cosa que no había pasado con su hermana mejor, Cassandra. Había sido mostrada al mundo con orgullo y elegancia, pues no solo contaba con una belleza indescriptible, sino también con inteligencia, astucia. Era una dama perfecta, el sueño de todo caballero.

La relación entre los hermanos nunca había sido fácil; siempre habían estado presentes la envidia y los celos provocados por la relación que recibía el otro, ya fuese el exceso o la falta de atención.

Poco después del matrimonio de Cassandra, el duque de Windsor había enfermado hasta morir. Algunos dirían que había sido de vergüenza, ya que era bien sabido por todos que él había sido quien menos había deseado que su hija se hubiera casado con el duque de Devonshire, pues el caballero era un bastardo que había obtenido el título gracias a las influencias de su familia. Aseguraban que no había soportado ver cómo la buena reputación de su apellido se había ido al suelo. Que la existencia de Alfred se hubiera hecho oficialmente pública solo había terminado de empeorar la situación.

## Capítulo 1

—*P*adre, me gustaría acompañar a Cassandra en su presentación en sociedad. Soy su hermano y es mi deber cuidar de ella y protegerla, velar por su buena reputación —comentó Alfred mientras observaba cómo su progenitor trabajaba con las cuentas que le había entregado el mayordomo. Habían llegado hacia muy poco a Londres y él, más que nadie, se moría por recorrer la ciudad y por disfrutar de las veladas que los nobles ofrecían. Su hermana no era la única ansiosa por conocer el mundo.

—Lo dije una vez y lo repito en este momento, Alfred. Si de mí dependiese, nadie conocería tu rostro hasta el día de mi muerte; pero, como aún estoy vivo, tendrás que esperar un poco más. —El joven soltó un suspiro de frustración. Tenía veintitrés años y aún no asistía a ninguno de los eventos sociales importantes; a veces desearía tener la fortaleza suficiente para enfrentarse a él y defender sus deseos a como diera lugar, pero no era capaz de ello. Su madre siempre le había advertido que nada sería fácil para él; debía ser fuerte y sobrevivir.

—Pero, si me permite decirlo, no creo que sea buena idea esperar a su muerte para que toda la sociedad me conozca; eso causaría un gran escándalo y, en varias oportunidades, usted me ha dicho que es nuestro deber permanecer lejos de las habladurías que puedan poder en duda el buen nombre de la familia —argumentó como si se tratase de un debate en el parlamento y no una conversación con su padre. Años atrás había aprendido que él nunca sería la clase de progenitor que demostraba su cariño o dedicaba un poco de tiempo a su hijo; era un hombre al que lo único que le interesaba era convertirlo en un caballero como él, en alguien que se acercara a lo que el gran duque consideraba digno de ser su heredero.

—No intentes confundirme con las palabras, Alfred; no cambiaré de opinión —declaró con seriedad, sin molestarse en levantar la mirada de los documentos que tenía en su mano.

—Como digas, padre. —Aceptó y centró su atención, una vez más, en el libro de cuentas que le habían asignado, aunque estaba lejos de concentrarse.

—Una cosa más, Alfred: no quiero que tu amante siga entrando por la puerta principal. Por favor, que sea un poco más discreta, o me veré en la obligación de pedirte que la cambies. Hay francesas más hermosas. —Para no darle ninguna razón para querer salir de casa, su padre se había encargado de conseguirle todo tipo de distracciones, incluso a una hermosa francesa que calentaba su cama durante las noches y a quien se le costaba una residencia cerca de allí.

—Se lo haré saber. —Era frustrante que controlaran cada uno de sus movimientos, pero bien prefería dejarlo ser y no luchar contra la corriente.

El duque abrió los ojos y se deshizo de los recuerdos; llevaba varias horas encerrado en su despacho, analizando las cuentas del último negocio en el que hubo decidido invertir. En

momentos así era inevitable no pensar en su progenitor. Él se había encargado personalmente de enseñarle muchos consejos para que su manejo con el dinero y las finanzas fuese perfecto; no podía negar que era gracias a él que sus arcas habían crecido considerablemente desde que el título y el dinero fueron suyos. Era difícil de creer, pero tenía cosas por las cuales agradecerle.

—¡Tío! —gritó el pequeño de seis años mientras entraba corriendo y se lanzaba a sus brazos. El duque se puso en pie y lo levanto dándole un gran abrazo.

—Christopher. —Su hermana caminaba hacia él con una pequeña de tres años tomada de su mano; el caballero no dudó en correr hacia ella—. Claire, mi dulce dama. —La envolvió con sus brazos y sonrió de pura felicidad. Amaba tener a sus sobrinos cerca; llenaban su vida de mucha alegría y energía, tanta que era imposible no contagiarse.

—Yo sé que mis hijos son hermosos, pero por lo menos deberías saludarme, ¿no crees? No sé si recuerdas que soy tu hermana. —El aludido soltó una risita y, dejando a los niños en el suelo, abrazó a su hermana con entusiasmo. Habían viajado a la casa de campo y apenas iban llegando a Londres, por lo que hacía ya mucho tiempo que no los veía, mucho más del que le gustaría.

—Vamos, Cass, no puedes culparme, sabes que amo a mis sobrinos. —Observó cómo los niños corrían hasta el estante en donde él les mantenía varios juguetes con los que podían distraerse, siempre que lo visitaban y que sus asuntos no le permitían jugar con ellos. Christopher le tendió los juguetes a su hermana, y juntos se sentaron en el suelo.

—Si tuvieras tus propios hijos, puede que no estarías tan apegado a los míos. Y no me malentiendas; me alegra mucho que quieras tanto a mis niños porque ellos de verdad te adoran. Pero tú dijiste que tu compromiso estaba casi listo, y quiero que tú seas tan feliz como lo soy yo. Sé que un niño puede darte esa misma alegría. —El duque se acercó hasta la mesa; se sirvió una copa con oporto, que le tendió a su hermana, y una con *whisky*, que se bebió de un solo sorbo. Fue hasta el sofá, tomó asiento y cerró los ojos.

*—Algún día te verás en la obligación de conseguir una esposa para darle un heredero a título. Solo recuerda que tiene que ser una dama en todo el sentido de la palabra, una mujer de buena reputación que sea capaz de cumplir con sus deberes como duquesa de Windsor —dijo su padre con seriedad—. Debe ser una mujer hermosa, de buena familia, sin escándalos que oscurezcan su historia y, si no te da un hijo varón, pues encuentra la forma de tenerlo porque no puedes permitir que el título se pierda —ordenó.*

Alfred abrió los ojos y suspiró; los recuerdos eran inevitables cuando de su deber con el título se trataba. Hacía ya unos años que tenía elegida a la que sería su esposa y duquesa; ya incluso había hecho las debidas negociaciones con el padre de la indicada, pero seguía posponiendo la unión. «Es complicado» fue lo único que le dijo a su hermana menor.

En el momento en que le hubo cedido el título tras la muerte de su padre, se vio en la necesidad de tomar una decisión: o seguía todas las enseñanzas de su padre y terminaba convirtiéndose en el gran duque que él hubiera esperado, o hacía lo que su voluntad le dictaba y que su progenitor se revolviere en su tumba ante la ira. Lo cierto era que no había tenido que pensar mucho y

rápidamente se fue por la segunda opción. Ya que era libre, estaba dispuesto a disfrutarlo al máximo siendo él mismo y no un amargado solitario caballero.

Siendo sincero consigo mismo, gran parte de sus decisiones eran impulsadas más por un deseo de rebeldía hacia su padre que por alguna otra razón; tal vez eso podría explicar por qué había elegido a la mujer que sería su esposa.

Lady Bramson era una declarada solterona, una mujer que estaba cerca de cumplir los veintitrés; no era especialmente hermosa ni poseía algún tipo de característica que la hiciera resaltar sobre las demás damas. Alfred la había visto una sola vez en su vida, y su cuerpo le había parecido aceptable tras su primera impresión. Sus modales eran refinados, pero su buen nombre estaba marcado por el escándalo; ella era justamente todo lo que su padre un día le había prohibido.

—Por favor, Alfred, en cuanto la dama por fin regrese a Londres, quiero ser yo la primera en conocerla y en saber sobre su boda. —Cassandra abrazó a su hermano. Su relación había mejorado considerablemente después de la muerte de su padre, pues entendieron que no eran enemigos. Eran hermanos; prácticamente, aliados.

—Te lo prometo. En cuanto llegue, serás tú la primera en conocerla, aunque lo más seguro es que regrese el día anterior a la boda; pero haré todo lo posible para que la conozcas antes. —Sacó el reloj de su bolsillo y, tras corroborar la hora, se levantó—. Tengo una reunión. Espérame acá en casa y, cuando venga, podemos tomar un poco de té con galletas. —Su hermana asintió y, tras despedirse de los niños, pidió su caballo. Cassandra se encargaba de todas las obligaciones de la mansión que se suponía debían ser de la duquesa.

Al volver a la mansión, después de haber compartido unas onces con su hermana y sus sobrinos, el duque tomó la carta que llevaba guardando ya durante mucho tiempo y llamó a su mayordomo.

—Por favor, que la envíen de inmediato. Es urgente.

—Como ordene, excelencia. —El hombre salió rápidamente del despacho y dejó al duque solo con sus pensamientos. Ya no había vuelta atrás; en esa carta le pedía al conde de Drumlint que se hiciera presente en Londres lo más pronto posible. Se casaría con su hija en cuanto todos los preparativos estuviesen listos; era inútil retrasar algo que ya no se podía cambiar, así que lo mejor era salir de ello de una buena vez.

Ailiana tomó en brazos a su pequeño y fiel acompañante y acarició su cabeza con ternura; el animal movió su cola a modo de agradecimiento. Encontró al perro deambulando en los terrenos de la casa, en busca de algo de comer, y no tuvo corazón para dejarlo allí. Era pequeño y peludo, siempre estaba cerca y listo para defenderla de todo mal, aunque con su tamaño era poco lo que podía hacer —apenas si llegaba a su pantorrilla—, pero eran tan tierno y fiel que lo adoraba.

—¿Tú qué dices, Augus?, ¿algún día estaremos listos para volver a Londres? Yo estoy muy a

gusto aquí y sé que tú también lo estás. —El animal movió la cabeza y ella sonrió; sabía que, estuviese donde estuviese, su fiel amigo estaría a su lado, dispuesto a demostrarle su cariño de una u otra forma, siempre que la tristeza se apoderara de ella—. Ojalá pudieses estar a mi lado cuando me vea obligada a aparecer en sociedad, para que alejes de mí a todos aquellos que quieran dañarme. —El perrito levantó la cabeza como mostrándole todo su apoyo; la joven solo pudo sonreír, elevar su mirada al cielo y susurrar una plegaria.

Su padre acababa de decirle que escribiría al duque para concertar el matrimonio de una vez por todas. Lord Windsor llevaba mucho tiempo aplazando la ceremonia, y el conde se cansó de esperar. Tenerla escondida en su casa de campo solo había conseguido seguir alimentando los comentarios mal intencionados que rondaban por Londres; él ansiaba acallar los rumores de una buena vez.

El nombre de la joven estaba manchado por el escándalo; incluso habían llegado a tildarla de bruja y hechicera. Ella no tenía la culpa de que sus dos compromisos hubieran terminado tan mal.

Durante su segunda temporada, había estado comprometida con el barón de Camoys. Muchos aseguraban que su interés había sido puramente económico, pues sus deudas por el juego eran muy bien conocidas; pero, teniendo en cuenta que la dama no poseía una gran belleza, los hombres interesados en ella eran casi inexistentes. Su padre ansiaba encontrarle esposo y no había tenido reparos en aceptar la propuesta, aunque el único encanto que veía al caballero era su gran dote.

El problema empezó cuando hubo descubierto que su prometido no solo tenía una larga lista de amantes, sino que no estaba dispuesta a dejarlas. Una noche habían ido al teatro y el barón no había tenido ningún reparo en dejarla sola, con su carabina, en el palco privado de su padre para ir a escurrirse entre la oscuridad con su amante. Cuando hubo vuelto en su encuentro, no había podido evitar pedirle una explicación, y aquello terminó en una discusión mucho más subida de tono de lo que se debía y causó un escándalo. Todo había empeorado cuando Ailiana, a la salida del teatro, le había dicho a gritos que desearía que dejara de existir. Esa misma noche el caballero había tenido un grave accidente en su carruaje y, aunque no hubo muerto, tampoco había quedado del todo bien. Su compromiso se había cancelado y los rumores habían empezado.

Cerca del final de su cuarta temporada social, se había comprometido con el conde de Ross. Nunca había logrado conocer cuál había sido su interés en ella, pues no necesitaba el dinero de su dote y la joven no poseía todas las cualidades que se esperaban de una dama; eso sin mencionar que el escándalo de su primer compromiso aún resonaba en los salones de baile. Apenas si habían hablado un par de veces antes de comprometerse, y era muy poco lo que conocían del otro. El problema llegó cuando, durante una de las veladas, después de que le hubiese pedido que bailaran el vals y de que ella se hubiese negado alegando cansancio, el conde le hubo levantado la voz y a punto hubo estado de golpearla. Si Ailiana tenía algo muy claro era que no permitiría que la agrediera, así que ella no lo hubo dudado dos veces y hubo respondido a sus gritos de la misma manera. A los dos días, lord Ross había enfermado de fiebres y había fallecido. De allí que muchos habían empezado a llamarla bruja o, incluso, hechicera; decían que todo hombre que se

fijara en ella terminaría o herido de muerte o muerto.

Luego de ello, Ailiana había quedado marcada como la eterna solterona.

Su padre, en un intento por acallar los rumores —en cuanto hubo muerto el conde—, la había encerrado en su casa de campo y le había prohibido ir a alguna actividad social. Al final se convirtió en una joven muy solitaria; de no haber sido por sus hermanos, habría terminado enloqueciendo en aquel lugar.

Su vida cambió cuando, a los pocos días de empezar su encierro, su padre sonriente le hubo informado que le había conseguido un pretendiente, y no uno cualquiera, sino un duque, el duque de Windsor. Lo que llamaba su atención era que, desde el anuncio de su compromiso, ya habían pasado años, y seguía sin saber nada de su supuesto prometido. Empezaba a creer que todo aquello era un invento de su padre o una sutil forma de mantenerla lejos; ni siquiera conocía el rostro del caballero.

A pesar de todo, fue gracias al duque que su padre dejó de llamarla «la desgracia de la familia» y que sus hermanos venían a visitarla más seguido.

—Vamos, Augus, te dejaré en casa y yo me iré a cabalgar un rato. Tú ya sabes que eso de quedarme quieta no es lo mío. —El perro bajó de sus piernas y, mientras ella iba caminando, su fiel compañero corría a su alrededor. Augus era muy protector y se asustaba cada vez que ella se subía a un caballo, por lo que prefería dejarlo en casa; no quería que sus ladridos y saltos asustasen al animal.

Al llegar a la mansión, cambió su vestido por uno para cabalgar. Ella misma se encargó de ensillar su caballo y salió a todo galope por el campo. El viento y la velocidad la hacían sentir verdaderamente libre, libre de deberes para con su familia y su prometido, libre para seguir sus deseos; aunque, ya que nunca le habían enseñado a soñar, empezaba a creer que ni siquiera eso tenía derecho a tener. Aún no decidía si se sentía bien con el estilo de vida que llevaba o si lo que necesitaba era un cambio que, de una vez por todas, la hiciera sentir viva.

Cabalgó tanto como pudo, se alejó de casa hasta los límites de las tierras de su padre y solo se detuvo cerca de un lago para que su caballo bebiese algo de agua. Al notar que la noche empezaba a caer, no le quedó más opción que regresar; no quería que la oscuridad la cogiese por el camino.

Al acercarse a los establos, soltó un gemido de horror al notar que el carruaje de su padre estaba allí. Habían vuelto de Londres, y solo Dios sabía con qué propósito; en su mayoría, ninguno era bueno. Dejó que uno de los mozos se hiciera cargo de su caballo y subió corriendo a su habitación. Por suerte, allí la aguardaba su doncella, así que pudo cambiarse de vestido con rapidez por uno de noche, acorde con la cena, y bajó al comedor tan pronto como pudo. Pero el conde ya estaba ahí esperándola y, por la expresión de su rostro, algo le decía que no estaba precisamente contento.

—No entiendo cómo es que siempre llegas tarde a la cena. Sabes que odio que me hagan esperar. —La joven hizo una pequeña reverencia y tomó asiento al lado izquierdo de su padre.

—Lo lamento mucho, no sabía que había vuelto de Londres y se me pasó el tiempo. No volverá a suceder. —Su progenitor soltó un gruñido e hizo una señal a su mayordomo para que empezaran a servir la comida. Los sirvientes iniciaron sus labores moviéndose a su alrededor mientras ella mordía ligeramente su labio de abajo; era inevitable no sentirse nerviosa siempre que él la observaba como evaluándola.

—Espero que esta vez cumplas con tu palabra y que de verdad no vuelva a suceder. —El conde sacó de su bolsillo un papel y se lo tendió—. Léelo —ordenó. Ailiana, con manos temblorosas, tomó el papel, lo abrió y empezó a leer.

*Lord Drumlint:*

*Ha llegado la hora de llevar a cabo el enlace, por lo que necesito que su hija se haga presente en Londres, de ser posible, de inmediato. En cuanto llegue, hágamelo saber. Deseo que la boda sea a la brevedad.*

*Windsor*

El corazón de la joven dejó de latir.

—Prepara tus cosas; nos vamos a Londres —ordenó lord Drumlint ajeno a la estupefacción que sentía su hija en ese momento.

## Capítulo 2

Ailiana observó con curiosidad las calles de Londres desde la pequeña ventana del carruaje, mientras intentaba impedir que los recuerdos tomaran el poder. Hacía mucho tiempo que no pasaba por esas mismas calles y, la última vez que lo había hecho, dolor y tristeza había sido lo único que había tenido en su corazón. La gran aristocracia la señalaba y juzgaba, sin piedad alguna, por algo que ella no había hecho; era un tanto ridículo que de verdad pudieran considerar que la enfermedad de su primer prometido y la muerte del segundo estuvieran vinculadas a ella. Pero, claro, la sociedad londinense se alimentaba de los chismes, y ella les había dado mucho de qué hablar, así que solo aprovechaban la oportunidad.

Después de que su padre le había informado que debía regresar para asarse con el duque de Windsor, hubo ordenado a los sirvientes preparar el carruaje y los baúles. Habían salido a primera hora de la mañana y ya estaban cerca de la mansión.

—Una vez lleguemos, podremos cenar, y enviaré una nota al duque para informarle de nuestro regreso. En cuanto sepa cuándo será tu boda, tú decidirás si pides un nuevo vestido o si usas uno tuyo. Lo único que te advierto es que debes estar a la altura de tu nuevo título; a la boda estarán invitados los nobles más importantes de Inglaterra. —La aludida bajó la mirada y asintió para evitar dejar en evidencia los nervios que sentía.

Siempre supo que llegaría el momento de casarse, pero nunca imaginó que sería tan pronto ni que se trataría de un caballero del que lo único que sabía era el nombre.

—Como digas, padre —susurró.

Augus se removió inquieto en sus piernas, por lo que ella empezó a acariciarle la cabeza hasta que se tranquilizó. No había sido sencillo convencer a su padre de traer al perro; incluso había tenido que amenazarlo con subirse al carruaje y —si la obligaba—, cuando conociera al duque, no pronunciaría palabra alguna. Había sido de muchas maldiciones que hubo accedido a que el perro los acompañara con la condición de que, si a su esposo no le agradaba la mascota, lo enviarían de vuelta al campo; lo que el conde no sabía es que ella no estaba dispuesta a renunciar a él.

Al llegar a la mansión, se encerró en su cuarto; su doncella le preparó un baño, y duró en la tina mucho más de lo pensado. Pero no tenía ningún afán, así que se tomó más tiempo del debido preparándose.

—Milady, su padre manda a decir que se ponga el mejor de sus vestidos; esta noche habrá un invitado en la cena. —La joven asintió, restándole importancia al asunto, y continuó arreglándose con tranquilidad. Se puso un lindo vestido verde de muselina que dejaba la piel de sus hombros expuesta y tenía delicados detalles en encaje blanco, tanto en la falda como en la parte superior de sus senos. Su doncella le hizo un pequeño recogido que dejaba un par de mechones caer con libertad y le daba un aspecto juvenil y nuevo. Lo complementó con un lindo collar que le había regalado su hermano mayor, uno hecho en oro blanco y con una esmeralda en su centro; era delicado pero elegante. Se colocó unos aretes a juego, y estaba más que lista.

Al bajar al comedor, iba con la mirada perdida en el movimiento de sus pies. Cuando llegó a la puerta, solo pudo ver a su padre, por lo que se acercó e hizo una reverencia.

—Buenas noches, padre —dijo con educación.

—Ailiana, te presento a lord Alfred Lowell, duque de Windsor y tu prometido. —La joven giró hacia la derecha e hizo una perfecta reverencia. No se atrevió a levantar la mirada hasta que el caballero en cuestión tomó su mano y dejó un beso sobre el dorso de esta. Cuando él enderezó su espalda y sonrió, todo a su alrededor empezó a darle vueltas. Era un hombre muy apuesto sin lugar a dudas; era alto; parecía acuerpado; tenía las facciones bien marcadas, el cabello castaño oscuro y los ojos increíblemente azules, incluso parecían un tanto grises si se los miraba con atención. Era muy hechizante.

—Excelencia —murmuró casi sin voz, sin poder creer lo que sus ojos veían. En algún momento, incluso, había llegado a pensar que su prometido era un hombre poco agraciado y que había sido por esa razón que hubo organizado un matrimonio sin conocerse ni sin el usual cortejo. Pero, con solo verlo, era obvio que esa no había sido la razón; de hecho, hasta llegó a sentirse adulada por haber sido escogida por un hombre apuesto y con una excelente posición social. Aquello de ser duquesa empezaba a parecerle mucho más interesante de lo que había imaginado en un principio.

—Lady Bramson, espero que hayan tenido un buen viaje y que no esté muy cansada como para disfrutar de la cena. —El corazón de la joven se aceleró y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Para mí es un placer acompañarlos. —El duque sonrió y, tomando su mano, la acompañó hasta la silla a su lado. Ella tomó asiento y miró a su padre; a él siempre le gustaba tener todo fríamente calculado, y no sabía si estaría contento con que ella se sentase junto a su prometido. Pero el conde solo sonrió, se acomodó en su lugar y les pidió a los sirvientes que iniciaran.

Los nervios se apoderaron de Ailiana por lo que, una vez empezaron a servirle, no tuvo la fuerza de comer con naturalidad; le costaba pasar bocado.

—Milady, ¿está usted de acuerdo con que la boda se realice en dos días? Yo tengo todo preparado; si necesita ayuda con algo, no dude en pedírmelo. —La joven levantó la mirada sorprendida de que le pidiese su opinión y de que no le hiciera la pregunta directamente a su

padre.

—No tengo ningún inconveniente, excelencia —respondió mientras pensaba en qué vestido podría usar. Era muy poco tiempo, así que tendría que apañárselas con uno de los suyos; no había tiempo para pedir que le confeccionaran uno nuevo. Igual no le molestaba la idea; tenía un par de trajes a la altura de un evento tan importante como su matrimonio. Incluso se imaginó caminando al altar con su vestido color azul, uno de sus favoritos; esa prenda, en especial, resaltaba las curvas de su cuerpo con una elegancia y delicadeza casi sorprendente.

—Bien y, si no le molesta, me gustaría que mañana venga a mi casa a tomar el té y a disfrutar de unas onces. Mi hermana no me lo perdonaría si no te conoce antes de la boda. —Los ojos de Ailiana se iluminaron al escucharlo. Siempre había querido tener una hermana; y saber que entonces, gracias a su boda, tendría una era de las mejores noticias que le podían haber dado.

—Será un placer conocerla; solo dígame a qué hora debo llegar, y ahí estaré puntualmente. —El caballero asintió.

—Hablaré con Cassandra y te enviaré una nota en cuanto tengamos la hora fijada.

La cena continuó con total tranquilidad. El duque y el conde mantuvieron una conversación tranquila sobre negocios, intereses, opiniones y la situación del país en esos momentos. Mientras ella escuchaba atentamente, descubrió que su prometido estaba muy interesado en hacer uso de todos los derechos que le daba el título como duque; incluso le gustaba participar de las reuniones de gobierno, además de que era muy hábil para los negocios y las inversiones.

Al terminar la comida, el conde le ofreció disfrutar de una copa, pero el invitado solo aceptaría si su prometida los acompañaba. Estaba muy interesado en conocer qué clase de mujer era; después de todo, solo faltaban unas pocas horas para que ella se convirtiera en su duquesa.

En el salón verde, uno de los sirvientes se encargó de servirle oporto a los caballeros y un poco de vino a la dama.

—¿Puedo hacerle una pregunta, excelencia? Es de suma importancia. —Alfred detalló esos ojos curiosos que lo observaban, esos que aún le costaba dejar de mirar. Era una mujer muy hermosa; sus facciones eran tan delicadas que parecían talladas por los mismos ángeles; su cabello castaño y sus ojos verdes como las esmeraldas solo lograban resaltarla aún más. No entendía cómo era que no la consideraban una beldad; tal vez sus curvas estaban un tanto más marcadas, pero era una diosa.

—Por supuesto, milady, siéntase en la libertad de preguntar lo que guste. —Su prometida buscó con su mirada a su padre y, tras corroborar que estaba lo suficientemente lejos como para no escuchar sus palabras, se acercó y lo intrigó aún más. Parecía como si le fuese a revelar todo un secreto de suma importancia.

—¿A usted le gustan los perros? —le preguntó con tal seriedad que el aludido no pudo evitar soltar una fuerte carcajada. No podía creer que tanto misterio se debía a una pregunta tan sencilla y poco relevante, pero con ello logró llamar la atención del padre de la dama, quien los observó con curiosidad. Para Alfred fue más que obvio que, gracias a ellos, su prometida pareció más

cohibida e, incluso, un tanto temerosa. Aquello no le gustó.

—¿Puedo preguntar a qué se debe su duda? —Ailiana mordió su labio inferior mientras miraba de reojo a su padre. Muy pronto no estaría bajo sus órdenes, así que continuó hablando, aunque su voz delataba sus nervios.

—Verá, es que hace unos años adopté un perro que me encontré vagando cerca de la casa de campo de mi familia, y no quisiera separarme de él. No es muy grande y es muy juicioso y tranquilo; le aseguro que nunca tendrá queja alguna de él y hasta puede que llegue a tenerle cariño. Se lo ruego; no me haga despedirme de August —suplicó con una expresión en su rostro que denotaba cariño y ternura. En ese instante el duque supo que jamás sería capaz de negarle algo si ella tenía ese brillo en sus ojos; su futura esposa lo estaba sorprendiendo.

—¡Ailiana!, deja la estupidez. Te dije que el chandoso ese vuelve al campo una vez tú te hayas casado —gritó lord Drumlint, furioso por las impertinencias de su hija. A mala hora le había permitido quedarse con ese perro.

—¡Milord! Le ruego que sea más delicado con la dama que se convertirá en mi esposa —dijo Alfred, quien acalló los gritos del anfitrión y dejó sin habla a la joven. No cualquiera se enfrentaría a su padre con tanta propiedad, y muchísimo menos si era para defenderla a ella—. Y en cuanto a su pregunta, me encantan los perros: estaré encantado de hacerle un espacio a August. —La joven suspiró y le dedicó una sonrisa a modo de agradecimiento.

El ambiente se tornó un tanto tenso después de aquel momento, por lo que Alfred se puso en pie y, con mucha educación, agradeció la cena y se despidió prometiendo avisar a la dama la hora para el encuentro con su hermana. Al salir su carruaje, ya estaba listo, así que partió rumbo a su hogar con la satisfacción de que todo había salido bien.

Al siguiente día, Ailiana se levantó mucho más temprano de lo acostumbrada. Tuvo tiempo de leer un poco y hasta de dibujar antes de que su doncella entrase para prepararla para el desayuno. Comería sola, ya que su padre había salido y sus hermanos tenían su propia residencia en Londres, por lo que era muy rara la vez que se aparecían por casa. Pero no era algo que le afectaba; después de todo, estaba acostumbrada y hasta había empezado a hallarle cierto gusto a la soledad. Comenzaba a creer que era una de las mejores compañías, ya que venía complementada por la tranquilidad, aunque tenía la esperanza de que eso cambiaría una vez se casara.

Durante la cena el mayordomo le entregó la nota enviada por el duque.

*Lady Bramson:*

*La espero en la mansión Windsor a las tres de la tarde. Mi hermana estará presente.*

*A.L. Duque de Windsor*

Parecía ser un hombre de pocas palabras, pero no era algo que le molestaba; ella tampoco era muy amante de conversar.

Para la invitación se puso un vestido color rosa con pequeñas flores bordadas en la falda; era

muy delicado y elegante. No le gustaba mucho el rosado pero, teniendo en cuenta que aún no estaba casada, estaba obligada a usar los colores de las jóvenes en edad casadera. Llegó puntual a la hora acordada, y en el vestíbulo la esperaba el duque junto a una mujer despampanantemente bella. Su cabello rubio, sus ojos azules, su espalda recta, su sonrisa: todo en ella detonaba educación y elegancia. Fue inevitable no sentirse incómoda y hasta desaliñada en comparación con los hermanos. El duque se acercó a ella y, ofreciéndole su brazo, la llevó hasta la mujer.

—Lady Bramson, permítame presentarle a mi hermana, Cassandra Weasley, duquesa de Devonshire. Cass, ella es Ailiana Bramson, hija del conde de Drumlint y mi prometida. —La invitada hizo una perfecta reverencia. En momentos así agradecía la insistencia de su padre en que hubiera obtenido la mejor educación posible, pero lo que la dejó sorprendida y casi sin habla fue ver cómo la duquesa no correspondió a su reverencia, sino que se acercó y le dio un efusivo abrazo al que le costó responder. La había cogido desprevenida, aunque le gustó sentir algo de cariño desinteresado.

—Oh, vamos, no me gusta tanta formalidad cuando vamos a ser familia, y es que llevo tanto tiempo casi rogándole a Alfred que me parece mentira que por fin te haya conocido. Siempre quise una hermana —dijo y la abrazó con fuerza; luego se alejó y, al ver el rostro lleno de sorpresa de su futura cuñada, soltó una risita—. Lo lamento. Nicholas siempre me ha dicho que debo ser un tanto más reservada; espero que no te moleste. —Su hermano rio divertido por la actitud de sus damas. Podía que Ailiana tuviera mucho en común con su hermana; estaba seguro de que se llevarían muy bien, lo que le alegraba. No estaba dispuesto a renunciar a su hermana; por lo que, si su esposa era unida a ella, no habría necesidad de tal cosa.

—No se preocupe; estaré encantada de poder considerarla una hermana, exce... —Cassandra levanta su mano para interrumpirla.

—No, no, nada de excelencia, de lady Devonshire, ni nada de eso. Dime Cassandra o Cass, como prefieras. —La joven sintió que por fin su vida empezaba a tomar el rumbo que quería; que tal vez, y solo tal vez, podría llenarla de felicidad.

—Bien, si usted accede a llamarme Ailiana, o mis hermanos suelen llamarme Lia. —La duquesa sonrió emocionada y no tardó en tomarla del brazo y llevarla hasta uno de los sofás, en donde se sentaron juntas. Ella llamó de inmediato a una de las sirvientas para que les trajera un poco de té, pasas y un par de galletas. Tenían mucho que decir.

—¡Por supuesto, Ailiana! Tenemos tanto de qué hablar; me muero por conocerte. Me hubiese gustado traer a los niños, pero Nicholas quería estar toda la tarde solo con ellos, así que no pude. Espero que puedas conocerlos muy pronto. Bueno, ahora quiero que me digas cómo fue que mi hermano te ha elegido por esposa. —Las mejillas de la aludida se tornaron muy rosadas. Mordió su labio inferior, como solía hacer siempre que estaba nerviosa, y miró a su prometido, sentado a tan solo un par de centímetros.

—Pues la verdad es que no hay mucho que decir —respondió en un susurro, esperando no ser impertinente con su respuesta.

—Alfred, ¿podrías dejarnos a solas? Tenemos mucho de qué hablar, y son cosas de mujeres; te aburrirías escuchándonos —le pidió Cassandra a su hermano en busca de un poco más de privacidad. Quería hablar con ella sinceramente, y la presencia de él no ayudaba en su propósito.

—Estoy en mi casa, con mi hermana y mi prometida, y me echan. ¡Qué halagado me siento! Avísenme si necesitan algo. —Cualquiera habría dicho que sus palabras habían sido de verdad causadas por la rabia, pero para la duquesa fue más que obvio que habían tenido un toque de diversión.

—De hecho, pide por favor que nos sirvan en el jardín. Quiero aire fresco. —Se levantó, tomó la mano de su futura hermana y la llevó hacia la salida.

—¿A lord Windsor no le molesta que lo dejemos solo? —preguntó Ailiana nerviosa una vez llegaron al jardín. Los sirvientes ya estaban organizándoles unas mantas y cojines para que pudiesen sentarse cómodamente.

—Sé que para ti todo esto puede ser un tanto extraño; es normal. Sé que no conocías a mi hermano hasta antes del encuentro de ayer y que su boda fue un acuerdo entre él y tu padre. Pero pronto podrás darte cuenta de que, aunque todo esto empezó como un acuerdo más, puede llegar a convertirse en felicidad; incluso, en amor. —Ambas damas tomaron asiento y los sirvientes les trajeron bandejas con té, pasas, galleas y unos rollos rellenos para disfrutar.

—¿De verdad cree en el amor? —preguntó curiosa. Ese era un sentimiento del que poco había escuchado hablar.

—¡Por supuesto que sí! Yo amo a mi esposo y sé que él me ama; amo a mis hijos, a mi hermano y, porque conozco a Alfred, sé que llegaré a amarte mucho más de lo que te imaginas. No es fácil llegar a su corazón, pero puedes hacerlo; además, contarás con toda mi ayuda, y tengo excelentes consejos para ti —aseguró la duquesa con una sonrisa que curvaba sus labios.

## Capítulo 3

El gran día había llegado. Sobraba decir que Ailiana apenas si había logrado descansar; tenía los nervios a flor de piel, tanto que incluso le costaba respirar con tranquilidad. Sintió que se desmayaba, a medida que caminaba hacia el altar del brazo de su padre, mientras su futuro esposo la esperaba al final del camino. Tal como su padre había imaginado, los personajes más importantes de Londres asistieron a la tan ansiada ceremonia; claro, no siempre se casaba el duque bastardo y la bruja solterona.

La joven llevaba un hermoso vestido color verde un tanto más oscuro de lo acostumbrado en mujeres casaderas, pero le encantaba; de alguna manera Cassandra se las había ingeniado para que su modista le confeccionara el vestido perfecto en tan solo un día. La amistad que había empezado a forjarse entre ellas era muy especial y fuerte.

Evitó establecer contacto visual con los invitados, temiendo ponerse aún más nerviosa, si es que eso era posible; o tal vez solo prefería eludir encontrarse con las miradas curiosas. No quería pensar en los chismes ni en las habladurías que se generarían a causa de su boda; incluso podían regresar los mismos comentarios que habían recorrido Londres recién se hubo terminado su segundo compromiso, y lo que menos quería era que su esposo o que su nueva familia se viera afectada por cosas que habían pasado tiempo atrás.

Durante la ceremonia su atención estuvo muy lejos del lugar; cuando le preguntaron si lo aceptaba como su esposo, pudo responder porque él carraspeó su garganta y la trajo a la realidad de momento. Apenas si notó el casto beso que su esposo dejó sobre sus labios una vez todo hubo terminado. No podía creer que acababa de convertirse en Ailiana Lowell, duquesa de Windsor; ni en sus sueños más locos, se había imaginado ostentando un título así, y mucho menos con un esposo como el suyo. Era increíble cómo la vida le había cambiado en tan solo un par de minutos; no le quedaba más opción que rogar al cielo para que todo aquello fuera para bien. Ansiaba encontrar esa misma felicidad de la que gozaba su nueva hermana.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Cassandra al verla sola, cerca de la mesa de refrescos, durante el baile que habían hecho en casa del conde para celebrar la unión.

—Bien —respondió tras una pequeña pero falsa sonrisa. Sentía muchas cosas en ese momento, solo que no creía conveniente revelárselas a su cuñada; aunque se estaban convirtiendo en buenas amigas, ella seguía siendo la hermana de su esposo.

La duquesa de Devonshire la tomó de la mano y la llevó hasta una esquina alejada del salón. Pronto todo llegaría a su fin, y los novios se irían a la mansión a pasar su noche de bodas. Aún no olvidaba lo que había sentido en ese momento, y eso que ella —para ese entonces— ya tenía un esposo ciegamente enamorado; no le había costado mucho entregarse, pero sabía que para la novia todo sería distinto.

—Esta noche, más que la hermana de tu esposo, soy tu amiga y soy mujer. Puedo hacerme una pequeña idea de lo que sientes en estos momentos, así que lo único que quiero es apoyarte, ayudarte a que todo sea un poco más llevadero para ti. Es un día y noche importantes. —Estaban ocultas tras unas enormes palmeras que decoraban el salón, por lo que tenían la libertad de hablar con tranquilidad. Cassandra solo esperaba el momento en que pudiese sacarla de entre los demás invitados y llevarla a un lugar mucho más privado.

—Es extraño; todo esto es muy nuevo para mí. Durante la boda obtuve mi primer beso, y la verdad es que no tengo ni la más mínima idea de qué sucederá esta noche —admitió con un suspiro. Tenía mucho más que decir, pero esperaba que con eso bastara; después de todo, era su más grande preocupación en ese preciso momento.

Cass no tuvo mucho más que pensarlo. La tomó de la mano y, tras lanzarle una mirada a su hermano, se la llevó del salón. No conocía muy bien la casa, pero la condujo escaleras arriba. Allí los invitados no tenían permitido subir y los sirvientes estaban ocupados en el salón, así que el lugar estaba desierto; era justo lo que necesitaban para conversar con tranquilidad.

—Nunca tengas miedo de hablar conmigo, Ailiana, puedes confiar en mí. Si supe que tu madre murió hace muchos años, como tu nueva hermana he de suponer que es mi deber ayudarte un poco. ¿Nos escuchará alguien aquí? —La dama miró hacia los lados.

—Ven. —La joven le hizo señas para que la siguiera y la llevó hasta el final del pasillo; ahí estaba su habitación—. Acá podemos hablar sin problema alguno —dijo mientras tomaba asiento.

—Bien, verás, cuando compartes el lecho con tu esposo por primera vez, es normal que te sientas nerviosa; incluso un poco de miedo es entendible, pero vas a ver que todo es completamente normal y sumamente placentero. Tú solo relájate y déjate llevar; sé que mi hermano sabrá hacer que te sientas cómoda. Puede que al principio te duela un poco, pero tú solo respira profundo, que pronto esa molestia se convierte en placer. —Para ninguna de las dos, era fácil hablar de ese tipo de temas cuando les habían enseñado la importancia del pudor y lo poco conveniente que era tratar el asunto.

Le explicó todo lo que sucedería de la forma más sutil y delicada que encontró; tampoco quería asustarla antes de tiempo y sin razón.

—Gracias. Supongo que eso me deja un poco más tranquila, aunque ese no es mi único miedo. Estoy casada; eso me está matando. No sé qué esperar de mi esposo o de mi matrimonio, no sé nada. —Cassandra le dio un pequeño abrazo.

—Es difícil saber qué nos espera de la vida cuando puede cambiar tanto en cuestión de segundos. Lo único que puedo decirte es que te dejes sorprender. Es normal tener miedo; solo no

dejes que esas emociones te paralicen, tienes mucho que vivir —dijo a su oído con tanto cariño que la hizo sentir como en familia. Fue tan especial que incluso logró calmarla; no tenía más que palabras de agradecimiento para su cuñada.

Al volver al salón, Alfred la estaba esperando a la entrada. En cuanto la vio, le sonrió y, tomándola por la mano, la condujo hasta la pista de baile. Los primeros compases del vals empezaron a llenar el salón mientras ellos ejecutaban los primeros pasos de baile al ritmo de la música.

—Confía en mí y vas a ver que todo entre nosotros fluirá por el camino correcto. No solo soy tu esposo, quiero ser tu amigo. Este es el comienzo —le susurró mientras se movían con gracia y elegancia por la pista.

—Así será —aseguró ella al tiempo que disfrutaba de la sensación de estar entre sus brazos; era mucho más cómodo de lo que había llegado a imaginar. Allí se sentía protegida, cuidada, resguardada; podría acostumbrarse a sensaciones como esas sin ningún problema, y necesitaría un esfuerzo casi que mínimo. Si ese era solo el principio de su matrimonio, algo le decía que todo iba a terminar muy bien.

Los novios harían un pequeño viaje de bodas al campo, en donde el duque le mostraría a su esposa la mansión principal de la familia y sus extensos terrenos; las demás propiedades se las iría enseñando con más calma, con el pasar el tiempo. El viaje duraría una semana, siete días en los que el principal propósito de ambos sería conocer a la persona con la que compartirían el resto de su vida, en la que aprenderían a convivir con el otro y podrían ir haciéndose una idea de lo conveniente o no que hubiera resultado el matrimonio para ambos.

Llegado el momento Alfred se acercó a su esposa, le pasó el brazo por la cintura y acercó sus labios a su oído.

—Despídete de tu padre; llegó la hora de irnos —le susurró, lo que causó un cosquilleo en su cuello. Ella asintió y de inmediato se acercó a su padre y se despidió. Sus hermanos no habían logrado llegar, por lo que no podría verlos hasta después de regresar de su viaje de bodas; pero no dudó en acercarse a Cassandra y despedirse de ella con un abrazo, cosa que causó risas en su esposo. El duque de Devonshire era igual de agradable que su esposa; Ailiana estaba segura de que, si existían las parejas perfectas, ellos debían ser una.

Al subir al carruaje, el cansancio y las pocas horas empezaron a pasarle factura, algo que su nuevo esposo debió haber notado, porque tomó asiento a su lado, pasó su brazo por sus hombros y la atrajo hacia su pecho.

—Descansa un poco. La mansión es un poco retirada; prometo despertarte en cuanto lleguemos.  
—Antes de notarlos sus ojos empezaron a cerrarse.

—Gracias —respondió casi adormilada.

Tal como él le hubo prometido, la despertó en cuanto el carruaje se detuvo. Aunque era tarde todos los sirvientes la esperaban a la entrada, y su señor la presentó a cada uno de ellos como su esposa y duquesa. El recibimiento fue muy agradable y la hizo sentir casi que en casa, así que no lamentaba su matrimonio y esperaba nunca llegar a hacerlo; de verdad quería que funcionara.

Al terminar Alfred la llevó hasta su habitación. Las manos de su nueva duquesa temblaban, aunque ella intentaba disimularlo tomando con fuerza sus guantes.

—La verdad es que no sé qué es lo que se supone que debo hacer —admitió ella al ver que su esposo empezaba a deshacerse de sus botas. Según Cassandra, él esperaría fuera hasta que su doncella la preparara para dormir; pero, desde que hubieron salido del salón, no se había alejado de ella ni por un solo instante, y algo le decía que no pensaba hacerlo. Su padre sí le había dicho en alguna oportunidad que el duque no era de los hombres que actuaban conforme a la tradición. Ello era conveniente para Ailiana pues, después de todo, no podía ser calificada como dama si se esperaba que siguiera cada una de las normas tradicionales que tanto le habían enseñado.

Su esposo sonrió, se acercó y, tomándola de las manos, acarició el dorso de estas con delicadeza.

—Mañana, a primera hora, saldremos rumbo a la casa de campo, por lo que esta noche no pienso tocarte. Deseo que estés cómoda y tranquila durante el viaje; hoy solo te pido que te acuestes a mi lado, quiero que duermas entre mis brazos. Te aseguro que ya llegará el momento de consumir nuestra boda. —Los ojos de su esposa se llenaron de inseguridades; lo supo porque el verde de su mirada se tornó oscuro a la vez que bajaba la vista a su cuerpo.

—Como ordene, milord. —El duque se acercó a ella, tomó su rostro entre sus manos y rozó sus labios con los de su mujer.

—No quiero volver a escuchar esa palabra de tus labios. Para ti soy Alfred. Eres mi esposa, Ailiana, así que creo que ya es hora de tratarnos con un poco más de familiaridad. Y no quiero que te imagines nada malo; si fuera yo, te desnudaría en este preciso instante y te demostraría lo mucho que te deseo, lo mucho que ansío hundirme en lo más profundo de tu cuerpo mientras saboreo tus fabulosas curvas. Pero el viaje es largo y quiero que estés bien. —Dejó un pequeño beso sobre sus labios para luego posicionarse en su espalda y empezar a desabrochar su vestido.

—¿No debería, entonces, dormir en mi propia habitación? —preguntó curiosa.

—No esta noche —respondió él mientras disfrutaba al ver cómo de a poco la piel de su esposa era cada vez más visible.

—Entonces, ¿no debería ser mi doncella quien me prepare para dormir? —preguntó. Siempre que estaba nerviosa, empezaba a hablar sobre sus dudas, muchas de ellas sin razón; pero lo cierto era que no podía evitarlo.

—No esta noche —repitió con la voz mucho más ronca de lo que lo había escuchado jamás, lo que causó un temblor en todo su cuerpo.

Poco a poco, y con movimientos muy lentos, el duque la desnudó y la provocó al rozar sus dedos con la delicada piel de la dama. Estuvo tentado de deshacerse de toda la ropa que cubría su

espectacular cuerpo, pero al final prefirió dejarla con el camisón; la prenda la haría sentir más cómoda y segura, teniendo en cuenta que iba a ser la primera vez que dormiría con un hombre.

Aun con el camisón, podía vislumbrar las curvas de su piel. Sus senos eran voluminosos, redondos y atractivos; su cintura, pequeña, y sus caderas, un tanto anchas. Esas curvas tenían el poder de matar a cualquiera; de eso no le quedaba duda alguna. Mucho más si iban complementadas con esos ojos brillantes y sus labios carnosos y rosados. Tuvo que poner mucho empeño y fuerza de voluntad para no tocarla más de lo debido ni saborear cada centímetro de su dulce esposa; ya llegaría el día de hacerle el amor como era debido.

—Recuéstate; te alcanzo en un momento —le pidió. La joven asintió y fue hasta la cama, en donde se acomodó al lado derecho, se cubrió con las cobijas hasta la barbilla y evitó mirar cómo su esposo se preparaba para dormir.

Sintió cómo la cama se hundía a su lado tras apagar las velas, lo que los sumió en la oscuridad.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Alfred? —dijo la duquesa aprovechando que su rostro estaba cubierto por la oscuridad. Era la única forma en que podía hablar con total tranquilidad, sin verse limitada por el miedo y por los nervios que le generaba su matrimonio o su nuevo esposo.

—Por supuesto, tantas preguntas como quieras. —Alfred sabía que empezar esa nueva historia no sería sencillo, pero confiaba en que con el tiempo todo mejoraría.

—¿Por qué yo? No entiendo las razones que te han llevado a convertirme en tu esposa cuando hay damas a la altura de un título como el de duquesa de Windsor. —El aludido guardó silencio durante varios minutos, sin saber qué responder, hecho que la puso aún más nerviosa. No creía haber preguntado algo tan grave como para que la respuesta fuera tan peligrosa, ¿o sí? Bien podía decirle que había sido por descarte o porque sí; no era como si fuera a lastimarla.

—Eso te lo responderé en otro momento; después de todo, tenemos toda una vida para conversar. —Quería conocerla un poco más antes de decirle que había sido por algún tipo de venganza hacia su padre y por lo poco conveniente que iba a ser ella como esposa. Lo que menos quería era lastimarla.

Lo sintió moverse y, tomándola por sorpresa, se giró, la abrazó por la cintura y pegó su pecho a su espalda; el cuerpo de la joven tembló al sentirlo tal cerca. Él dejó un beso sobre la piel de su cuello y lo escuchó suspirar; tenía los nervios a flor de piel no solo por su proximidad, sino también por la respuesta no obtenida. Ese silencio le hacía pensar lo peor. Ni siquiera había logrado acostumbrarse a su nueva vida pero, ya que todo era tan nuevo, solo suspiró y recordó el consejo que le había dado Cassandra. Dejaría que todo fluyera con naturalidad; no podía terminar tan mal.

Al despertar a la mañana siguiente, la mano de su esposo se aferró con fuerza a su seno derecho. Ese pequeño roce, aun con el camisón de por medio, causó un temblor en su cuerpo y, por miedo a despertarlo, no se movió. Él abrió los ojos un par de minutos después. No le dio importancia a la

exploración de su mano, solo se levantó y se preparó al igual que ella. En cuanto estuvieron listos, tomaron el desayuno y subieron al carruaje. No habían tenido una verdadera conversación y, durante el trayecto, tampoco lo hicieron. El silencio fue la única compañía que tuvieron. Pararon en una posada para la comida y para cambiar los caballos; llegaron a la casa de campo cuando la oscuridad empezaba a apoderarse del día.

Fue presentada a los sirvientes y la ama de llaves le asignó a una doncella. Ella se encargó de mostrarle la habitación que le correspondía como duquesa y la ayudó a prepararse para la cena.

—¿Te agrada tu nuevo hogar? —preguntó Alfred empezando la conversación.

—Oh, sí, por supuesto que sí. Es un lugar muy hermoso —aseguró ella. Se fascinó en cuanto vio cómo la edificación se acercaba de a poco, desde la distancia, y no dejó de hacerlo desde que hubo entrado al lugar. Cada detalle parecía puesto para impresionar a aquel capaz de apreciar hasta la más sencilla de las decoraciones.

Ese fue el inicio de la conversación. Fueron varios los temas de los que disfrutaron mientras comían, lo que los ayudó a relajar el ambiente y a entrar en confianza. Cuando llegó el momento de retirarse a sus aposentos, ella permitió que su doncella la preparara; pero se quedó sin respiración cuando, instantes antes de acostarse, su esposo entró a su habitación usando la puerta que la conectaba con la de él. Se acercó y empezó acariciando sus mejillas; pasó uno de sus dedos por el borde de su labio inferior y la besó; poco a poco sus manos bajaron de su cuello a sus hombros y desde ahí hasta el borde de su camisón. Alfred se apartó unos instantes para ver sus ojos; había miedo en ellos, y el temblor de su cuerpo la delataba.

—Si quieres, puedo parar. Solo te tocaré si así lo deseas. —Ailiana cerró los ojos y respiró muy profundamente. Al abrirlos ya había tomado una decisión así que, armándose de valor, tomó las tiras de su camisón y deshizo el nudo que la mantenía en su lugar. La prenda no tardó en caer al suelo y la dejó desnuda ante los ojos de su esposo.

## Capítulo 4

Alfred se tomó el tiempo de observar su cuerpo y detallarlo tanto como deseó, y habría seguido haciéndolo de no haber sido porque había podido ver el temblor de sus brazos y lo mucho que le costaba respirar. Sabía que para su esposa permitir que la viese completamente desnuda no debía ser nada sencillo; a las damas les enseñan a ser demasiado retacadas y pudorosas.

—Conmigo y solo conmigo eres libre, no debes tener miedo ni vergüenza por lo que puedes sentir. Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida, y te juro que nunca haría algo que pueda llegar a lastimarte —le prometió al tiempo que levantó su mano y envolvió con ella uno de sus senos. Su esposa era perfecta, parecía casi hecha a la medida, y no le cabía duda alguna de que se entenderían sin problema alguno; después de todo, había elegido a la mejor mujer.

El duque tomó posesión de sus labios besándola con delicadeza y necesidad. No quería asustarla pero, si su intención era demostrarle lo mucho que la deseaba y que ansiaba unirse a ella de por vida a su lado, quería conocer todas esas dichas de las que gozaba su hermana y sus amigas en sus matrimonios. No solo era conveniencia y, aunque no rechazaba la idea de sentir y conocer el amor, tampoco tenía la certeza de que Ailiana y él eran la combinación perfecta. Se conformaría con que su relación se basara, al menos, en la amistad, en la camaradería y en el mutuo apoyo.

Sus labios se movieron por su mejilla; luego, por su mentón y, finalmente, a lo largo de su cuello. Su piel era sedosa y delicada, como de porcelana, pero iba complementada con un delicioso olor a vainilla que empezaba a volverlo loco cuando aquello apenas comenzaba. No sabía qué pensar o qué sentir, solo se dejó llevar.

Sus manos se aferraron a la pequeña cintura de la dama y la elevó.

—Enrolla tus piernas en mi cintura —le susurró al oído con la voz ronca; ella de inmediato obedeció y sus manos se engancharon a su cuello, a la vez que le daba un mejor acceso al suyo. Sentía que su cuerpo temblaba y que la temperatura solo subía a medida que las manos de su esposo le dedicaban algo de atención. Todo empeoró cuando empezó a jugar con sus pezones. Su mente se nubló, y empezó a ansiar algo que nunca supo que llegaría a necesitar. El problema era que no conocía de qué se trataba; lo único que sabía era que no podía detenerse.

Él la llevó hasta la cama —en donde la recostó con mucha delicadeza— y se posicionó sobre ella, apoyado sobre su codo, para que no soportara todo su peso. Besó cada centímetro de su piel hasta que sus labios bajaron al monte de venus; aun cuando ella, asustada, intentó detenerse,

Alfred se dedicó a darle tanto placer como pudo. Solo en el momento en que la sintió lista para recibirlo, se atrevió a posicionarse entre sus piernas con el glande, que presionaba su entrada. Su dama se tensó, así que se detuvo, pero sabía que ambos estaban listos para unirse.

—Desde hoy y siempre, serás mi mujer. Respira profundo; la molestia pasará pronto. —Tomó sus piernas por los muslos y se las enredó por la cintura; la besó hasta que su cuerpo estuviera completamente relajado, y empezó a presionar.

Se tomaba su tiempo con cada movimiento. Al romper la barrera de su virginidad, se detuvo; sabía que le debía doler así que, en un intento por hacerle olvidar las molestias que podía sentir, quiso excitarla chupando y mordisqueando sus pezones. Hasta que la escuchó gemir. Solo entonces sus movimientos se reiteraron y, una vez completamente enterrado en su cuerpo, por fin pudo sentirla suya. Era su esposa, su mujer, era solo suya. Y era que nunca había experimentado algo mejor haciéndole el amor a una fémica. Tal era el saber que con ella todo era distinto, pues no era una dama para esconder.

Desde muy joven su padre se había encargado de que tuviese una amante al alcance no solo para satisfacer sus placeres carnales, sino también porque aseguraba que un hombre debía saber qué hacer en el lecho nupcial con su esposa. Aunque siempre había sospechado que aquello tenía segundas intenciones.

*—Quiero que te deshagas de tu amante y la devuelvas de inmediato a Francia. Espero no volver a saber de ella —le ordenó el duque a su hijo mientras los sirvientes terminaban de poner la cena.*

*—¿Qué? ¿Por qué? Padre, Annette y yo hemos sido tan cuidadosos que nadie ha notado su presencia, y siempre pasamos desapercibido. Además, cuando nos encontramos, lo hacemos en su casa, por lo que no tiene idea de quién es mi padre o del título de la familia, por favor —le pidió Alfred a su progenitor con verdadera angustia; esa amante era especial para él. Eran muy cercanos, podían hablar de cualquier cosa, y se sentía cómodo a su lado, algo que nunca antes le había sucedido. Además, su hermana estaba recién casada, por lo que la mansión empezaba a parecerle mucho más grande y solitaria de lo acostumbrado.*

*—Esto no es una petición, Alfred, es una orden. Llevas mucho más tiempo del debido frecuentando a esa mujer, y no quiero que ella se termine haciendo ideas que no son, o que tú pienses estupideces. —El joven lo miró con el ceño fruncido.*

*—No entiendo a qué se refiere —confesó confundido y un tanto frustrado. Estaba cansado de tener que obedecer siempre a su progenitor y de seguir viviendo entre las sombras. Muchas veces lamentaba tener el padre que tenía. Por él se había visto obligado a dejar de lado a su madre y a aceptar algo que en realidad nunca había querido; jamás hubo deseado ser el heredero del gran ducado de Windsor.*

*—¿No lo entiendes? Muy bien, seré más específico. Annette, como bien la llamas, es una cortesana, no es una mujer que esté a la altura de nuestra familia. Y creo que te estás encariñando más de lo debido con ella; pronto tendrás que elegir a una duquesa, y no quiero escándalos que mancillen nuestro buen nombre. —Esas palabras le llegaron justo al corazón; no solo eran una ofensa para su madre, sino también para él como su hijo. Una de esas mujeres, de las que él tanto desdeñaba, le había dado a su único varón y heredero.*

*—Mi madre era una cortesana —le recordó el caballero en un débil intento por hacer que se*

*retractara, pero lo conocía tan bien que sabía que era una lucha perdida.*

*—Lo sé y creo que ya te he dejado muy clara la razón por la que te he convertido en un hijo legítimo. Pero eso no le da a tu madre clase o educación; solo fue una mujer que me ayudó a pasar muy buenos ratos. —Eso fue peor que si le hubiesen dado una puñalada, pero lo que más le dolió fue no tener los pantalones de responderle como se debía.*

*—Como ordene —susurró instantes antes de dejar caer los cubiertos sobre el plato, lo que causó un estruendo.*

*Se levantó de la mesa sin importarle, en lo más mínimo, la clara reprimenda que le daría su padre; pero no tenía los ánimos de sonreír y parecer un perfecto caballero cuando lo único que quería era lanzarle la carne por la cara. Fue hasta su habitación, en donde le escribió una carta a Annette para ordenarle que regresara de inmediato a Francia; le enviaba el dinero suficiente para que viviese con comodidades durante un buen tiempo. Le daba pocas explicaciones, pero sí le advertía que —de enterarse que seguía en Londres— se enfrentaría a él y le haría la vida imposible; si algo le había enseñado su padre era a deshacerse de los problemas.*

Cuando Ailiana llegó al éxtasis y se dejó llevar por todas las sensaciones que le provocaba el orgasmo, Alfred la siguió acompañándola en la cúspide del placer. Fue sensacional sentir cómo ella se aferraba a sus hombros con fuerza, a la vez que sus piernas se esforzaban por mantenerlo ahí, dentro de ella, llenándola por completo.

—Eres perfecta —susurró en su cansancio mientras sentía que empezaba a quedarse sin aliento ni fuerzas.

No pudo sostener el peso de su cuerpo, así que se desplomó sobre su esposa; pero ella, contrario a lo que alguna vez había imaginado, lo abrazó y acarició su cuello y su espalda con sus dedos. Esa sensación fue aún más placentera que cualquier noche entre los brazos de una amante experta. Su corazón se aceleró y su cuerpo tembló; fue algo que nunca antes había sentido. Y claro: nunca había estado casado, pero ya empezaba a gustarle.

Cuando recuperó la fuerza de su cuerpo, se levantó, salió de su interior, se acomodó a su lado, la atrajo hacia él y los cubrió a ambos con las cobijas para evitar el frío. Ailiana, un tanto adormilada, dejó su cabeza descansar sobre su pecho, a la vez que sus manos se movían sobre su abdomen en pequeños círculos. Ambos estaban por caer profundamente dormidos cuando el movimiento de sus dedos se vio interrumpido por varias cicatrices; entre ellas, una de un tamaño considerable y estaba rodeada por otras más pequeñas.

—¿Qué te pasó aquí? —preguntó con voz adormilada. No imaginaba cómo alguien como Alfred pudo haberse lastimado así.

Esa simple pregunta trajo al duque de vuelta a la realidad, y fue todo lo que necesitó para despertar por completo. Eran recuerdos que le había costado mucho más de lo debido olvidar y dejar en el pasado. Tuvo la opción de mentirlo, pudo haberle inventado cualquier historia alejada de la realidad y así solucionar el problema con facilidad, pero prefirió ser sincero. Aunque su progenitor le había dicho una y mil veces que una esposa era para darle hijos sin crear ningún tipo de relación especial entre ellos, él no quería parecerse en nada a su padre.

—Hace muchos años hice algo que no le gustó al difunto duque, y él decidió castigarme de forma tal que no se me olvidase su lección. —El cuerpo de Ailiana se tensó; con su brazo sostuvo la manta para que no dejase al descubierto sus pechos, y se levantó lo suficiente para mirarlo.

—¿Dices que eso te lo hizo tu padre? —preguntó sorprendida, sin poder creer lo que escuchaban sus oídos; pero su esposo la abrazó e hizo que tomara la misma posición de un momento atrás.

—Así es, pero eso es algo que te contaré en otra oportunidad. Debes descansar un poco. —le dijo y se abrazó a ella hasta que ambos cayeron dormidos.

Al despertar Ailiana estaba completamente sola en la habitación. Se levantó de la cama con cierta molestia entre las piernas, pero no era algo de lo que se avergonzaba. Todo lo contrario: el solo recuerdo hacía que sus mejillas se tornaran rosadas y que mil y un sentimientos se apoderaran de su mente y le robaran el aliento. Sacudió su cabeza e intentó deshacerse de todos esos pensamientos; tras ponerse la bata, tocó la campanilla, y su doncella no tardó en aparecer frente a la puerta.

Se preparó y se puso uno de sus mejores vestidos. Según le informaron, su esposo había tenido que salir de urgencia para resolver un problema con uno de sus arrendatarios, por lo que aprovechó el tiempo para desayunar y recorrer la mansión con total tranquilidad. Era un lugar muy grande, pero por suerte siempre había tenido muy buena retentiva, así que no había riesgo alguno de perderse. Lo que la sorprendió fue haber escuchado del mayordomo que debería pedirle al duque que le enseñase la mansión, ya que tenía varios pasadizos que ni siquiera él conocía. Eso le encantó; amaba experimentar cosas nuevas. Y si eran un tanto extrañas, pues mucho mejor.

Se encontró con una enorme sala de música —mucho más grande que la de su padre—, además de con una de pintura que la atrajo considerablemente, ya que contaba con un balcón desde el cual tenía una vista perfecta a las extensas tierras del duque. Por ende, había un bello paisaje justo frente a sus ojos, algo que se moría por pintar.

Como todas las damas, ella contaba con un amplio conocimiento en pintura, en arte, en música, en jardinería; hablaba varias lenguas y era una experta tejiendo y bordando. El problema radicaba en que aún no lograba encontrar una verdadera pasión que la llenase por completo; ni siquiera sus amados caballos le daban tal sentimiento, por lo que seguía en busca de algún tipo de actividad que la complementara y la satisficiera en sus momentos de soledad, labor con la que pensaba continuar de inmediato, aprovechando las oportunidades del lugar.

Tardó mucho más tiempo del que notó en la biblioteca de la mansión; pero es que, en cuanto hubo entrado, quedó fascinada con todo lo que veían sus ojos, y no le costó esfuerzo alguno perderse entre las legas de uno de los maravillosos libros que llenaban los estantes.

Un delicado toque en la puerta logró sacarla de su lectura.

—Adelante —dijo en voz alta y fijando su mirada en la puerta, tras escuchar que esta se abría.

—Milady, su esposo acaba de llegar y solicita su presencia en el comedor. Los sirvientes pronto pondrán la mesa. —La joven asintió.

—Gracias, iré en un momento. —Marcó la hoja del libro en la que hubo quedado, se levantó del cómodo sofá en el que hubo descansado y, tras arreglarse la falda, fue hasta el comedor, tal como le había indicado el hombre. Y ahí estaba su esposo, sentado a la cabeza de la mesa con la elegancia que tanto lo caracterizaba.

—Ailiana, me dijeron que estuviste recorriendo la mansión. ¿Qué tal te pareció todo? Lamento mucho no haberte acompañado —dijo Alfred iniciando la conversación; para ella cada detalle era muy nuevo, y le estaba costando más de lo pensado acostumbrarse a estar casada. Se demoró un tanto más en responder, lo suficiente para pensar en las palabras adecuadas, teniendo en cuenta que había hecho algo sin su permiso y consentimiento. Bien podía estar molesto.

—Sí, así es. Lamento mucho no haberlo esperado, pero es que no tenía algo con que entretenerme —se excusó bajando la mirada.

—No, no digas eso. Esta casa es tan mía como tuya. Recuerda que eres mi esposa: tienes el derecho de hacer lo que gustes aquí o en cualquiera de las demás propiedades. —Le dedicó un guiño para luego centrar su atención en la comida que empezaban a servir frente a ellos.

La semana pasaba con tranquilidad. Durante el día el duque se encargaba de enseñarle no solo todos los misterios y sorpresas que tenía la mansión Windsor, sino que la llevaba a recorrer los extensos terrenos; incluso le regaló un caballo para que pudiera usarlo siempre que quisiera salir a cabalgar. Era un lindo animal color chocolate, mucho más veloz de lo que lo era el que usaba en casa de su padre. Alfred también le dio las joyas de la familia y le permitió adecuar una de las habitaciones a su gusto, a un espacio en el que ni él podría entrar sin su autorización; ella también merecía un poco de privacidad. Durante las noches hacían el amor hasta que el cansancio se apoderaba de sus cuerpos y caían profundamente dormidos. Su viaje de novios era para Ailiana una de las mejores experiencias de su vida, además de que empezaba a aprender lo que era ser una duquesa, y cada día se convencía más y más de que podía hacerlo bien.

—Te asignaré una mensualidad para que, si llegas a necesitar algo, no te veas en la obligación de pedirme dinero a mí o al mayordomo. Eres mi esposa, así que tienes derecho a disfrutar de algo de las arcas familiares —le informó su esposo la última noche, instantes antes de quedarse dormida. A su lado se sentía valorada por quien era y no por ser la mujer que pudiera darle hijos, tal como su padre siempre le había hecho creer. Por fin empezaba a sentir que tenía un hogar.

Al siguiente día, partieron rumbo a Londres a primera hora de la mañana. Durante el camino se mantuvieron en un cómodo silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Era una situación un tanto incómoda. Una cosa era su vida de casados en el campo, en donde la tranquilidad reinaba en el lugar y con lo único que tenían que lidiar era con el otro; y otra era

enfrentarse a Londres, con todo lo que conllevaba, además de que aún se negaban a hablar de los escándalos que ambos escondían. Después de todo, fueron esos comentarios los que habían terminado uniéndolos de por vida, y eran muchas las dudas.

En cuanto llegaron y se instalaron, Ailiana vio la gran cantidad de invitaciones que reposaban en el correo.

—Será mejor que aceptes algunas. No podemos escondernos por el resto de nuestras vidas, y ya es hora de aparecer en sociedad —le dijo Alfred al pasar por su lado y divisar las invitaciones en sus manos. Un frío helado recorrió la espalda de la duquesa. Si tan solo su esposo supiera todo lo que eso podía significar para ella.

Respiró profundo y empezó a leer cada una de ellas, para elegir a cuáles asistirían y para enviar los debidos agradecimientos, mientras se mentalizaba. Tendría que aparecer en sociedad, pero ya no sería una débil joven destinada a ser una solterona; ya era una duquesa, y pocos se atreverían a llamarla *bruja* de nuevo. Tenía poder, belleza, dinero; estaba decidida a no permitir que la aristocracia londinense arruinara su vida una vez más. Ya no.

## Capítulo 5

—Excelencia, bienvenida —dijo la condesa Kinghorne al verla entrar del brazo de su esposo. El duque estaba saludando a un conocido, por lo que ella se vio obligada a responder. Era imposible olvidar que esa misma mujer era la que meses atrás la había llamado «bruja»; aún recordaba su mirada acusante.

—Gracias por la invitación, lady Kinghorne —respondió ella con educación, haciendo la debida reverencia.

—Excelencia, espero que me dé el honor de compartir con usted, al menos, uno de los bailes —comentó el conde luego de saludar a su esposo, aunque la aludida no se sintió nada cómoda con la mirada que le dedicó de pies a cabeza, como si intentase ver o encontrar algo más. Un pequeño detalle que no pasó desapercibido para lord Windsor. Y aun menos le gustó el ardor y la rabia que empezaban a subírsele a la cabeza; tenía ganas de golpear a alguien.

—Lo lamento, pero mi esposa prometió dedicarse toda la velada a mí, así que me temo que no podrá cumplir con tu deseo. Tal vez, en otra oportunidad —respondió el duque al tiempo que se adelantaba a su esposa para luego tomarla de la mano y llevarla a la mesa con bebida. Él levantó una copa de oporto y le tendió a ella una con ponche—. Quiero que te mantengas lejos de ese hombre, de él y de todos. No confío en ninguno de los presentes que dicen llamarse «caballeros» —le ordenó con disimulo, instantes antes de subir la copa a sus labios y beber su contenido. Ailiana quedó tan sorprendida con lo que acababa de escuchar que ni siquiera pudo hacer lo mismo.

—¿Qué? Alfred, no puedes pedirme que permanezca toda la velada cerca de ti y no baile con nadie más que contigo. Eso llamaría mucho la atención, y lo que menos quiero es un escándalo. —Ella nunca había esperado que su esposo pudiese llegar a pedirle algo así. Fue toda una sorpresa. Además, no tenía nada de malo bailar con uno que otro caballero.

Alfred la tomó por el brazo, con mucha más fuerza de la que hubo planeado, y casi la arrastró hasta una de las esquinas alejadas de los demás invitados. Allí la arrinconó contra la pared.

—Tú, mejor que nadie, debes conocer mi historia y sabes que, desde mi nacimiento, mi vida ha sido un escándalo. Poco o nada me importa crear otro, así que ya te lo advertí: no quiero que te acerques a ningún caballero. ¿Entendido? —Sus palabras la asombraron una vez más, y su voz era tan dura que temerosa que no le quedó más opción que asentir. Su esposo, complacido por su

respuesta, dio un paso atrás y se alejó por fin de ella. Elevó su mano y depositó un beso sobre el dorso de esta para luego dar media vuelta y desaparecer por entre los demás invitados, lo que la dejó con un temblor de pies a cabeza.

Para ese momento el salón ya estaba repleto de todos los invitados, y los músicos pronto empezarían a tocar el primer baile; pero no tenía ni la fuerza ni los ánimos para bailar así que, limpiándose la pequeña lágrima que cayó por su mejilla, se escabulló hasta el balcón más alejado. No había luces que iluminaran el lugar. No estaba abierto a los invitados, pero era justo lo que necesitaba en ese momento: silencio, tranquilidad y un poco de aire frío que calmara sus sentimientos. Además, esa noche la luna lucía redonda y brillante; era la compañía perfecta.

Mientras hubo estado bajo el cuidado y las órdenes de su padre, siempre se había sentido apresada. Era como si él la hubiese amarrado tanto de manos como de pies, incluso era como si ni siquiera su boca hubiese sido capaz de moverse para hablar, para expresarse con libertad. En su momento había llegado a pensar que, una vez casada, todo eso cambiaría; o eso fue lo que había podido apreciar, según lo que Cassandra le había relatado de los cambios que podría traer un matrimonio. Incluso su viaje al campo le había dado esa idea, pero ya empezaba a comprender las verdaderas consecuencias de haberse convertido en la duquesa de Windsor. Le costaba creer que Alfred fuera del tipo de hombre que le gusta tener a su esposa bajo estricta vigilancia.

Observó la luna y las estrellas, y tomó una respiración profunda. No, no iba a permitir que su esposo manejara su vida a su gusto.

Un ruido a su derecha la asustó, y giró; su corazón latía con fuerza, y se imaginó lo peor. No cualquiera se escondería en un balcón oscuro y solitario si no fuera porque sus intenciones no eran buenas. Pero, entonces, frente a sus ojos apareció un hombre; por la poca luz que había, no logró distinguirlo muy bien hasta que él se acercó lo suficiente. Vestía elegantemente, lo que la ayudó a tranquilizarse; si era un caballero, no la lastimaría.

—Lamento asustarla; no era mi intención. Es solo que pensé que estaba solo y, cuando la vi, quise irme, pero casi caigo —dijo el misterioso hombre. Por fin podía ver su rostro; no lo conocía, pero tenía rasgos muy masculinos y apuestos. Era alto, acuerpado, de ojos verdes y cabello negro.

—Perdón, pensé que estaba sola —respondió Ailiana con timidez.

—Y no debería, pero aquí estamos, lady... Lo lamento. Me temo que no hemos sido presentados y, ya que no puedo pedirle a alguien que lo haga, me tomaré el atrevimiento de hacerlo por mí mismo. Soy Francisco Halton, duque de Bridgwater. —Los ojos de la dama se abrieron a causa de la sorpresa, pero se recuperó con rapidez y de inmediato hizo la debida reverencia.

—Excelencia —susurró ella con educación, a modo de saludo. Por lo que había escuchado, el duque de Bridgwater llevaba mucho tiempo fuera de Inglaterra. Se había ido justo después de la muerte de su esposa, una joven con la que había estado casado por cuatro meses; pero luego

enfermó gravemente y murió.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó curioso mientras se acercaba. Él no había visto a una mujer tan bella en mucho tiempo, no desde la muerte de su dulce Anneth.

—Ailiana Lowell, duquesa de Windsor. —Se presentó con una pequeña sonrisa. El duque tomó su mano y dejó un beso sobre el dorso de esta.

—Es un placer. —Era una situación extraña y muy fuera de lo común pero, a pesar de ello, la duquesa se sentía cómoda en presencia del caballero. Era algo difícil de explicar, pues, aunque no lo conocía, era como si algo los uniera de cierta forma.

—No sabía que había regresado a Londres —comentó ella distraída por la sorpresa que le causaba la compañía de Bridgwater.

—Regresé hace un par de días. Mi madre ha estado muy enferma y me vi en la obligación de volver. Aunque empiezo a sospechar de que he sido víctima de una maquiavélica maquinación porque, en cuanto llegué, me vi siendo arrastrado a la velada. —Ailiana rio al imaginárselo siendo víctima de los planes de su madre.

—Bien pudo haberse inventado alguna excusa o, simplemente, negarse. —Ella dejó que su cadera descansara en la baranda de piedra del balcón, mientras sus manos se apoyaban sobre la falda de su vestido. Era increíble cómo una simple y vana conversación podía llegar a ser tan cómoda e interesante; prefería mil veces quedarse allí hablando con el duque que volver al salón y soportar no solo las miradas de los invitados, sino también los reclamos de su esposo.

—Está usted en lo cierto, pero la verdad es que no tengo corazón para negarle algo a mi progenitora —confesó divertido—. Al llegar, mi madre me contó que Windsor se había casado, pero no me dijo con quién. —El cambio la sorprendió.

—Pues tiene frente a usted a la nueva duquesa de Windsor.

—Y permítame decirle que el título de duquesa es justo lo que una mujer como usted necesita; es digno de alguien tan elegante y educada. Incluso lamento no haber estado acá para luchar por su mano. —Ailiana soltó unas risitas; ese hombre estaba coqueteando con ella de una forma tan sutil pero directa que le costaba responder.

—Pues lamento informarle que llevaba mucho tiempo comprometida con lord Windsor, demasiado como para considerar otro esposo. —Él dejó salir un gran suspiro un tanto dramático.

—No sabe cómo lamento escuchar eso —comentó con dramatismo—. ¡Ahora lo recuerdo! Eres la hija del conde Drumlint, la chica de los dos compromisos fallidos. —El cuerpo de la duquesa entró en tensión. Debía agradecer que no la llamó «bruja» o «hechicera», o cualquiera de las otras palabras con las que habían empezado a describirla después de lo sucedido.

—Supongo que sí, esa soy yo. —Francisco notó cómo su cuerpo se tornaba rígido a causa de sus palabras.

—¡Oh, no! Te pido disculpas si te molestó mi comentario; es solo que sí escuché lo curiosa que era tu situación, pues no hacía mucho que habías perdido a tu prometido y te reclusiste en el campo cuando se hubo hecho público tu compromiso con el duque. Y al respecto solo puedo decir que yo

no tuve nada que ver con la muerte de esos hombres, pero Windsor tiene mucha suerte: consiguió una gran esposa. —La aludida sonrió con timidez y sus mejillas se sonrojaron.

—Mi segundo compromiso llegó a su fin más o menos por la misma fecha en que murió su esposa. Lamento mucho su pérdida. —El caballero se encogió de hombros como restándole importancia al asunto.

—La verdad es que nunca imaginé tener un matrimonio tan corto, pero he de admitir que fueron los mejores meses de mi vida. Anneth era una gran mujer. —Ailiana no había llegado a conocer a la dama en cuestión, aunque sí había escuchado que era una joven muy dulce y delicada. Toda una dama. Educada, inteligente y muy hermosa: la esposa que muchos caballeros quisieran tener.

—Pues solo espero que logre encontrar a una mujer con quien compartir su vida.

—Tal como usted —comentó y la duquesa se limitó a sonreír y asentir—. Creo que habríamos sido una buena pareja; después de todo, tenemos mucho en común porque, aunque sus fracasos fueron los compromisos, el mío fue un matrimonio. —La aludida soltó una carcajada.

—La vida da muchas vueltas y todo puede cambiar en cualquier momento. —Las primeras tonadas del vals la trajeron de vuelta a la realidad—. El vals. Dios, debo irme. —Sin previo aviso salió casi corriendo del balcón y lo dejó con la palabra en la boca.

Ailiana volvió al salón asegurándose de que nadie notara de dónde venía. Vio a su esposo junto a un grupo de caballeros por lo que, tras respirar profundo, actuó con normalidad y caminó hacia él. El rostro de Alfred, al verla, se transformó por completo a uno de seriedad, y casi pudo ver cómo la rabia se apoderaba de su expresión. Estaba en problemas, en graves problemas.

—Si me disculpan —dijo el duque a los caballeros con los que conversaba para luego tomar la mano de su esposa y alejarla de ellos hasta la pista de baile.

Los duques se posicionaron uno frente al otro y empezaron a moverse al ritmo de la música.

—Alfred, por favor, estás siendo muy brusco —susurró Ailiana al sentir la fuerza con la que su esposo la sostenía por la cintura mientras ejecutaban los primeros pasos. No quería llamar la atención de los invitados.

—Quiero que me digas ya mismo en dónde estabas. Llevo mucho tiempo buscándote y no aparecías por ningún lado —exigió furioso. Había pensado lo peor cuando no la encontró.

—Salí a tomar un poco de aire, empezaba a marearme por el calor del salón —mintió.

—Más te vale que no te hayas acercado a nadie, tal como te lo ordené. —El duque no cedía ante la idea de que sus celos estaban fuera de control y que el cariño que empezaba a sentir por su esposa era mucho más fuerte de lo que en realidad quería aceptar, y eso era algo con lo que no sabía lidiar.

—Por favor, Alfred, empiezas a asustarme con tu comportamiento. Tus órdenes son un tanto ridículas —le dijo en voz baja, esperando no ser demasiado imprudente y terminar metida en aún más problemas en los que ya estaba.

—¿Ridículas? No es ridículo que quiera cuidar y proteger a mi esposa, tal como juré frente al altar que lo haría. Conozco a muchos que se hacen llamar caballeros y que estarían dispuestos a todo con tal de dañarte. —Durante uno de los giros, vio cómo el duque de Bridgwater se acercaba a la pista de baile como si quisiera observar a los bailarines; pero, cuando sus ojos se encontraron, sospechó que ese no era su principal ni único propósito.

—Te aseguro que puedo cuidarme sola —le prometió ella centrando su atención en la conversación que mantenía con su esposo.

—Londres es mucho más cruel de lo que te puedes imaginar, Ailiana. —Ella soltó una carcajada llena de sarcasmo, como si no pudiese creer que le estaba diciendo eso precisamente a ella.

—¿Acaso debo recordarte qué fue lo que me llevó a esconderme en el campo durante tantos años? Los escándalos que acompañan mi nombre no son algo que pueda pasar desapercibido; Londres ya me ha dañado de todas las formas posibles —le dijo y le recordó lo que había sido su vida mientras participaba de las temporadas sociales como una mujer casadera. Londres tenía los medios para ser muy cruel cuando se lo proponía.

—Por supuesto que lo recuerdo pero, como bien te lo dije en una oportunidad, mi solo nacimiento fue todo un escándalo. Lo único que quiero es protegerte de todos aquellos que quieran lastimarte. —Dejando estupefactos a todos los demás bailarines e invitados, tomó a su esposa de la mano y la sacó del salón. Bridgwater se interpuso en su camino e intentó detenerlo—. Ni se te ocurra meterte en esto, Bridgwater. Hoy no quiero lidiar contigo —dijo al pasar derecho por su lado, pero el duque se puso frente a él y evitó que continuara.

—Me parece que debes calmarte. ¿Por qué no me presentas a tu esposa? —Windsor estaba a punto de reventar de rabia y no tenía ganas de lidiar con el duque. Era un viejo conocido, pero lo único que quería hacer era hablar con su esposa.

—Ailiana, él es Francisco Halton, duque de Bridgwater. Ella es mi esposa, Ailiana Lowell, mi duquesa. ¿Contento? Ahora déjanos en paz. —Lo esquivó y llevó a su esposa fuera del salón; la cubrió con su capa y, una vez afuera, esperaron a que el carruaje llegase. Al subir partieron rumbo a la mansión, pero ninguno de los dos se atrevía a pronunciar palabra alguna.

Una vez llegaron a la mansión, Alfred la tomó del brazo y la llevó hasta su habitación sin prestar atención a las miradas de su mayordomo y de demás sirvientes. Se estaba comportando de manera irracional, pero es que algo en su interior no lo dejaba pensar con claridad cuando se trataba de su esposa.

—¿Me vas a decir en dónde estuviste? —Ella soltó un gruñido; se deshizo de su capa, de sus guantes y de las zapatillas.

—Ya te respondí esta pregunta. Ahora dime: ¿por qué enloqueciste solo porque me perdiste de vista unos minutos? ¿Sabes el escándalo que acabas de causar? —le recriminó furiosa. No podía

creer que, justo cuando esperaba hacer un regreso triunfal, en un intento por dejar atrás los escándalos de su pasado, él había enloquecido y empeorado la situación; no tenía ni la más mínima idea de cómo solucionaría todo aquello.

—¿Acaso crees que me importa en algo un escándalo más o un escándalo menos? Por favor, Ailiana, soy el hijo de una cortesana que por error logró darle un varón a un duque desesperado por conseguir un heredero. Viví entre las sombras durante toda mi vida y no tuve el valor ni la libertad de mostrarme hasta que mi padre falleció. Nuestro compromiso duró mucho más tiempo del debido y me casé con una mujer a la que muchos llaman «bruja». Casi puedo asegurar que mi día a día es un escándalo —le recordó el duque con cierta ironía y, si de sinceridad se trataba, disfrutaba de escuchar su nombre de boca en boca; podía imaginarse a su padre retorciéndose en su tumba ante la rabia.

—Entonces, los rumores son ciertos —comentó la dama más para sí misma que para su esposo.

—Supongo que sí, pero no me cambies de tema; aún estoy furioso por tu desaparición durante el baile. Como mi esposa, es tu obligación estar siempre cerca. Te recuerdo que prometiste ante tu familia y ante Dios que yo sería el único hombre en tu vida, y me encargaré de recordártelo siempre. —La duquesa se quedó sin palabras, nunca había imaginado que ese sería el comienzo de su propio infierno; la única diferencia era que ya estaba rodeada de grandeza y libertad, un detalle que no había llegado a conocer junto a su padre.

## Capítulo 6

—Milady, el duque de Bridgwater solicitó verla —dijo el mayordomo.

Estaba sentada en una manta, bajo un árbol, disfrutando del paisaje que le ofrecía el jardín de la mansión. El día anterior, después de haber escuchado todas las estupideces que le había dicho su esposo, no había podido hacer nada más que correr. Esa noche había sido la primera vez que había dormido en su habitación y no en la de su esposo; había sido un tanto extraño, pero no había tenido los ánimos de sentirlo cerca.

—¿El duque de Bridgwater? ¿Está seguro? —preguntó la duquesa mientras empezaba a sentir cómo los nervios se apoderaban de ella. Aquello debía ser una broma de muy mal gusto. Tenía que visitarla justamente él, el causante de gran parte de las discordancias que había tenido con su esposo la noche anterior. A Alfred no le gustaría; el problema era que no podía ser tal maleducada para hacerse negar.

—Dígale que pase. Por favor, que nos traigan té y quiero que tanto usted como Lilian, mi doncella, estén presentes durante la visita del duque. ¿Entendido? —le ordenó al hombre. El aludido, un tanto extraño, asintió y, dando media vuelta, fue a cumplir con sus deseos. Ailiana esperaba que, al menos, con tantos ojos presentes y al pendiente de lo que pudiera suceder, su esposo no enloqueciera por completo y le diera la oportunidad de hablar. Eso y que la inesperada visita debía ser tan corta como sea posible.

La duquesa se puso de pie y alisó su falda para verificar que su presentación fuera la indicada. Cuando se giró hacia la entrada a la mansión, el duque ya caminaba hacia ella seguido por el mayordomo, su doncella y dos sirvientas que traían bandejas en sus manos.

—Excelencia, bienvenido. Lamentablemente mi esposo no se encuentra —dijo ella e hizo una perfecta reverencia en cuanto estuvo lo suficientemente cerca.

—Lady Windsor, espero no ser inoportuno, pero no vine buscando al duque; de hecho, me gustaría hablar con usted. Me quedé un tanto preocupado después de lo sucedido la noche anterior. —Ella sonrió con educación mientras se tomaba un momento para pensar en cuál era la respuesta correcta.

—No tiene de qué preocuparse, excelencia; fue una simple discusión de pareja que no tuvo mayor importancia. Como bien puede notar, estoy en perfectas condiciones. —Sonrió y lo guio hasta la mesa ubicada en el jardín, en donde los sirvientes estaban preparándoles el té. No podía

echarlo con tanta facilidad como le gustaría, pero encontraría el momento adecuado para hacerlo.

El duque tomó asiento sin dejar de ver a la duquesa. Era la mujer más hermosa que había visto en su vida, aun cuando sus facciones no eran las más delicadas, sus ojos y cabello no tenían un color especial y las curvas de su cuerpo eran mucho más pronunciadas de lo que se esperaba en una dama. Además, se había sentido muy bien a su lado mientras conversaban en el balcón. En otras palabras: para él Ailiana Lowell era la mujer perfecta. Lamentaba profundamente haber llegado tan tarde, justo después de que ella hubiera contraído matrimonio con Windsor. Pero él no conocía de imposibles, conquistaría a su bella dama costara lo que costara; pues el imbécil de su marido parecía no valorarla lo suficiente.

—Yo sé que todo esto puede parecer un poco extraño para usted, pero yo lo único que quiero es protegerla. —La duquesa, incómoda por su comentario, lanzó una mirada a su mayordomo y a su doncella, y sonrió.

—Ya se lo dije y se lo repito, milord. No tiene de qué preocuparse y, en caso de hallarme en peligro, tengo la fiel confianza en que mi esposo será quien se encargue de protegerme. —Su voz era muy suave y diplomática, algo que la tenía muy sorprendida, ya que su corazón parecía haber enloquecido y sus manos no paraban de temblar. Estaba controlando la situación mucho mejor de lo que había llegado a imaginar.

—Por supuesto pero, como amigo de su esposo, me veo en la obligación de cuidarla como si fuese mi mujer. —Ailiana, en ese momento, tenía la taza de té en los labios, y sus palabras le causaron tanta sorpresa que por un segundo olvidó que estaba caliente y bebió de más. El líquido le quemó la lengua y le generó un gran dolor; ante la impresión la taza cayó de sus manos al césped, se rompió y regó su contenido sobre su falda. Ella se levantó de un brinco, al igual que el duque, quien empezó a mover las manos sobre la falda para intentar limpiarlo.

—¡Milady! —gritó la doncella, mientras se acercaba corriendo para ayudarla, y el mayordomo llamó los sirvientes.

Ailiana dio un paso atrás para alejarse del toque del duque. Aunque sus movimientos estaban fijos en limpiar la falda, si alguien llegaba a verlo, tendría serios problemas; casi podía sentir sus manos sobre sus piernas. Francisco entendió la indirecta de inmediato y se enderezó para retomar su posición.

—¿Se encuentra bien, lady Windsor? —preguntó preocupado y recordó que su deber era mantener la distancia, por lo menos cuando había tantos pares de ojos observándolo.

—Sí, pero me temo que tendré que ir a cambiarme de ropa; así que, arriesgándome parecer grosera y maleducada, me veo en la obligación de pedirle que se retire. Tal vez pueda atenderlo como es debido en otra ocasión. —Se puso en pie un poco incómoda por las faldas mojadas—. Lo acompaño a la salida. —Él asintió entendiendo sus palabras y la siguió hacia la puerta.

Ailiana intentó caminar con elegancia, sin prestar atención a su atuendo, pero el vestido pesaba mucho más de lo acostumbrado y se arrastraba varios centímetros por debajo de lo debido; por lo que, al subir un escalón, no logró mantener el equilibrio y se precipitó hacia el frente. Cubrió su

rostro y cerró sus ojos a la espera del inevitable golpe, pero este no llegó; lo que sí sintió fue un par de grandes y gruesas manos que se aferraron a su cintura y evitaron que se cayera. Era muy consciente de la forma en que sus dedos tomaban su cuerpo, y casi podía sentir el calor de esos sobre su piel.

—Milady, ¿se encuentra bien? —preguntó él mientras la ayudaba a enderezarse; pero, una vez se estabilizó, él parecía negarse a soltarla.

La duquesa estaba por responderle cuando alguien más se le adelantó y la dejó sin respiración.

—¡Ailiana!, ¿te encuentras bien? —preguntó su esposo mientras se acercaba a la escena. Francisco la soltó de inmediato, y fue Alfred quien la abrazó y revisó de pies a cabeza para comprobar su estado de salud.

—Sí, estoy bien —respondió secamente y evitó mirar al invitado para centrarse en su esposo. Solo rogaba al cielo que aquello no terminara mal, porque lo que menos deseaba era otra noche donde la única compañía fuera su soledad. Empezaba a extrañar y casi que a ansiar los brazos y las caricias de Alfred; eso y que no quería otro enfrentamiento como el del día anterior. No tenía ni la fuerza ni los ánimos para aguantar algo así una vez más, no lo soportaría.

—¿Qué te pasó? —le cuestionó al ver el desastre que tenía en su falda, pero los nervios se apoderaron de ella cuando su esposo lanzó una mirada al visitante.

—Estábamos tomando el té en el jardín y, en un mal movimiento, se regó sobre su falda y se la mojó por completo —explicó Francisco y les recordó su presencia al duque y a la dama.

—Bridgwater, no tenía idea de que mi esposa te había invitado a tomar el té y, según mis recuerdos, yo tampoco lo hice. No esperaba encontrarte en mi casa —dijo Alfred. En la seriedad de su rostro, era evidente lo poco a gusto que se sentía en el lugar y en medio de su esposa y el inesperado visitante.

—Ella no me invitó, Windsor. Vine a visitarla por sorpresa, porque estaba un poco preocupado después de lo sucedido ayer durante la velada. Parecías muy alterado y quería saber cómo estaba la duquesa. —Francisco se estaba poniendo en evidencia; era lo que menos necesitaba, y estaba seguro de que terminaría muy mal teniendo en cuenta que no era conveniente dar a conocer sus intenciones al acercarse tanto a la dama. No solo estaba logrando que Windsor estuviera mucho más prevenido, sino que podría que ella empezara a evitarlo; pero ya tendría tiempo de lidiar con las consecuencias de sus actos.

—Permíteme recordarte, Bridgwater, que Ailiana Lowell es la duquesa de Windsor, mi esposa, así que no tienes nada que temer porque yo la mantendré a salvo siempre. Es mi deber como su esposo. —Esa última palabra, al resaltarla, sonó mucho más agresiva y específica que las anteriores.

—Espero que seas tú quien lo recuerde cuando pierdas la paciencia y ella esté cerca —le advirtió. Windsor elevó su ceja derecha.

—Será mejor que te vayas, y espero tener la dicha de no volver a verte cerca de mí o de mi esposa. Prefiero evitar problemas. —Se hizo a un lado y le dejó el paso a la salida libre, y no

tardó en abrazar a su esposa por la cintura y llevarla escaleras arriba—. Ven; te ayudaré a cambiarte —dijo en voz alta y le recordó a Bridgwater que él y solo él tenía la libertad y el derecho de estar a su lado y hacerla suya. No se tomó la molestia de ver su reacción, pero el solo hecho de saber que lo había escuchado lo dejó más que satisfecho.

Una vez llegaron a la habitación de la dama, Ailiana, avergonzada, estaba dispuesta a tocar la campanilla para llamar a su doncella, pero él la detuvo.

—No, no la necesitas. Yo te ayudaré a cambiarte. —Se acercó a su espalda y empezó a desabotonar el vestido con lentitud. Para Alfred, estar a tan poca distancia de su esposa, después de haber pasado la noche sin ella, era mucho más fuerte de lo que había imaginado; su piel la atraía como nunca.

—Te juro que yo no lo invite y pensé en mil opciones para negarme a recibirlo, pero no encontré una buena excusa, así que me vi en la obligación de hacerlo. No me acerqué más de lo debido, y nuestra conversación se mantuvo dentro de lo aceptable y normal. Puedes preguntarle a mi doncella o al mayordomo, que estuvieron presentes... —Hablaba tan rápido que costaba entender sus palabras, pues esas eran muy poco claras y un tanto enredadas. Alfred rio, lo que logró sorprenderla hasta el punto en que terminó acallando sus quejas y dándole la oportunidad de hablar.

—Te creo, solo sí te pido que te mantengas tan alejada de ese hombre como te sea posible. Odio a ese supuesto caballero. —El vestido cayó al suelo y formó un círculo a sus pies. El duque le tendió la mano y la ayudó a salir del montón.

—¿Cómo lo conociste? —preguntó curiosa. Fue hasta su armario y sacó un vestido de tarde color amarillo.

—Su casa de campo es vecina de la nuestra. Era una de las pocas personas que sabían de mi existencia, porque hace un par de años ya no soportaba el encierro y salí a cabalgar cuando aún no oscurecía. Me lo encontré por el camino. —Ella se acercó y se puso de espaldas para que le desabrochase el corsé; hasta su ropa interior se había mojado, por lo que tendría que desnudarse por completo para cambiarse.

—¿Sucedió algún problema entre ustedes? ¿Cómo es que no hizo pública tu existencia si ya te conocía? —El duque sonrió ante la curiosidad de su esposa, aunque la conversación estaba siendo más útil de lo que había imaginado; lo distraía del escultural cuerpo que, con movimientos lentos, iba quedando al descubierto. Decir que estaba fascinado con las curvas de su esposa era poco; le encantaba que sus senos resaltaran fuera de lo común, al igual que sus caderas, que remarcaban su cintura. Cualquier hombre estaría más que dispuesto a perderse en sus encantos, y el problema era ese: que Bridgwater parecía ansiar ocupar su lugar.

—Al principio no. De hecho, en cuanto nos conocimos, conectamos muy bien y no tuvimos ningún problema; hicimos un par de carreras y compartimos la maravilla de paisaje que teníamos

en frente hasta que oscureció. Al principio solo le dije que era heredero de un ducado, no le especificué de cuál; tiempo después, pensando que éramos verdaderos amigos, le confesé quién era y por qué no aparecía en sociedad, situación que él pareció entender y prometió no divulgarlo —relató con desinterés, sin notar que su duquesa estaba cada vez más al pendiente de su historia, por lo que no estaba prestando atención a la ropa, que poco a poco iba desapareciendo de su cuerpo. Para ese momento lo único que la cubría era su camisón y, desde que se había casado, ese tipo de vestimenta había tendido a ser un tanto transparente y sensual por consejo de Cassandra.

—Presiento que en tu historia se acerca un «pero». Anda, no dejes de hablar, que quiero saber que más pasó —rogó ella, mirando de reojo a su esposo, sin perderse ni una sola de sus expresiones.

—Pero... cuando volví a ser parte de la sociedad oficialmente, poco antes de la muerte de mi padre, él apareció frente a mi puerta con su reciente esposa; me exigió un dinero que en el momento no tenía al alcance y que le facilitara unas cosas para llevarla a algún lugar. Acababa de descubrir la enfermedad de la joven y estaba desesperado por trasladarla a Francia; al parecer allí había especialistas que podían ayudarlos. —Antes de notarlo Alfred empezó a acariciar el costado de sus senos y la curvatura de su cintura, lo que hizo que Ailiana fuese consciente de su desnudez. Su respiración se aceleró y su cuerpo tembló.

—¿Por qué, si él es un duque, no tenía el dinero para llevarla? ¿Acaso tiene problemas económicos? —preguntó haciendo uso de la poca tranquilidad que aún le quedaba, pero no tenía la intención de alejarlo y mucho menos de detener sus caricias, así que empezaba a costarle prestar atención a sus palabras.

—¿Segura que quieres seguir escuchándome? —Estaba ansioso por hacerle el amor a su mujer. La noche anterior había extrañado mucho el calor de su cuerpo y la suavidad de su piel junto a la suya; tenía un deseo reprimido.

—Sí —afirmó su esposa con voz temblorosa y con un tono más de pregunta que de afirmación, lo que causó una risa en el caballero.

—Bien. Por lo poco que recuerdo de sus explicaciones, invirtió gran parte de su fortuna en un nuevo negocio que aún no daba sus frutos, así que sus arcas no estaban lo suficientemente abundantes como para llevar a su esposa a Francia y cubrir todos los gastos de su tratamiento. Estaba desesperado y no tenía a nadie quien más pedirle. El problema era que, en ese entonces, mi padre manejaba todo el dinero y yo no tenía acceso a él; por más que quise, fue imposible dárselo. Poco después Victoria, su esposa, murió y Bridgwater me responsabilizó de ello; siempre dijo que fue mi culpa porque no quise darle la suma que me había pedido. —Ailiana sacudió su cabeza al tiempo que intentaba olvidar los movimientos de las manos de su esposo sobre su cuerpo y centrarse en sus palabras.

—¿No trataste de explicarle lo sucedido? —Windsor se encogió ligeramente de hombros y suspiró.

—Muchas veces, pero nunca me quiso escuchar. —Cuando la mano del caballero tomó

posesión de uno de sus senos, el cuerpo de la dama tembló con tal violencia que, para evitar caer al suelo, se abrazó a su cuello.

—Supongo que ahora entiendo por qué, desde la primera vez que lo viste, hubo cierta tensión entre ustedes —comentó distraída, incapaz de coordinar sus pensamientos con la conversación que estaban manteniendo. Se puso frente a él y, con manos temblorosas, se deshizo del pañuelo y empezó a desabrochar su saco, su chaleco y su camisa; extrañaba su piel.

—Es por eso que quiero que te mantengas alejada de ese hombre, mi amor. No estoy muy seguro de que sus intenciones sean buenas y no soportaría verte en peligro. Eres mi dulce tesoro y te quiero a salvo; temo que su ira y su sed de venganza sean lo que impulsen sus actos hacia ti y que solo esté buscando la forma de lastimarte. Una vez me dijo que algún día sentiría el mismo dolor. —Aferró sus manos, con fuerza, a las caderas de su esposa y las acercó tanto a las suyas como le fue posible; ella podía sentir su erección rozando su vientre bajo, por lo que soltó un gemido—. Nadie te dañará; lo prometo —aseguró instantes antes de tomar posesión de sus labios y besarla como tanto deseaba. Y era que incluso sus bocas encajaban a la perfección; no le cabía duda alguna de que estaban hechos el uno para el otro.

—Está bien —murmuró perdida entre sus besos.

—Prométemelo, Ailiana. Prométeme que no te acercarás a Bridgwater nunca más, prométemelo. —Estaba tan hechizada con el placer que empezaba a sentir que su cerebro no funcionaba correctamente y que su boca no mediaba sus palabras.

—Te lo prometo.

Solo eso necesitó Alfred para tomarla en brazos y llevarla hasta la cama. En medio de besos y caricias, se deshizo de la ropa que aún lo cubría, acarició y besó cada centímetro de su piel como si fuese la primera vez, y se dedicó a admirarla. Cuando ya ambos jadeaban ante las ansias, se ubicó entre sus piernas y la penetró con lentitud para prolongar el placer. Estaban unidos de por vida, más que corporalmente; sus corazones ya se sentían incapaces de latir sin el otro cerca.

## Capítulo 7

—¿Te gustaría ir a la velada de los Hampton? Prometo comportarme como un verdadero caballero durante toda la noche —dijo Alfred mientras acariciaba, con la punta de sus dedos, la curvatura de su cintura. La cabeza de su esposa reposaba sobre su pecho al tiempo que ella se acomodaba de medio lado. Se estaban tomando un momento para recuperarse de la pasión que habían experimentado instantes atrás.

—Si tú lo deseas, podemos ir. —Fue lo único que respondió, aunque reprimía la emoción por volver a sociedad. Quería limpiar su nombre y no estaría contenta hasta lograrlo.

—Sé que para ti es muy importante la buena reputación, así que te pido una disculpa por el escándalo que te armé. Enloquecí y no tengo excusa, pero esta vez será diferente. —Ella se encogió a su lado como buscando envolverse en su piel y fusionarse con él para la eternidad; deseaba estar así con él para siempre.

—La verdad es que mi padre, en muchas oportunidades, me recriminó todo lo que sucedió; fue por lo que él se vio obligado a esconderme en el campo, seguro de que no tendría la más mínima posibilidad de un buen matrimonio. Me decía que era mi culpa si moría como una solterona de pésima reputación, que no entendía qué desgracia estaba pagando con todo lo que estaba sucediendo. Hasta que apareciste tú. Desde el día en que anunció nuestro compromiso, cambió radicalmente. Seguía siendo un hombre un tanto despreciable y no me prestaba más atención de la debida, pero al menos me ignoraba, y podía vivir tranquila. —El caballero continuó con los movimientos de su mano; esperaba tranquilizarla y así poder hacerle todas las preguntas que tenía rondando en su cabeza. Él ya le había confesado todo lo que debía y esperaba lo mismo de su esposa; quería saber cuál había sido la verdadera razón de su matrimonio; después de todo, la unión había estado motivada por el escándalo que ensombrecía su reputación.

—¿Qué fue lo que sucedió con esos caballeros? —preguntó—. Si te sientes en la capacidad de contármelo, yo estaré más que dispuesto a escucharte; si no, lo puedo entender. —Su esposa respiró con profundidad como tomándose, al menos, un tiempo para pensar en cuáles podían ser las palabras correctas. Ambos eran conscientes de que era un tema delicado.

—En realidad no hay mucho que decir. Es cierto que estaba comprometida con ambos caballeros, pero lo sucedido fue mi responsabilidad. El hecho de que discutiéramos justo después de que el barón de Camoys tuviese un accidente o de que el conde de Ross muriese solo fue una

terrible casualidad. Nada tuve que ver con lo que les sucedió, jamás haría algo que pueda llegar a lastimar a alguien. —No le gustaba hablar del tema porque le traía muy malos recuerdos, pero entendía la razón por la que su esposo le hacía esa pregunta, así que era su deber responderle.

—¿Estabas enamorada de alguno de ellos? Si estabas comprometida, supongo que era por algo. —Ailiana soltó una pequeña risita llena de burla; la respuesta a esa pregunta era casi que obvia.

—No sentía nada por ellos; por lo menos, nada especial. Con el barón apenas llevábamos dos días comprometidos y rara vez teníamos una verdadera conversación y compartíamos tiempo. Muchos decían que la única razón por la que estaba conmigo era por mi dote, y estoy segura de que así fue. Poco y nada me afectó el que rompiera nuestro compromiso. Al conde lo conocía ya desde hacía mucho tiempo, así que se podía decir que éramos algo casi como amigos, era un hombre agradable; o eso creí hasta que, durante la última velada que estuvimos juntos, después de que me negué a bailar el vals porque estaba cansada y estuve a punto de golpearme, cambié de opinión. Nunca lo vi tan fuera de sí. —Alfred supuso que, para aquella temporada, él continuaba en el campo, porque no se había enterado de los rumores de lo sucedido; de haber estado en Londres, de seguro, lo habría escuchado sin necesidad de hacer acto de presencia en los grandes eventos sociales. Ese era el encanto de la sociedad londinense.

—¿De verdad crees que podría haberte golpeado ahí, en medio de un salón lleno de gente, cuando ni siquiera estaban casados? Tu padre debió de ponerse furioso. —Su esposa soltó un suspiro lleno de pesar.

—Estoy segura de que, de haber tenido la oportunidad, me habría dado una buena bofetada por atreverme a negar una de sus peticiones; si no lo hizo fue porque teníamos mucho público. Pero una vez tenga la oportunidad, después de casados, se habría vengado; era un hombre rencoroso. Y en cuanto a mi padre, en realidad, no creo que le hubiese importado mientras mi rostro siguiera perfecto para la siguiente velada; él lo único que quería era encontrarme un esposo conveniente a como diera lugar, así que no le interesaban los defectos del caballero o la forma en que me corrigiera. —El duque la abrazó con fuerza al imaginarla herida. Era cierto que a veces podía enloquecer, pero nunca sería capaz de lastimarla; era imposible.

—Puedes confiar en que nada haría que te golpeará, jamás, pero sigo sin entender la actitud de tu padre. —Ailiana se levantó un poco, solo lo suficiente para que sus ojos pudiesen conectarse con los de él; quería verlo a los ojos mientras le decía lo que hacía tiempo ansiaba.

—Alfred, soy mujer. Las hijas son más una carga que cualquier otra cosa para los padres, así que su único interés va a ser siempre el conseguirles un esposo; es casi como pasarle el problema a otro. Nosotras venimos al mundo para casarnos y darles herederos, no más. —Levantó su mano y, controlando sus nervios, continuó hablando— Es por eso que quiero pedirte que, si algún día llegamos a tener una hija, no le hagamos lo mismo; enseñémosle lo que es el amor y démosle la oportunidad de encontrar su felicidad sin nuestra intervención. —La duquesa era consciente de que estaba pidiendo más de lo debido, pero necesitaba intentarlo.

Para Windsor fue muy dulce escucharla hablando de sus futuros hijos. Ese pequeño detalle lo

lleno de tanta ternura y emoción que se sentía incapaz de negarle algo en ese momento.

—Tú mandas.

Pasaron el resto del día y de la noche juntos, encerrados en la habitación; solo llamaron a los sirvientes para que les trajesen algo de comida. Esos eran los únicos momentos en que ella se ocultaba tras el biombo, cubierta con una manta, mientras él evitaba que la vieran desnuda.

Al siguiente día, la duquesa respondió un par de cartas e invitaciones que habían llegado en la última semana. Aceptó algunas y rechazó otras, ya descubriría cuáles eran las consecuencias del escándalo de la última velada.

Ese día, mientras el duque se reuniría con sus abogados y socios, ella pasaría la tarde en casa de la marquesa de Ahlisa. Había conocido a la joven cuando aún ambas estaban solteras y, ya que la marquesa haría una pequeña «fiesta de té», decidió invitarla.

—Recuerda usar una de las joyas del ducado esta noche —le pidió Alfred a su esposa instantes antes de salir de la mansión. Entendía lo importante que era para ella recuperar su buen nombre y su buena reputación, y sabía que la mejor forma de hacerlo era usándolas para recordarle a todo aquel que se atreviera a hablar mal de ella que, gustara a quien le gustara, era una duquesa. La gran duquesa de Windsor.

Para el encuentro de esa tarde, se puso un lindo vestido color verde; su doncella le hizo un recogido muy sencillo. Se colocó una de las joyas del ducado —un sencillo collar con la cadena en oro blanco y con una pequeña esmeralda en su centro, rodeada con diamantes—, aretes a juego y un brazalete con el mismo tamaño de diamantes y perlas verdes. Momentos antes de la boda, cuando tuvo unos minutos para hablar con Cassandra, ella le había dicho que, para que todos la vieran y la respetaran como duquesa, tenía que tomar el lugar que le correspondía; que debía sentir que estaba muy por encima y que era su obligación respetarla. Y había llegado el momento de seguir su consejo.

El carruaje se encargó de llevarla hasta la casa de la marquesa y, una vez allí en la entrada, había una gran fila de sirvientes que recibían a las invitadas. La condujeron hasta el jardín, en donde dispusieron varias sillas, mesas y mantas tendidas en el césped para que los invitados se acomodaran a su gusto. La duquesa saludó a sus conocidas y fue presentada a otras damas, hasta que la anfitriona hizo acto de presencia.

—Lamento mucho no haberlas dado la bienvenida, pero es que me vi en la obligación de acompañar al marqués a recibir a un gran amigo de la familia —se excusó la marquesa mientras la invitaba a tomar asiento. Los sirvientes empezaron a traer panecillos, galletas, pasas, té, todo cuanto desearan, y pronto la conversación inició.

—Lady Windsor, espero que no haya sido un inconveniente para usted asistir a este encuentro después de lo sucedido con su esposo durante el baile —comentó una condesa claramente interesada en saber más sobre lo que vio en la velada; sin embargo, Ailiana sonrió con dulzura.

—Alfred me ama con locura, así que tiende a preocuparse de más cuando no me tiene a la vista, aunque está muy arrepentido por lo que hizo y prometió no volver a hacerlo. Dice que soy su gran tesoro y que por mí hace cualquier cosa —dijo con una gran sonrisa. Conocía a la mujer y sabía que lo que más le pesaba en su vida era haberse visto unida a un hombre al que no amaba. Siempre había ansiado experimentar lo que significaba el amor, y su padre la había obligado a casarse con el conde. Estaba segura de que esa respuesta le dolería mucho más que cualquier tipo de insulto, y eso fue evidente en la incomodidad que notó en su rostro y en la falsa sonrisa de sus labios.

—Me alegra que su unión tenga buenos resultados —respondió con sequedad y con un tanto de molestia.

El tema de conversación cambió con rapidez, y pronto la moda y los compromisos recientes fueron el foco de atención. Era increíble escuchar la forma en que criticaban a muchas a las que, de seguro, habían saludado y con las que hasta habían conversado durante la última velada. No le cabía duda alguna de que, si ella no estuviese presente, su nombre sería famoso entre la nobleza, pero no les daría el gusto: se comportaría como una verdadera dama sin la necesidad de participar de la conversación. Un buen título no le da la libertad a nadie de creerse por encima de los demás.

—Lady Ahlisa, tiene usted una casa realmente hermosa —comentó Ailiana desinteresada de los temas de conversación del momento, lo que logró que todas la mirasen con curiosidad.

—Gracias. Desde que me casé, he hecho todo lo posible para adecuarla a mi gusto. El jardín es uno de mis mejores logros y decidí invitarlas por ello: para que lo disfrutáramos juntas. —La joven sonrió ante el cambio, por fin tenía algo de qué hablar. Odiaba escuchar la forma en que juzgaban a todos ya fuese por su vestimenta o por un mal movimiento que lo dejara en evidencia.

—Grandioso. Espero poder contar con tu ayuda para hacer unas reformas en la mansión. Alfred quiere que le haga un par de cambios para que el ambiente sea un poco más familiar, pero la verdad es que no soy tan buena con ello. —La sonrisa de la marquesa creció.

—¡Por supuesto!, me encantaría ayudarte. Además, la historia de tu esposo y la del anterior duque son todo un misterio. Hace muchos años que nadie entra a la mansión Windsor; mi madre dice que el último baile que se celebró allí fue cuando la duquesa aún vivía, y ellos apenas si llevaban uno o dos años de casados. —Era normal que muchos sintieran curiosidad por la historia de su nueva familia, pero Ailiana podía ver en sus ojos que su interés no iba lleno de malos deseos, por lo que le gustó su actitud. Desde que la conoció, se creó mucha afinidad con ella, así que en su corazón confió en que podían llegar a ser muy buenas amigas.

—Hablaré con Alfred a ver si podemos organizar un baile, o tal vez las invito a tomar las onces. Estoy segura de que no me dirá que no; solo tendríamos que escoger cuándo puede ser —dijo con alegría. Todo saldría bien; estaba segura.

—¡Excelencia! —dijo muy alto una de las invitadas al ponerse en pie y hacer una reverencia. Todas esperaban ver al marqués de Ahlisa, pero al girar se encontraron con un caballero alto, de cabello oscuro y de ojos color miel, con facciones marcadas y con traje elegante. Era el duque de

Bridgwater.

—Milady, espero no molestar. —La anfitriona se acercó y, tomándolo del brazo, lo llevó hasta la mesa.

—Por supuesto que no molestas, Francisco. Pensé que estabas con mi esposo, así que no quise molestarlos. ¿En dónde está él? —Francisco tomó asiento, en medio de todas las damas, junto a la anfitriona.

—Nelson está tratando unos temas con el mayordomo, pero prometió venir una vez termine con él. Tú nos pediste venir en cuanto diéramos por finalizados nuestros asuntos y, como buenos caballeros, acá estamos cumpliendo tus deseos, mi bella Marie. Vivimos para complacerte. —La aludida soltó unas risitas y aprovechó para preguntarle si no conocía a algunas de las damas asistentes, pero él lo negó. Ya le habían presentado a todas, así que se apresuró a saludarlas hasta que llegó a Ailiana y se quedó viéndola sin saber cómo actuar.

—Lady Windsor —saludó con educación, sosteniendo su mano y dejando un beso en el dorso de esa. Ella hizo una pequeña reverencia y volvió a tomar asiento evitando mirarlo.

—Lady Ahlisa, no sabía que el duque de Bridgwater era familiar suyo. Lo digo porque se tratan con mucha familiaridad —comentó una de las invitadas claramente intrigada porque la marquesa llamaba al duque por su nombre y no como las normas de etiqueta dictaban. Marie sonrió.

—Bueno, para las que no saben, la esposa de Francisco era mi hermana, así que él es prácticamente mi hermano. Además, como éramos muy unidas, yo pasaba mucho tiempo en su casa, y nos volvimos cercanos. Después me casé y resultó que el duque era gran amigo y socio de mi esposo —explicó con una sonrisa; era evidente que entre ellos había un verdadero y sano cariño. Aquello enterneció a Ailiana; a ella le hubiese gustado tener una mejor relación con sus hermanos y con sus esposas.

La conversación continuó, pero el duque también participaba de ella, por lo que los temas cambiaron a unos mucho más agradables. La duquesa se sentía un tanto incómoda y ya estaba pensando en inventarse alguna excusa para irse cuando escuchó los ladridos de un perro. Giró sobre la silla, esperando ver de dónde provenían, hasta que los vio. Eran cuatro cachorritos a los que uno de los sirvientes sacaba a pasear y, mucho antes de que la dama lo notase, ya estaba caminando hacia ellos deseosa de acariciarlos y consentirlos.

En cuanto llegó a ellos, no le importó si se ensuciaba su vestido al tirarse al piso. Estaba encantada acariciando a los cuatro cachorritos, tanto que no notó que todos se habían acercado, en especial Francisco; solo fue consciente de ello al sentirlo a su lado.

—No sabía que le gustaban los perros, lady Windsor. —Ella carraspeó incómoda e intentó centrar su atención en el pequeño cachorrito de pelaje blanco que jugaba con su mano.

—Me fascinan. Tengo uno llamado Augus en casa de mi padre pero, como haríamos el viaje de bodas, me vi en la obligación de dejarlo allá. Alfred prometió traerlo muy pronto; lo extraño mucho. —Cuando se habían casado, su esposo había accedido a recibir al perro, pero le había

pedido que primero conociera la mansión de Londres y la casa de campo antes de llevarlo, y ella había aceptado sin ningún problema. Aunque, ya que estaban establecidos en Londres, le recordaría a Alfred su promesa.

—Pues todos esos cachorros son de Francisco —dijo Marie con una sonrisa. La duquesa miró con curiosidad al duque, quien rio y asintió dándole la razón.

—Así es, tengo una pareja de perros que un día me sorprendió con todos estos cachorros. El problema es que no suelo estar mucho tiempo en casa y no quería dejarlos al cuidado de los sirvientes porque ellos necesitan más que comida y espacio, así que recordé que a Marie le gustan los perros y le pedí que los cuidara un tiempo mientras les encuentro dueño. —Ailiana tomó a la pequeña perrita, que no parecía querer separarse de ella; la puso sobre sus piernas, y le acarició con ternura su cabeza mientras la pequeña solo cerraba los ojos y disfrutaba de la atención.

—Pues seguro que les encontrarás voluntarios muy pronto; son realmente hermosos. —Ella misma estaba fascinada con los cachorros, tanto que no notó la forma en que Francisco la miraba y la sonrisa de sus labios. Estaba atento a cada uno de sus movimientos y no parecía querer perderse detalle alguno de sus expresiones; para él era como si tuviese un tesoro invaluable enfrente.

—Si gusta, puede llevársela; la perrita parece haberse encariñado —dijo él, lo que llamó su atención. Ella lo miró, de inmediato, con los ojos brillantes de expectación.

—¿En serio? —preguntó emocionada.

—Por supuesto. Eso sí: le pediré que me permita verla en algunas ocasiones para que juegue con sus hermanos y con sus padres. —Ailiana estaba tan emocionada con la idea de quedarse con la perrita que no analizó lo que Bridgwater le estaba pidiendo ni cuáles podían ser sus consecuencias para ella o para su matrimonio.

—¡Claro que sí! —accedió al tiempo que abrazaba a su nueva mascota.

## Capítulo 8

—En cuanto llegemos a casa, hablaremos con tu padre, y entre los dos escogeremos un nombre. Estoy segura de que Alfred caerá a tus pies, igual que como lo hice yo; eres demasiado hermosa —dijo Ailiana mientras acariciaba la cabeza de su nueva mascota. Ya iba en el carruaje, rumbo a la mansión, con su nueva compañera, que dormía cómodamente sobre sus piernas.

Ni siquiera había pensado en si a su esposo le gustaría la idea de tener un perro en casa, sabiendo que muy pronto Augus llegaría, pero estaba segura de que encontraría la forma de convencerlo. Estaba muy emocionada.

En cuanto llegó le pidió al mayordomo que le consiguiera un poco de comida para la nueva integrante de la familia. Ella misma se encargaría de buscarle una camita y un espacio en donde dormir; mientras tanto la dejó corretear por toda la mansión y por el jardín. Era difícil decir cuál de las dos estaba más contenta, así que no se separó de ella hasta que no tuvo más opción; tenía que empezar a prepararse para el baile de esa noche o no estaría lista cuando llegara Alfred, y quería recibirlo hermosa y con la perrita en brazos, a ver si así no enfurecía al verla.

Su doncella se encargó de prepararla mientras la cachorrita la observaba acostada sobre la cama. La duquesa se puso un hermoso vestido color azul oscuro, con escote profundo que resaltaba la curva de su busto. Se había encargado de pedir nuevos vestidos, y esos habían llegado hacía muy poco; pero ese, en especial, era su favorito porque sabía que a Alfred le encantaría. El recogido de su cabello era muy elegante y estaba decorado con pequeñas perlas azules de un tono muy parecido al de su vestido; lo complementó con un collar de zafiros con aretes y con un anillo a juego. Eran joyas mucho más grandes de lo que estaba acostumbrada a usar, pero la verdad era que le encantaba cómo resaltaban sobre su piel; la hacían lucir hermosa e importante.

—Milady, su esposo acaba de llegar —le informó su doncella al mirar por la ventana, después de escuchar un carruaje acercarse. Ailiana no lo dudó: tomó a la perrita entre sus brazos y bajó a recibirlo.

Al llegar a la entrada, su esposo ya estaba entregándole su sombrero y sus guantes al mayordomo.

—¡Alfred! —gritó emocionada, lo que llamó su atención. Él estaba por saludarla con el común entusiasmo pero, cuando vio la bola de pelos en sus brazos, se detuvo y se quedó de piedra. De todos los posibles recibimientos que se le habían ocurrido cuando se hubo casado con ella, nunca

había imaginado encontrarla con un perro desconocido.

—¿Qué es eso? —preguntó un tanto nervioso, sin querer acercarse de más no por miedo, sino por reserva. No era muy dado a los animales.

—Espero que no te moleste, pero traje a un nuevo integrante a la familia. La pequeña necesitaba un hogar, y no tuve corazón para negarme a dárselo. —El duque soltó unas risitas y suspiró. Su esposa estaba más loca de lo que había imaginado, y la verdad era que le encantaba. Sabía que extrañaba la compañía de su perro, así que ya se había puesto en contacto con su padre para que se lo enviara. No debería de tardar más de dos días en llegar, pero ella parecía no estar contenta con uno solo; y algo le decía que, si se descuidaba, podía llenarle la casa de perros.

—No me digas que lo recogiste de la calle, por favor —dijo y se acercó al animalito y le acarició la cabecita, una pequeña muestra de cariño que recibió con felicidad. Su esposa mordió su labio con nerviosismo.

—Antes de que enfurezcas, déjame que te explique, ¿sí? —El caballero la miró con un tanto de desconfianza, pero al final asintió y la llevó hasta la salita de té más cercana, en donde se sentaron uno junto al otro. La perrita no tardó en subirse a sus piernas para que la consintiera, así que él no tuvo más opción que sonreír y cumplir sus deseos; ya le empezaba a gustar la idea de tener perros en la casa.

—No me asustes, Ailiana —le rogó.

—Cuando estábamos en casa de la marquesa de Ahlisa, apareció el duque de Bridgwater con varios perritos que apenas son cachorros; son hijos de sus mascotas, y les estaba buscando hogar. Cuando me ofreció quedarme con uno de ellos, no tuve las fuerzas para negarme; sabes que me encantan los animales y, en especial, los perritos. Además, extraño mucho a August —le dijo y se acercó y lo besó. Su cuerpo estaba rígido, y casi podía sentir la rabia que fluía por sus venas y el gran esfuerzo que estaba haciendo para controlarse.

—Te viste con Bridgwater —concluyó Alfred, preso de la ira. Odiaba la sola imagen de su esposa cerca de ese hombre, no lo soportaba y tenía tanta rabia que empezaba a perder el control.

—¡No! Bueno, sí, pero no fue algo intencional. Nunca esperé encontrármelo en la casa de los marqueses; no tenía ni la más mínima idea de que la esposa del duque de Bridgwater es hermana de la marquesa de Ahlisa y que, además, es gran amigo de su esposo. No puedes pensar que mi intención era molestarte. —Ella no sabía, en momento, que su matrimonio se le estaba convirtiendo en un verdadero dolor de cabeza. Jamás sería capaz de serle infiel a su esposo, y mucho menos con alguien como Bridgwater. No se imaginaba recibiendo caricias de otras manos o besando otros labios que no fuesen los de esposo.

—Puede que no haya sido intencional, Ailiana, pero te viste con ese hombre después de que me prometiste que te mantendrías tan alejada de él como te fuese posible. ¿Cómo te sentirías tú si la situación fuese al contrario? Conozco a Bridgwater, y nunca hace algo sin segundas intenciones. —Su esposa soltó un suspiro pesaroso y tomó al perrito de sus piernas para ponerlo sobre las de ella. Si lo pensaba detenidamente, entendía la actitud de Alfred, aunque ello no implicaba que lo

hiciera cuando tendía a ser tan agresivo.

—Sé que te sientes mal pero, si te molesta tanto, puedo hablar con la marquesa para que le devuelva el cachorro al duque. Te aseguro que la única razón por la que entablé una conversación con él fue porque quedé enamorada del animalito en cuanto lo vi; incluso nos imaginé escogiéndole el nombre juntos. Pero mañana, a primera hora, buscaré la forma de devolverla. — La tristeza de tener que despedirse de la que había creído que sería su nueva mascota le encogió el corazón, y sintió unas inmensas ganas de llorar. No le quedaba más opción que esperar ver muy pronto a Augus y poder experimentar, una vez más, ese gran y sincero amor.

—El punto no es si te quedas con el perro o no. El punto es que no quiero que te acerques a ese hombre porque sabes que desconfío mucho de Bridgwater y de sus intenciones contigo. —Alfred tomó una respiración profunda e intentó entender que Ailiana no tenía malas intenciones y no lo había hecho para molestarlo, así que era su deber comprenderla y calmarse.

—Lo lamento, de verdad —susurró la duquesa mientras una lágrima rodaba por su mejilla. Se podía decir que se estaba despidiendo del animalito.

El duque no soportó verla tan triste y con las lágrimas que empañaban la belleza de su rostro — además de que estaba demasiado hermosa como para arruinar la noche así—, por lo que, dejando su orgullo de lado, la abrazó y consoló. Era capaz de todo por ella, incluso de darle la bienvenida a un perro.

—Cálmate; no hay necesidad de que le devuelvas al perro. Si quieres quedarte con ella, hazlo; aunque ya he hablado con tu padre y me ha dicho que, en no más de dos días, tendrás a Augus aquí contigo. Sé que no ha sido nada fácil para ti enviarlo de vuelta al campo, después de nuestro matrimonio, y que te mueres por estar con él. Espero que no le den celos por su nueva compañera. —Él acarició la cabeza de la perra y, levantando el rostro, dejó un beso sobre los labios de su esposa.

—¿De verdad se queda? —preguntó emocionada mientras enredaba sus brazos en el cuello de su esposo. Él solo pudo sonreír y asentir.

—Sí, se queda, pero sabes que ese hombre no debe acercarse a ti más de lo debido, o no respondo de mis actos. —La duquesa tomó el masculino rostro entre sus manos y repartió tantos besos como pudo en cuanto lugar tuvo a su alcance. Alfred solo rio mientras disfrutaba la sensación de tener tan cerca a su dulce dama. Eso de estar casado no era tan malo después de todo.

—¡Gracias, gracias, gracias! Ahora sí podemos elegirle un nombre. —Levantó al pequeño animalito y lo abrazó—. ¿Oíste, pequeña? Ahora eres parte de la familia Windsor. Bienvenida — le dijo emocionada.

—¿Cómo te gustaría que se llame? —La duquesa observó al animal y se encogió de hombros.

—La verdad, no se me ocurre nada. ¿Tú qué crees? —Alfred lo pensó por un momento. Nunca había tenido un perro o una mascota; lo más cercano había sido un caballo, y su padre lo había llamado Trueno, sin consultarlo con él. Así que la historia no era ni mínimamente parecida; pero

entonces se le ocurrió una idea.

—Pues, teniendo en cuenta que es tuya, yo le pondría Duquesa. Como tú, que eres mi duquesa.  
—A Ailiana le encantó la idea.

—Duquesa es perfecto.

Dos días más tarde, ya tenía a Augus y a Duquesa acompañándola en los momentos de soledad y aburrimiento. Todas las tardes jugaban en el jardín, y los cuidaba y consentía mucho más de lo que debía, por lo que era normal que no quisieran separarse de ella. Le estaba costando mucho enseñarles a dormir en su cama y no en la que compartía con su esposo noche tras noche. Con ellos a su lado, era un tanto difícil hacer el amor, lo que ponía a prueba la paciencia de Alfred. Estaba segura de que pronto aprenderían, y problema solucionado.

—Milady, el duque de Bridgwater solicita verla —le avisó el mayordomo. Ella entró en tensión.

—Dígale que pase —respondió antes de arrepentirse y simplemente correr a esconderse, como tanto le gustaría hacer. Pero era una duquesa y no podía ocultarse temeraria por la reacción de su esposo, siempre que Bridgwater se encontrara cerca. Lo mejor era decirle de frente que no quería tenerlo cerca; era un hombre inteligente y, sin duda alguna, entendería.

Antes de verlo pudo sentirlo acercarse. Era algo extraño porque era como si su cuerpo reaccionara ante la sola idea de tenerlo a tan poca distancia; era un tanto confuso porque no había experimentado eso nunca antes, ni siquiera con su esposo, y eso no estaba bien. A su parecer era como si lo estuviese engañando cuando lo cierto era que estaba empezando a enamorarse de Alfred Lowell. Entonces, ¿por qué Bridgwater la afectaba tanto? Esa era una pregunta a la que no sabía si quería buscarle respuesta.

—Espero que no le moleste, pero me prometió que podría verla de vez en cuando, y la verdad es que ya la extraño —dijo Francisco al tiempo que se acercaba a la perrita para luego tomarla y acariciar su cabeza.

—Mi esposo le escogió el nombre; se llama Duquesa —le informó Ailiana mientras se daba un poco de tiempo para encontrar la forma de decirle que no solo no podía volver a ver al perro, sino que, además, debía permanecer lejos de ella. Nunca se sabe cómo empezar una conversación así; pero estaba segura de que, por el bien de su matrimonio y por el suyo propio, no tenía más opción que hacerlo, a ver si así podía dar por finalizado el problema.

Bridgwater rio, nunca había imaginado que un hombre como Alfred Lowell podía tener la imaginación para ponerle un buen nombre a un perro.

—Me gusta, sé que esta pequeña estará a la altura de tal distinción y le hará honor a su nombre; no me cabe duda alguna de que tiene la elegancia y presencia de tal título, como usted —afirmó mirando a la joven, quien sonrió con un tanto de incomodidad. Aquello no sería fácil.

—¿Le gustaría tomar un poco de té? —preguntó con educación, señalando la mesa ubicada en

medio de jardín; él asintió, por lo que la duquesa tocó la campana y le ordenó al sirviente que le trajese el té. Tomaron asiento y ella supo que había llegado el momento de la verdad—. Lord Bridgwater, me temo que me veo en la obligación de hacerle una solicitud un tanto extraña y puede que poco pertinente. —El caballero llevó la taza a sus labios y bebió un poco de su contenido, casi seguro de que la petición de la dama no le gustaría.

—Mientras no me pida que me aleje y me prive del placer de su compañía, soy un humilde sirviente dispuesto a cumplir con todas y con cada una de sus peticiones. Solo tiene que pedir. — La incomodidad que le provocaron sus palabras la dejó sin habla; no era lo que esperaba escuchar —. Me gustaría hacerle una pregunta y espero no parecer inoportuno. ¿Por qué se casó con Windsor? —Ailiana frunció el ceño ante el tan repentino cambio de tema de conversación.

—¿Disculpe? —preguntó no muy segura de haber escuchado correctamente.

—¿Por qué se casó con el duque de Windsor? Hay muchos rumores sobre su compromiso: fue mucho más largo de lo común y a usted nunca se la vio en los salones de Londres. ¿Acaso él le pidió que se mantuviera en el campo? —La aludida lo negó un tanto confundida por la errónea suposición del duque, aunque ese sentimiento pronto se convirtió en preocupación. Si él tenía esa idea, era muy probable que muchos en Londres pensarán igual.

—No, por supuesto que no. Alfred nunca quiso que me quedara retenida en el campo ni nada por el estilo; lo hice porque, como bien sabrá, mi nombre trae consigo escándalos que preferiría dejar en el pasado. Me quedé allí como un débil intento por olvidarme de ellos, y la razón por la que nuestro compromiso fue tan largo... pues, la verdad es que no lo sé. Fue decisión de mi esposo. —Quería volver a participar de los bailes de la temporada con toda la elegancia del caso. Si el duque entendía lo sucedido, probablemente, también lo harían los demás; y su escandaloso pasado, al igual que el de su esposo, quedarían atrás. Tenía fe de que así sería.

—Aún no responde a mi primera pregunta. ¿Por qué se casó con él? —La dama suspiró, empezaba a molestarle el rumbo de la conversación.

—Mi matrimonio lo arregló mi padre, tal como les sucede a muchas jóvenes. Conocí a mi esposo poco antes de la boda, así que supongo que me casé con él porque era mi deber para con mi familia. —Eso era lo que se decía día tras día, cuando aún permanecía recluida en la soledad del campo y desconocía a su prometido.

—¿Y cree usted en el amor? —Ailiana se quedó de piedra al escucharlo. Esa pregunta sí que la tomó por sorpresa.

—Supongo que sí. Las diferentes novelas románticas de las que muchas jóvenes y mujeres gozamos, de alguna u otra forma, alientan la creencia en sentimientos como el amor, aunque me temo que hay una diferencia abismal entre creer en el amor o buscar el amor. La última es un tanto más difícil de alcanzar. —Tomó dos trozos de galleta y se los dio a los dos perros, que permanecían cerca de ella. Tenía que dar por terminada la conversación de una buena vez, antes de que fuera demasiado tarde.

—Es una buena respuesta; no lo había pensado de esa forma. —Ella sonrió. Sí, debía pedirle

que se fuera, pero la curiosidad era más fuerte.

—Como bien sabrá, las mujeres tenemos ciertas limitaciones. Dígame, lord Bridgwater: ¿conoce usted el amor?, ¿busca encontrar tal sentimiento? —El caballero la observó por unos instantes antes de responder.

—Quiero pensar que amé a mi esposa hasta su último aliento, por lo que sí, espero encontrar el amor nuevamente.

—Pues le deseo lo mejor. —Sus palabras eran interesantes y, a la vez, un tanto confusas, pero no podía seguir manteniendo esa conversación sin pensar en lo que diría su esposo cuando supiera que el duque la había visitado—. Me temo que me veo en la obligación de pedirle que se vaya —le pidió con educación.

—Usted no se casó por amor y, por lo que he podido apreciar de la relación que mantiene con su esposo, ese no es un sentimiento que esté presente en su relación. Supongo que conoce bien las silenciosas prácticas de muchos nobles; llegado el momento en que su esposo busque la compañía de otra mujer en su cama, ¿no considerará usted la posibilidad de buscar el amor en otros brazos? —respondió ignorando su petición. Ella no podía creer lo que acababa de escuchar; aquello había llegado demasiado lejos, así que indignada se puso en pie y dio un paso atrás y se alejó de él.

—Le ruego que se retire —le pidió una vez más; pero él, contrario a sus palabras, se acercó y tomó su mano.

## Capítulo 9

—Conmigo no tiene nada que temer, milady. Nunca haría algo en contra de su voluntad o que pudiese perjudicarla de alguna forma; pero es imposible que me niegues que, cuando estoy junto a ti, su cuerpo tiembla. ¿Siente lo mismo cuando su esposo se le acerca? No me malinterprete; no pretendo hacer que le sea infiel al duque de Windsor ni que mantengamos una relación a escondidas, solo le ruego que les dé la oportunidad a su cuerpo y a su corazón de sentir con libertad todo lo que la vida te puede mostrar. Tienes mucho que aprender. —Sus palabras la dejaron tan confundida y mareada que no notó el momento justo en el que el duque se acercó tanto que podía sentir el roce de la tela de su traje; así como tampoco esperó que una de sus manos se aferrara a su cuello mientras la otra se prendía de su cintura.

—Milord... —susurró ella casi sin voz, incapaz de pronunciar una palabra más. Era como si su cerebro y su boca hubiesen quedado inservibles por alguna extraña razón. Y todo empeoró cuando su cuerpo se negó a alejarse y, contrario a ello, tembló ante el contacto del duque.

—Eres la más bella flor que he visto en toda mi vida y, cada vez que te veo, lo único que estás logrando junto a Windsor es marchitarte. Es como si ese idiota se hubiese propuesto acabar contigo. Mereces más, muchísimo más. —El corazón de la dama latía tan fuerte que temía que se le terminara saliendo del pecho. ¿Qué era lo que le estaba pasando? Aunque su matrimonio no había sido impulsado por el amor, sí tenía la certeza de que los sentimientos hacia su esposo eran fuertes y verdaderos. No sabía si era amor pero, si no era así, estaba segura de que estaba muy cerca de serlo. Entonces, ¿por qué se sentía morir mientras el caballero rozaba sus labios con los suyos?

—Quiero pensar que no hay nadie más pertinente que mi esposo para enseñarme lo que es el amor. Milord, le ruego que se aparte y guarde la distancia; le recuerdo que soy una mujer casada. —Él rozó sus labios con los de la dama por unos segundos tan cortos y rápidos que para Ailiana fueron más una ilusión que una realidad. Pero eso fue más que suficiente para que su cerebro le diera una gran alerta de peligro y le rogara alejarse; sin embargo, ella no obedeció.

—No pretendo insultarla, como bien le he asegurado hace unos momentos; pero estoy seguro de que, si usted de verdad deseara que me alejara, ya me habría dado un buen empujón, e incluso creo que una fuerte bofetada. Sin embargo, aquí sigue usted, entre mis brazos. —Un escalofrío recorrió la espalda de Ailiana. Era verdad.

—Esto no está bien —susurró más para sí misma que para el duque. Necesitaba entender que debía alejarse.

—Lo que no está bien es que una dulce y hermosa dama como usted esté presa por un hombre sin sentimientos como Windsor; él nunca sabrá apreciarla como se merece. —Los recuerdos llegaron a la mente de la duquesa. Los besos de su esposo, sus miradas ardientes y el orgullo en sus ojos siempre que la veía luciendo como una verdadera duquesa; la forma en que le hacía el amor, entregándose a ella en cuerpo y alma. No, podía que lo que Alfred sentía no fuese amor. Pero, sin dudar por un segundo, no merecía ser calificado de esa forma; era mucho más de lo que alguna vez había esperado.

—Se equivoca; él es uno de los mejores hombres que he conocido en mi vida, y me siento orgullosa de ser su esposa —dijo vanidosa mientras acariciaba el anillo que decoraba su dedo y la marcaba como una mujer casada.

Ailiana estaba por alejarse de una buena vez pero, antes de poder lograrlo, el agarre del duque fue mucho más fuerte y, en menos de un suspiro, ya estaba siendo besada. Sus labios se unieron y, aunque él presiono y los movió incitándola a seguirlo, ella no lo hizo. Le costó varios segundos reaccionar y solo entonces tuvo la inteligencia de poner sus manos en su pecho y empujarlo con toda la fuerza que encontró. Estaba por darle una buena bofetada, como él bien hubo afirmado, pero la detuvieron.

—¿Acaso estoy interrumpiendo? —preguntó Alfred mientras sentía cómo la rabia calentaba su sangre a su paso.

—Alfred, no es lo que piensas; lo juro —dijo lady Windsor con rapidez y desesperación pero, cuando intentó acercarse, su esposo retrocedió y la miró con tanto desprecio y decepción que su corazón se rompió.

Francisco cerró los ojos y tomó una respiración profunda, plenamente consciente de que estaba en problemas.

—Windsor, fui yo quien... —dijo a la espera de tener la oportunidad de decir algo que evitara que el duque centrara su sed de venganza en la dama. Había sido él quien la había besado y solo él merecía pagar las consecuencias de sus actos, pero Alfred levantó su mano para silenciarlo y lanzó una mirada a su mayordomo, quien permanecía cerca.

—Largo de mi casa, Bridgwater. No quiero volver a verlo en ninguna de mis propiedades o cerca de mi esposa. —El aludido observó a la dama, quien no se atrevía a levantar la mirada para luego asentir—. Y una cosa más: lo espero mañana en Hyde Park, antes del amanecer. Asegúrese de llevar su pistola y a un padrino. —Ailiana soltó un jadeo; sus ojos se llenaron de lágrimas y su mano cubrió su boca aterrada. ¿Qué acababa de hacer? Todo eso era culpa suya.

—¡No! Por favor, Alfred —le rogó mientras se acercaba a él; pero, antes de llegar siquiera a tocarlo, él retrocedió una vez más.

—Mírale el lado positivo a todo esto, Ailiana. Si yo muero, por fin tendrás la libertad de casarte con quien desees, e incluso puedes convertirte en duquesa de Bridgwater. Si soy yo quien

logra asesinarlo..., pues me temo que te verás obligada a vivir atada a mí para la eternidad. —Él nunca había imaginado sentir algo parecido; su esposa era, para él, su más grande tesoro, y su única intención era hacerla tan feliz como le fuese posible. La decepción y el dolor que había sentido al verla besando a otro hombre fue simplemente indescriptible. Esperaba tanto de ella. Haberla visto en brazos de un hombre que había jurado algún día vengarse solo empeoró el sentimiento, pues de nada había valido rogarle que se mantuviese alejada; ni siquiera quería pensar en si todo aquello no había sido más que un beso o si habían tenido encuentros fortuitos y amorosos. Su ángel había sido mancillado.

—Esto fue mi culpa, Windsor. Fui yo quien la besó. No se atreva a desquitarse con ella, o juro que le haré pagar. —El mayordomo no tardó en llegar seguido por varios sirvientes, a la vez que el duque lanzaba una mirada asesina al hombre.

—Saquen a este hombre de mi casa; tiene prohibida la entrada, y asegúrense de que no se acerque a la duquesa —ordenó a los sirvientes, quienes de inmediato corrieron hacia él y lo sacaron casi a rastras, ya que Francisco se negaba a irse. No hacía más que mirar a la duquesa a la espera una señal; solo una y sería capaz de sacarla de allí. Pero ella nunca lo miró; sus ojos eran solo para su esposo.

—Esperare por ti, mi dulce flor. —Fue lo último que dijo antes de que lo llevaran lo suficientemente lejos de ellos.

—Perdóname —le rogó desesperada, atrapada en un mar de lágrimas—, yo no quería que nada de esto pasara. Te juro que intenté alejarlo y hasta le pedí que no se volviera a acercarse a mí, pero se negó a cumplir mis deseos —explicó ansiosa por ser perdonada y absuelta de sus pecados—. Yo te amo —confesó, lo que causó una sarcástica y cruel risa burlona en su esposo.

—¿Tú me amas, y acabo de encontrarte besándote con otro hombre? Esto tiene que ser una maldita broma. —Intentó mantener la calma y su rabia a raya para no llegar a lastimarla; pero perdió la paciencia y, antes de poder evitarlo, ya estaba caminando hacia ella. No necesita más de tres zancadas para alcanzarla. La tomó por el brazo, con mucha más fuerza de la que pretendía, y la arrastró de vuelta al interior, sin prestar atención a los ladridos y quejas de los perros, quienes intentaban morder su bota y cruzarse en su camino para detenerlo. Pero decir que estaba furioso era poco y, en un momento como ese, no era capaz de razonar.

—¡Alfred, por favor! —gritó desesperada mientras sentía cómo los dedos de su esposo se enterraban con violencia en su piel y le causaban un gran dolor. Intentó caminar para evitar ser arrastrada, pero sus pies no lograban seguirle el paso.

Al entrar a la casa, el duque la llevó escaleras arriba hasta el cuarto ubicado frente al suyo. Según supo, esa habitación había sido suya tiempo atrás, dedicada a los hijos de los duques. Una vez dentro la lanzó con fuerza al interior y la tiró al suelo con un gran golpe seco que sintió en todo su cuerpo; ella solo pudo cubrirse. No lo creía capaz de llegar a pegarle, pero estaba tan furioso que

desconocía al hombre que, se suponía, era su esposo.

—¿Cómo pudiste hacerme algo así?! Yo lo único que quería era darte lo mejor, y me pagas entregándote a otro hombre —dijo dolido y desesperado, mientras caminaba de un lado a otro como león encerrado en una jaula.

—Yo nunca me entregué a él, Alfred. Soy tuya, completamente tuya —dijo asustada entre lágrimas.

—¡Lo besaste! Me traicionaste al permitir que ese hombre se acercara a ti y probara el dulce néctar de tus labios. Tus labios deberían ser míos, solo míos, pero es evidente que no es así. —La duquesa no supo qué responder. Por un instante se puso en su lugar e intentó imaginar lo que sentiría ella si llegase a verlo con otra mujer. Sí, entendía su dolor y decepción.

—Perdóname, te lo ruego.

—El problema es que no te creo y, mientras eso no pase, me veré en la obligación de recordarte quién es tu marido. —Ella, por un instante, llegó a pensar que podía tomarla por la fuerza, pero él era todo un caballero y nunca haría algo que ella no quisiera; aunque eso no la libraría de recibir un castigo. Así que la puerta se cerró y lo único que escuchó fue el momento exacto en que la bloquearon del otro lado—. Si muero mañana, tu doncella vendrá a sacarte; si sobrevivo, pues... ya veremos qué sucede —dijo él lo suficientemente alto como para que ella escuchara, aun con la gruesa madera de por medio. Cualquiera de las posibilidades que tenía a su alcance era deprimente; así que, en medio de las lágrimas, detalló su alrededor y temblorosa fue hasta la cama, en donde se tumbó y se abrazó a sí misma para darle rienda suelta a su dolor.

El duque permaneció encerrado en su despacho durante el resto del día; su mayordomo tenía la orden de llevarle la comida a la duquesa en compañía de otro sirviente que se asegurara de mantenerla dentro de la habitación. Él se negó a beber y a ahogar sus penas en el licor, así que solo se sentó y fijó su mirada en nada en específico; tenía la cabeza muy lejos de ese lugar.

Apenas si probó la comida y, mucho antes de lo que esperaba, llegó el amanecer. No dudó en tomar su pistola y verificar que estuviese cargada; tras pedir su caballo, se subió a él y se fue hasta la mansión de su hermana que, por suerte, estaba cerca. Su cuñado aún estaba dormido cuando pidió verla pero, después de escucharlo, no dudó en vestirse y acompañarlo sin poner sobre aviso a Cassandra.

Al llegar a Hyde Park, el duque de Bridgwater ya lo esperaba junto a un hombre al que no conocía ni tampoco le interesaba conocer.

—Por su bien, espero que lady Windsor se encuentre en perfectas condiciones. —Alfred sintió que su sangre hervía una vez más.

—El estado de lady Windsor, mi esposa, no es de su incumbencia.

Después de deshacerse de sus respectivos abrigos, se pusieron espalda con espalda. El padrino de Bridgwater empezó a contar sus pasos a medida que ellos avanzaban y, llegado el punto,

ambos se giraron y quedaron frente a frente con las armas, que apuntaban a su objetivo.

—¡Fuego! —gritó el hombre, y el ruido de la pólvora los dejó aturdidos por un momento. Bridgwater se autorevisó, pero no encontró ninguna herida, mientras que el hombro de Windsor empezaba a sangrar. Su cuñado corrió hasta él, le quitó la camisa para tener la vista debida de la herida, y soltó un suspiro de alivio.

—Solo rozó —murmuró tranquilo. Arrancó un trozo de su pañuelo y presionó sobre la herida para disminuir el sangrado.

—Supongo que el honor ha sido restaurado —le dijo Bridgwater mientras se acercaba.

—No lo quiero cerca de mi esposa o, a la próxima, no fallaré —le advirtió. Para nadie era un secreto que, durante sus muchos años de encierro, había tomado varias clases de tiro y que era un experto en el arte. Eso lo supieron después de su aparición, durante una de las tardes de juego en casa de su hermana, la duquesa de Devonshire. En una competencia sus tres disparos habían dado justo en el centro de la diana; a ella no le había quedado más opción que explicarles la razón de la excelente puntería de su hermano. Y Francisco era plenamente consciente de ello y fue a enfrentar el duelo sabiendo que las posibilidades de morir eran muy altas.

Bridgwater hizo una pequeña reverencia y se retiró seguido del otro caballero.

—Supongo que mejor no pregunto la razón por la que terminamos aquí esta madrugada, pero ¿por qué no lo heriste? —El aludido bajó la mirada, quitó la mano de su cuñado y él mismo se encargó de presionar la herida.

—Ya no importa la razón, pero no soy un asesino. Quería saldar una deuda y ya lo he hecho; si hubiera muerto en el intento, pues poco hubiera importado. —Nicholas le dio una palmada en la espalda a su cuñado, como mostrándole su apoyo; entendía sus actos aun sin saber qué lo había motivado.

—Será mejor que regrese con Cassandra; no quiero que se preocupe sin necesidad. Por favor, vuelve a casa y descansa; lo necesitas. —El aludido asintió y, con su ayuda, se puso en pie y fue hasta su caballo; subió y cabalgó con lentitud rumbo a su mansión.

Tuvo mucho tiempo para pensar y meditar en todo lo que estaba sucediendo en su vida, pero no fue suficiente. Al llegar, seguía sin tomar una decisión de qué era lo que haría con su esposa; aunque, al ingresar a sus tierras, sí la vio asomada en la ventana, gritando y golpeando el vidrio, desesperada por salir.

Ailiana no había dormido nada en toda la noche de pensar a su esposo enfrentándose a duelo con Bridgwater. Siempre que lograba dormir, se despertaba aterrada, después de soñar con las mil y una formas en las que podía morir su esposo.

Escuchó los cascos de un caballo y no dudó en correr hasta la ventana. Lo vio acercarse a paso lento y tranquilo, pero se quedó sin respiración al ver la sangre en su hombro. Gritó y golpeó la ventana mientras rogaba que la dejasen salir para ver si la herida era de gravedad; pero, aunque

por un momento su mirada se conectó con la de Alfred, él rápidamente la esquivó e hizo como si ella no estuviese allí, lo que le rompió el corazón y la dejó aún más preocupada.

El día anterior, cuando el mayordomo le había traído la comida, había pedido la asistencia de su doncella, quien la ayudó a deshacerse del incómodo vestido. Se quedó en camisón y se cubrió con una de las muchas mantas que le habían dado para que se cubriera del frío.

Estaba a punto de enloquecer del encierro cuando la puerta se abrió y le dio paso a su esposo. Ella corrió hacia él feliz de que no retrocediera ni se alejara cuando lo tocó.

—Estás herido —susurró preocupada mientras le quitaba la ropa para ver la herida.

—Solo fue un roce; apenas si me tocó —le explicó—. Pero, si te preguntas qué fue lo que sucedió en Hyde Park, solo diré que Bridgwater sigue con vida y que salió ileso del duelo. — Ailiana negó.

—No era Bridgwater quien me preocupaba; eras tú. No importa lo que pase o deje de pasar con ese hombre. —Él se agachó para tomar su ropa pero, cuando iba enderezando su espalda, se encontró con el espectacular cuerpo de su esposa apenas cubierto por un camisón. La manta que la protegía del frío formaba un círculo a sus pies; había caído al suelo en el momento en que él hubo entrado a la habitación. Fue inevitable que su cuerpo no despertara.

—De verdad intento olvidarte y perdonarte, y no puedo. —Se acercó y su mano tomó uno de sus senos—. Pero es imposible verte y no desear enterrarme en lo más profundo de tu cuerpo, hacerte mía. —Ella, sin dudarle, soltó el nudo que sostenía el camisón en su lugar, lo que hizo que la prenda cayese al suelo en cuanto su esposo liberó su seno. Necesitaba sentirlo.

—Quiero que me hagas el amor —le rogó. Para Alfred, al tenerla en frente completamente desnuda, fue imposible negarse; no dudó en tomarla entre sus brazos, besarla como nunca, enloquecerla de placer y hacerle el amor como tanto había deseado desde el mismo momento en que la había visto besándose con Bridgwater. Era la única forma en que sentía que Ailiana era solo suya y en que le recordaba a ella quién era su esposo. Y la frustración fue evidente. Le hizo el amor con mucha más fuerza de la que acostumbraba y descargó su desgracia en cada movimiento; pero, al llegar al éxtasis, no pudo abrazarla y besarla con delicadeza, como siempre solía hacer. Al contrario, se levantó, tomó su ropa y salió de la habitación, y la dejó sola y encerrada una vez más.

## Capítulo 10

El amor es un sentimiento tan extraño que a veces cuesta entender sus señales; en algunas ocasiones, por desconfianza y, en otras, por falta de conocimiento. El amor es distinto en todas las personas porque cada uno lo demuestra a su manera; algunos son más expresivos y cariñosos que otros, pero todo —al final— se resume en amor.

Ailiana no tenía duda alguna de que lo sentía por su esposo era amor. Tal vez se sentía atraída físicamente por el duque de Bridgwater. No era más que su buena apariencia y sus excelentes modales los que llamaban su atención; pero, al final del día, con el único con quien quería compartir sus noches era con Alfred Lowell. Si tan solo hubiese una forma de explicárselo con la esperanza de ser perdonada con la eterna promesa de que no se repetiría. Lo que había sucedido fue tan grave que hasta su matrimonio estaba en riesgo y, si él lo deseaba, bien podría enviarla lejos o, incluso, a una cárcel; pero no, solo la encerró en una habitación con todas las comodidades. Su amado era demasiado bueno; no lo merecía.

El frío que sintió cuando su esposo, después de haberle hecho el amor como nunca, se retiró y la dejó encerrada —una vez más— fue lo más doloroso que había experimentado en su vida. Sus ojos no tardaron en llenarse de lágrimas, que mojaron sus mejillas y la almohada a su paso; apenas si tuvo la fuerza para tomar una de las mantas y cubrir con ella su desnudez. Se abrazó a sí misma y lloró su desgracia hasta caer profundamente dormida.

—Milady, milady, despierte. —Un suave toque en su mano la despertó. Ahí estaba su doncella mirándola con un tanto de lástima; claro, debía tener los ojos hinchados a causa de las lágrimas. Además, estaba desnuda y prisionera en una habitación que no era la suya, lo que era un tanto degradante si lo pensaba bien; era una sutil manera de hacerle saber que no merecía ser considerada su duquesa, pues no podía hacer uso de la habitación que le correspondía, o así era como lo sentía ella.

—¿Qué sucede? —preguntó aturdida y un tanto adormilada.

—Debe vestirse, milady. Le he traído uno de sus vestidos, y no tardarán en llegar con la tina y el agua caliente. —La duquesa se sentó y se enderezó mientras cubría su desnudez con la manta.

—No, no quiero usar vestido cuando es poco probable que salga de esta habitación. Me daré un baño, me cambiaré de camisón. Tráeme una bata y hazme una trenza en el cabello; con eso será

más que suficiente —le ordenó. Una vez estuvo lista, le subieron el almuerzo, pues había dormido tanto que se había saltado el desayuno.

—¿Necesita algo más, milady? —preguntó su doncella. Debía salir de la habitación.

—¿En dónde está mi esposo? ¿Se encargaron de limpiar y vendar su herida? —Mientras le había estado haciendo el amor, había podido constatar que solo había sido un leve roce que no necesitaba mayor atención, aunque eso no evitaba que se preocupara por él y por su bienestar.

—El duque salió hace poco en su caballo; uno de los sirvientes se encargó de su herida. —La dama asintió y la mujer se retiró.

El día avanzaba con tranquilidad y el encierro empezaba a poner a prueba su cordura y paciencia. Le dieron un par de libros para que pasara el rato y prometieron pedir la autorización del duque para llevarle sus implementos de pintura. Antes de la cena, pudo constatar que Alfred llegó en su caballo; lucía imponente —como siempre— y su hombro parecía no molestarle. Ailiana se conformaba con verlo, aunque fuese, a la distancia; después de todo, no eran varios kilómetros los que los separaban, sino los recuerdos y la culpa, que terminaban convirtiéndose en casi una eternidad. A los pocos minutos, vio el carruaje alejarse.

Hacía poco que había cenado cuando escuchó el carruaje entrando a la propiedad. Fue hasta la ventana, esperando distinguir a Alfred bajando del vehículo, pero se quedó sin respiración al ver que su esposo —tras lanzarle una mirada— ayudaba a una dama a bajar. No pudo reconocer su rostro porque iba cubierta por una gran capa. No era Cassandra porque la prenda era mucho más oscura de lo que ella solía usar; de hecho, ese era el estilo de las cortesanas. Esa idea le puso la piel de gallina, y un escalofrío recorrió su espalda. No, no podía ser; él no podía tener una amante y no sería tan cruel de pasearla frente a ella como si nada. Su corazón se rompió ante la idea de su amado haciéndole el amor a otra mujer. Sin pensarlo dos veces, corrió hasta la puerta y la golpeó tan fuerte como pudo; dio puños y patadas hasta que no soportó el dolor, pero esta nunca se abrió. Pronto terminó llorando desconsolada en el suelo, y pensar que todo entre ellos iba tan bien hacía tan solo un par de horas; si tan solo Bridgwater nunca hubiese aparecido en sus vidas, entonces todo sería diferente.

Ya había perdido las esperanzas cuando la puerta se abrió y la hizo caer al suelo. Ahí estaba su doncella mirándola con un tanto de lástima.

—Milady, el duque solicita su presencia en el comedor. Debe vestirse. —La duquesa se levantó con rapidez y siguió a la mujer hasta su habitación; allí se lavó su cara y se puso uno de sus mejores vestidos.

—¿Quién es la mujer que llegó con mi esposo, Marinne? —preguntó. Ya no soportaba tanta incertidumbre y la duda la estaba matando; si iba a enfrentarse a alguien, al menos, quería estar preparada. Lo único de lo que tenía certeza era de que, fuese cual fuese la guerra que le esperaba, no estaba dispuesta a perderla.

—Lo lamento, milady, pero lord Windsor me prohibió darle algún detalle. —Ella asintió comprensiva.

—Tranquila.

Se puso una de sus mejores joyas, y Marinne se esforzó de más con su peinado. Lucía como una dama digna de ser admirada y, al bajar, entendió la razón; Alfred la esperaba junto a una mujer que —no le cabía duda alguna— era una cortesana. El profundo y descarado escote de su vestido, sumado a la escandalosa forma en que ese se adhería a su cuerpo, confirmó sus sospechas, pero nada podía prepararla para algo así. Se sintió morir a la vez que unas inmensas ganas de ahorcarse se apoderaban de ella. ¿Cómo se atrevía a traerla?

—Milady, me temo que no tengo el placer de conocerla —dijo la desconocida al acercarse—. No soy de las que siguen las reglas, así que me presento. Soy Amelia Withwor. —Hizo una perfecta reverencia, que sin duda era producto de varios años de excelente educación, a la que ella respondió con un leve ademán.

—Ailiana Lowell, duquesa de Windsor. —La dama lanzó una mirada interrogativa a su esposo, quien de inmediato intervino.

—La señorita Withwor nos estará acompañando un tiempo; así que, como estará dando vueltas por la mansión, preferí presentársela —le explicó, pero no fue suficiente. Eso ni siquiera respondía a una de las mil y una preguntas que tenía rondando en su cabeza.

—¿Por qué?

—Porque yo lo ordeno y punto. No tengo porque darte explicaciones, Ailiana. Quiero que Amelia permanezca cerca y, ya que esta es mi casa, pues se queda. —La duquesa elevó el mentón con orgullo y sonrió; ella sabía lo que era pelear por lo que quería y ninguna mujer era una contrincante digna. Nadie le quitaría lo que era suyo.

—¿Tú lo ordenas? Disculpa que difiera, pero esta casa también es mía y, ya que yo no deseo que la... mujer en cuestión permanezca aquí, será mejor que se vaya. —La aludida retrocedió incómoda hasta uno de los estantes, en donde se quedó observando todos los adornos que allí reposaban, para darle un poco de privacidad a la pareja.

—Tal vez eso no te lo enseñaron en la escuela para señoritas o en casa de tu padre, pero tú aquí no eres más que la mujer que me dará un heredero. Yo soy libre de hacer lo que quiera con quien quiera. —Presa de la ira, con tan solo un par de pasos, estuvo frente a él y, sin pensarlo mucho, levantó su mano y le dio una bofetada al duque, lo que lo dejó consternado, a la vez que la invitada soltó una exclamación de sorpresa. La duquesa le demostraría, de una u otra forma, quién era su esposa; si lo que quería era una dama que obedeciera todas sus palabras sin rechistar, se había equivocado de mujer.

—¿Acaso esto es una broma? Porque es de muy mal gusto. No soy un perro que puedes manejar a tu antojo; si tengo que decir algo, lo haré sin reserva alguna y con mayor razón si se trata de algún asunto que no sea de mi agrado —le informó; él se acercó furioso, amenazante.

—Nunca más vuelvas a hacer algo así, o juro que... —Levantó su mano a modo de advertencia,

pero ella no retrocedió.

—¿Qué? ¿Qué me vas a hacer?, ¿golpearme? —preguntó interrumpiéndolo—. Mejor respóndeme una pregunta, Alfred: ¿por qué te casaste conmigo? —Su esposo soltó una risa sarcástica.

—Muy sencillo: por venganza. Porque para mi padre, de entre todas las posibles candidatas, tú eras la menos indicada. Te elegí porque sabía que, si mi padre estuviese vivo, lo odiaría. La única razón por la que me quedé contigo y no con una sirvienta fue porque ella ni se merecía pagar la crueldad de la sociedad en la que vivimos. —Era imposible describir lo que la duquesa sentía; tal vez rabia, tal vez decepción o, incluso, podía que fuera tristeza.

—Y yo sí —completó su oración. Ella sí merecía la crueldad de la nobleza; la había escogido por los escándalos que habían manchado su buen nombre. No le importaba qué clase de mujer era ni si se convertiría en una buena esposa; solo quería vengarse de su fallecido padre—. Tú no quieres reivindicarte con la sociedad; lo único que quieres es recordarle al mundo que eres el bastardo del duque de Windsor —dijo ella dolida, pero él enfureció al escuchar que lo llamaba bastardo.

—Estás sacando conclusiones apresuradas, Ailiana. —Lo que menos quería era empezar una guerra con su esposa, así que puso todo su empeño en mantener la calma.

—¿Conclusiones apresuradas? Acabas de avisarme que tu amante vivirá en mi casa como si fuese la señora. No sé cómo pude equivocarme tanto contigo. Me sentí culpable por lo que sucedió con el duque de Bridgwater y ahora empiezo a entender que lo único que salió herido fue tu orgullo de hombre. ¿Sabes qué?: tal vez sí debí pasar la noche con él, así el escándalo sería el protagonista de nuestra relación y habrías cumplido con tu propósito. —Estaba harta de toda esa situación, y permitir que una cortesana viviera bajo el mismo techo era un límite que no estaba dispuesta a cruzar—. Quiero que se vaya de mi casa de inmediato y, por su bien, espero que no vuelva a pisar mis terrenos —le advirtió a la mujer, pero ella no se inmutó.

—Lo lamento, pero no es usted quien debe pedirme que me vaya. Necesito escucharlo de boca de Windsor —le dijo con autosuficiencia, segura de que el duque la respaldaría. El problema fue que ni Alfred podría detener las ganas de ahorcar a alguien y, si esa mujer no se iba de su casa, de inmediato sería ella la implicada.

—Oh, no tienes de qué preocuparte. Permíteme recordarte quién es la duquesa de Windsor y señora de esta y de todas las propiedades de mi esposo; y que, por ende, son mías. —Sin miedo la tomó por el cabello y la jaló hacia la salida.

—¡Ailiana! ¿Qué demonios estás haciendo? ¡Suéltala de inmediato! —le ordenó su esposo, pero ella no lo escuchó.

—¡Está usted loca! ¡Libéreme, que me está lastimando! —gritó la mujer, desesperada ante el dolor que le estaba causando en la raíz de su cabello. Intentó golpearla, pero la duquesa era mucho más hábil y, con un ligero movimiento, logró esquivar su mano. Solo la liberó con un gran empujón cuando llegaron a la puerta y la sacó de la casa.

—Puede que sí esté loca, y no querrás que se te contagie, así que mejor ni te vuelvas a aparecer por aquí —le reiteró Ailiana furiosa. Estaba por recordarle su amenaza de acabar con ella si llegaba a pisar alguna de sus propiedades cuando Alfred la tomó del brazo y la arrastró de vuelta al interior de la mansión.

—Vete; ya te buscaré de nuevo —le dijo el duque a la mujer para luego pedirle a su mayordomo que la llevaran de vuelta a casa. Cerró la puerta tras de sí y se quedó viendo a su esposa por un momento mientras se tomaba el tiempo para pensar en qué haría con ella. Pero, en un movimiento sorpresa, Ailiana se liberó de su agarre y retrocedió para alejarse de su alcance.

—¡A mí no me vuelves a tratar como se te antoja! Es cierto que mi obligación es obedecerte, pero no permitiré que me lastimes. —Alfred frunció el ceño, pero su rostro palideció después de que la dama se bajase la manga de su vestido y dejase a la vista un gran moretón en sus brazos que tenía la marca perfecta de su mano. Qué imbécil y bruto se había comportado—. Es hora de que regrese a mi jaula de oro, la nueva habitación que me has asignado, porque no pienso volver a poner ni un solo pie en la tuya o en la de la duquesa. Si alguna de estas noches desea que cumpla con mis deberes maritales, me aseguraré de quedarme muy quieta mientras usted desfoga su pasión, milord. —Hizo una perfecta reverencia para luego irse escaleras arriba hasta la habitación en la que permanecía recluida. Una vez allí se deshizo del vestido, del corsé y de la ropa interior; lo único que cubría su desnudez era su camisón. Dejó sus joyas en uno de los cajones de las mesas y, tras abrigarse con la manta, se acostó en la cama. Después de acomodarse se permitió dar rienda suelta a sus sentimientos y terminó llorando con amargura.

En verdad deseaba, con todas las fuerzas de su corazón, ser verdaderamente fuerte y nunca darle el poder a Alfred o a algún otro caballero de que pasasen por encima de ella; pero, desde que se había casado, parecía haberse olvidado de la clase de persona que era y, en medio de las lágrimas, se prometió a sí misma nunca volver a vivir para complacer a otros. No debía preocuparse más que por sí misma.

Windsor se quedó viendo las escaleras incapaz de pronunciar palabra alguna. No, eso no era lo que quería lograr. Amaba la fogosidad de su mujer cuando hacían el amor; estaba fascinado por la dulzura de su corazón, por su belleza. Cuando se trataba de Ailiana, no había ni una sola cualidad que pudiese odiar; amaba todo de ella. Incluso los que algunos calificaban como defectos, para él, solo eran un detalle más de su perfección; por lo que la idea de perderla era nefasta.

Al pensar en todo aquello que hacía de su esposa una gran dama, y deteniéndose a analizar la forma en que su corazón se aceleraba con la sola idea de la dulce Ailiana acercándose con lentitud —mientras a su paso exhibía las deliciosas curvas de su cuerpo—, se plantó la primera sospecha, y empeoró al recordar que aquello no solo lo sentía durante el sexo, sino que hasta una de sus miradas o sonrisas causaban estragos en su interior. Eso, sumado a los enloquecedores celos que sentía al verla cerca de otro hombre, le dio la respuesta que tanto había buscado.

Cassandra, en varias ocasiones, le había dicho que el amor no siempre era fácil de identificar y que, en muchas oportunidades, se confundía e —incluso— se evitaba por diferentes razones. Teniendo en cuenta que no existía una definición exacta de tal sentimiento y que todos contaban experiencias muy distintas, siempre le había recordado que el hecho de que su historia con Ailiana fuese diferente a la que ella había vivido con Nicholas no significaba que era falta de sentimiento o de amor. No, después de todo, cada quien se expresa como guste y en brazos de a quien desea.

No soportaba la idea de perder a su esposa; a la Ailiana alegre, vivaz, con la fuerza de —al menos— mil hombres y con unas enormes ganas de demostrarle al mundo la clase de mujer que era, de enseñarles que en su vida había mucho más que escándalo. Su dulce, cariñosa, preciosa y fogosa dama.

Subió las escaleras, tan rápido como pudo, y corrió hasta la habitación en la que permanecía recluida; pero, al levantar su mano para tocar la puerta, no tuvo la fuerza para chocarla contra la madera. Su orgullo parecía ser mucho más grande; incluso ese momento, después de que acababa de descubrir que estaba enamorado de su esposa, fue frustrante. Lo único que pudo hacer fue cruzar el pasillo hasta su habitación, en donde se lanzó a la cama.

Amelia era una de las cortesanas más conocidas e, incluso, deseadas de toda Inglaterra y había sido su última amante. Había terminado aquella relación una semana antes de haber enviado la carta al conde para solicitar la presencia de su prometida. No había vuelto a verla desde ese entonces pero, después de la discusión con Ailiana, no pensaba en nada más que en encontrar la forma de herirla; sabía cuáles eran sus puntos débiles y era como si quisiera hacer algo para lastimarla y demostrarle quién tenía el poder sobre quién. El problema era que empezaba a pensar que el poder lo tenía ella.

Era cierto que, al casarse, había supuesto que lo hacía por molestar a su padre, pero él ya no estaba vivo, por lo que esa no era la verdadera causa en realidad. Habría sido una verdadera venganza si él hubiera estado para ver a la mujer a la que había decidido unirse de por vida; en otras palabras, su excusa era inútil.

Su hermana, a pesar de haber sido la hija de un duque y de haber recibido la mejor educación posible, no era una dama —lo que se dice— común. Ella era distinta, alegre, real; no una falsa ilusión de elegancia y nobleza propia de la aristocracia, y era justo eso lo que buscaba en su esposa. De ahí el tema de los escándalos; si era una mujer a la que no le importaba estar en boca de toda la nobleza, pues era la indicada, y no le cabía duda alguna de que la había encontrado. Siendo específico, la pregunta era cómo la recuperaría.

## Capítulo 11

—*Padre, me mandó a llamar —dijo el joven Alfred mientras entraba al despacho del duque. Había estado toda la mañana cabalgando y había pensado seguir haciéndolo durante la tarde, hasta que su mayordomo le avisó que el duque lo estaba esperando, de carácter urgente, en el despacho.*

—*Sí, quiero que hablemos de tu futuro, hijo. —Un escalofrío recorrió su espalda al escuchar ese apelativo: «hijo». Conocía muy bien al duque de Windsor y sabía que solo le decía así cuando estaba por pedirle algo que no le gustaría en lo más mínimo y que, sin duda, no terminaría bien para él. Su padre tenía la idea de que podía hacer con él lo que se le antojase, y todo era su culpa; siempre había querido complacerlo en todo con la esperanza de algún día ser merecedor de heredar su título y posición.*

—*¿De qué se trata? —preguntó prevenido, a la espera de que, fuera de lo que fuera que se tratase, no fuera demasiado grave para él. Ya empezaba a cansarse de que todos los sacrificios que hacía fueran insuficientes para su padre. Él no tenía la culpa de ser hijo de una cortesana, él no había pedido venir al mundo; aunque su padre parecía empeñado en hacerlo pagar por ello.*

—*Deseo un nieto. Soy un anciano que, de seguro, no tardará en morir pero, antes de hacerlo, necesito estar tranquilo sabiendo que el título y nombre familiar continúen. Lo único que espero es darle un heredero a la gran estirpe Windsor, así que encontré a una candidata perfecta para ostentar el título de duquesa de Windsor. —Alfred frunció el ceño y negó con su cabeza, dispuesto a no permitir que algo así sucediera. Eso era mucho más grande de lo que algún día le había pedido; tanto que era, sin duda, imposible. No, la petición de su padre ni siquiera era una opción.*

—*Padre, elegiré una esposa cuando llegue el momento. Cassandra se casó ayer; así que prefiero tomarme un poco de tiempo antes hacer algo así. —Era una sutil y elegante forma de negarse, aunque rara vez funcionaba.*

—*No digas estupideces, Alfred. Lo único que quiero es tu bienestar y tu felicidad, así que sé quién es la mujer indicada para ti; te aseguro que a su lado serás muy feliz y podrás tener el heredero que el título necesita. No quiero correr el riesgo de que la familia pierda el ducado. —No usaba las palabras indicadas, pero era obvio que lo que quería decir era que no quería que se viera obligado a recurrir a un bastardo que pudiera heredarlo todo, como si había hecho él. Reconocer al hijo de una cortesana no había sido fácil para su orgullo.*

—*Creo que preferiría ser yo mismo quien decida con quién quiero casarme, padre. Tenemos ideas diferentes de lo que consideramos bueno para mí, así que ya me tomaré el tiempo de hacerlo ahora, que es inevitable que el mundo conozca mi existencia —reiteró. No quería ni imaginarse qué clase de mujer podría elegir su padre para él; probablemente, una que no tendría ni una sola de las cualidades que él esperaba en una esposa. Quería una compañera, no una fuente de herederos; pero su padre nunca entendería eso y estaba arruinando su vida de a poco.*

—Esa no es una decisión que puedas tomar solo; es nuestro deber reivindicarnos con la sociedad después de lo sucedido con la antigua duquesa y tu madre. No tienes el conocimiento necesario para hacer una buena elección, y te aseguro que terminarás agradeciéndomelo. No quiero que caigas en el mismo error que cometió tu hermana; debes ser más inteligente. —El joven soltó un gruñido; no podía ser cierto.

—¿Me crees un estúpido? No, mi última palabra es no. No pienso casarme con quien no haya elegido yo. —Era cierto que la vida no le había dado muchas opciones cuando el duque había decidido reconocerlo. Aún recordaba las palabras de su madre: «Esta es una gran oportunidad para ti, Alfred. Quiero que te conviertas en todo un caballero, y tu padre quiere hacer de ti el mejor de los hombres. Eres muy afortunado, así que tienes que ser merecedor, debes hacer que tu padre se sienta muy orgulloso de ti a como dé lugar, porque tu padre ha hecho mucho para ti». Y él, como imbécil, había cumplido con su deseo sin considerar que no era su felicidad la que estaba consiguiendo con ello.

Después de tantos años bajo su poder y dominio, comenzaba a entender que la única forma en que su padre podía llegar a considerarlo digno de ser su heredero era volviendo a nacer. Pero, en esa oportunidad, estaba en la obligación de ser del vientre de la verdadera duquesa, no el de una cortesana; y teniendo en cuenta que aquello no sucedería jamás, no le quedaba más opción que acostumbrarse a lo poco o mucho con lo que contaba y era verdaderamente suyo.

—No estás preparado para hacer una buena elección y, si confías en mí, sé que podrás agradecérmelo en un futuro. —Abrió la boca para negarse una vez más cuando el duque levantó la mano y lo silenció—. Quiero que conozcas a la dama y, cuando entables una relación con ella, verás que es la mujer indicada. Es toda una dama con excelente educación, de buena familia, hija de un conde, y me han dicho que es muy talentosa en todo lo que hace. —No, no lo podía creer. Una cosa era manejar su presente, pero ya dictaminar su futuro no era una opción. De aceptar, cargaría con ello durante el resto de su historia, y lo que menos quería era arruinarse la existencia a sí mismo y condenar a una jovencita a una vida solitaria y triste.

—No sé si quiero escucharlo, pero ¿qué le hace pensar que no estoy preparado para hacer una buena elección de esposa? Discúlpeme que lo diga, pero no confío en que llegue a agradecérselo algún día. —Todos tienen derecho a soñar con el amor; incluso él, siendo un gran caballero, esperaba más que una unión por conveniencia. Tal vez no amor, pero sí una amistad, una camaradería, una cercanía, una complicidad.

—Alfred, por favor...

—¿Qué, padre?, ¿qué me vas a decir? Déjame adivinar; tiene que ver con el hecho de que mi madre es una cortesana y no la hija de un noble. Esto es ridículo. Si siente tanto asco y desdén por la mujer que me dio la vida, ¿por qué me reconoció como su hijo y heredero? Tal vez que desapareciera el ducado de Windsor hubiese sido mejor que caer tan bajo y pertenecer a un bastardo. —Su padre soltó un gruñido, odiaba tener que dar explicaciones sobre el tema. No cualquiera podía entender que prefería un heredero que ninguno; después de todo, era su hijo, y eso debía ser más que suficiente.

—No hagas preguntas sin sentido; lo único que importa es que tú eres mi heredero y que, en cuanto muera, serás el duque de Windsor porque eres mi hijo. Tu madre no tiene relevancia en este asunto. —El joven sintió unas enormes ganas de golpearlo; era un hombre tan desagradable y lo insultaba y hería cada vez que hablaba con tanto desdén de su madre... Había sido una gran mujer, y aún le dolía su muerte; pero, claro, su padre solo recordaba su profesión.

—¿No has llegado a pensar en que puedo negarme a heredar? Bien podría decir que no quiero el

*título, o bien podría no tener herederos. En ambos casos sucedería aquello a lo que tanto temes: desaparecería el ducado. —El duque, con dos grandes zancadas, se acercó a su hijo, con la mano derecha en lo alto, lista para ser liberada en una bofetada. No sería la primera vez que lo golpeaba.*

*—Pues más te vale que eso no suceda, Alfred, porque no hice todo esto para reconocerte para que tú no le des un heredero. —La guerra estaba declarada; era más que obvio que ellos nunca estarían de acuerdo y jamás darían su brazo a torcer.*

*—Esa sería la mejor venganza a tantos años de soledad y malos tratos. —Era una idea que llevaba mucho tiempo rondando en su cabeza; pero luego recordó que su padre no dudaría toda la vida y, después de su muerte, no estaría para sufrir por sus actos o para disfrutar de esos, por lo que sería un tanto inútil condenarse a una vida solitaria. Merecía mucho más.*

*La mano de su padre aterrizó en su mejilla con tanta fuerza que su cuerpo se giró, y cerca estuvo de tirarlo al suelo.*

*—¿De no haber sido por mí, tú y tu madre habrían terminado sumidos en la pobreza y, solo Dios sabe, trabajando en un hueco para sobrevivir! Que no se te olvide que fue gracias a mí que tu madre tuvo una vida cómoda y sin preocupaciones; así que, si vuelves a repetir semejante sandez, juro que me las pagarás. Y en cuanto al otro tema, pronto conocerás a tu prometida; ya no hay vuelta atrás.*

Alfred se despertó de golpe, con la respiración agitada y con el corazón desbocado, —que latía con fuerza—. Quería pensar que los recuerdos que tenía con su padre habían quedado atrás, en el olvido, pero era obvio que no era así. Era inevitable que él estuviese presente en su vida; de alguna u otra forma, siempre encontraba el camino para atormentarlo aún desde la tumba.

Aquella vez no había tenido la oportunidad de mostrarle a la mujer que le había elegido por esposa; había muerto dos días después de aquella conversación y, ya que —según su abogado— nunca dejó nada firmado o acordado, fue libre de elegir por esposa a quien deseara. Aunque a veces le habría gustado saber qué clase de mujer consideraba su padre «correcta», al final siempre agradecería no haber llegado a conocerla. No tenía idea de cuál hubiera sido su reacción al verla y, por su bien y por el de ella, prefería dar el tema por terminado. No podía hacer más que desearle felicidad y buena fortuna.

Soltó un suspiro, para calmar los fuertes latidos de su corazón, y limpió el sudor de su frente con su mano. No quería pensar en nada ni en nadie, así que tocó la campana y su ayuda de cámara no tardó en aparecer. Pidió la tina y se dio una corta y tranquila ducha; se vistió y preparó pero, al bajar a desayunar, le informaron que su esposa seguía encerrada en la que años atrás había sido su habitación y se negaba a salir de allí.

Cansado subió con rapidez las escaleras hasta la habitación, entró sin tocar la puerta y la encontró casi desnuda; estaba a punto de entrar a la tina.

—Retírate —le ordenó a su doncella, quien no tardó en obedecer.

—Milord, ¿puedo preguntar qué hace en mi habitación? ¿Acaso debo volver a la cama y cumplir con mis deberes de esposa? —preguntó con educación y con la mirada baja, como la mujer sumisa que debía ser. En la escuela, en muchas oportunidades, le habían reiterado la importancia de obedecer los deseos de su esposo, y ese era su nuevo propósito: ser aquello que nunca había querido ser.

—Ailiana, te lo ruego; no lo hagas. Solo quiero que hablemos con tranquilidad, tal como solíamos hacer durante la tarde mientras yo disfrutaba de un trago y tú, de un té, —Ante su respuesta la duquesa fue hasta su cama, en donde tomó su bata y se la puso para cubrir su cuerpo.

—¿No es acaso este el comportamiento al que está obligada a tener una dama? Creo que ya he tenido demasiados escándalos en mi vida y lo único que deseo es cumplir con mi deber y esperar que los momentos de pasión den su fruto. Un hijo puede que lo solucione todo; ¿no lo cree así? — El duque pasó una mano por su cabello y lo despeinó. Ailiana lo conocía lo suficiente para saber que esa era su fiel muestra de desesperación; su esposo era una persona muy fácil de leer y entender.

—Ailiana, creo que ya he pagado demasiado caro mis actos y mis palabras, me arrepiento de todas y cada una de ellas. Necesito que vuelvas a ser la dulce y alegre mujer que me acompaña durante no solo la soledad de las noches, sino también durante la pesadumbre de los días. Te juro que algo así nunca más volverá a suceder. —La aludida lo miró con desdén; la idea del gran hombre que alguna vez se había hecho de su esposo había desaparecido por completo y había sido reformulada por una un tanto cruel, lastimosamente más realista. Las ideas apasionadas no eran para ella.

—Cuesta creer en las palabras de un hombre como usted y, después de todo lo que ha pasado, prefiero no hacerlo. Mi cabeza y mi corazón son lo único que puedo conservar para mí, así que necesito mantenerlos lejos de todo el daño que usted, como bien dijo, con sus actos y sus palabras, pueden ocasionar. —Sí, había llegado a enamorarse de su esposo, y eso era algo que no podía cambiar de la noche a la mañana ni que podía olvidar o desaparecer a su antojo. Le tomaría mucho tiempo hacerle entender a su corazón que lo mejor era guardar todo ese amor, tal vez, para alguno de sus futuros hijos; o incluso un perro terminaría apreciándolo más que el duque que tenía por esposo. No deseaba sufrimiento por voluntad propia, no cuando tenía todo a su alcance para evitarle lágrimas.

—No, no puedes decir tal cosa. Soy consciente de mis errores y sé que puedo corregirlos y cambiarlos por ti, por nosotros. —Ella soltó una risa llena de ironía.

—¿Nosotros? Alfred, ¿cómo puedo perdonar todo lo que me hiciste cuando sé que todos tus actos tenían el único propósito de lastimarme y que tengo la certeza de ello? ¿Qué pasara cuando volvamos a discutir?, que estoy segura de que pasará. ¿Volverás a encerrarme y a tratarme como lo has hecho estos últimos días? —El aludido lo negó e intentó ir hasta ella para abrazarla o, al menos, tocarla, y así sentirla un poco más cerca; pero ella retrocedió, y en sus ojos pudo ver que el brillo que antes la caracterizaba había desaparecido. ¿Qué había hecho?

—No existen palabras que puedan justificar o explicar lo que hice, pero puedo jurarte que nunca más volverá a suceder. —Ailiana se cruzó de brazos; llegó la hora de proteger su corazón, ya que el cuerpo le pertenecía—. No, no tengo excusa y, aunque Dios sabe que esto no es fácil decirlo, pero te amo, me costó mucho darme cuenta de lo que sentía por ti. Y creo que fue tu distancia y tu rechazo los que me llevaron a entenderlo; el notar que estaba perdiéndote hizo que

enloqueciera y, después todo, se salió de control. Estaba desesperado no solo por detener todo lo que estaba sintiendo por miedo a lo desconocido, sino también porque, a lo largo de mi vida, me enseñaron que en este mundo los sentimientos no tienen cabida. Mi padre siempre me dijo que lo único que importaba era el buen nombre y el dinero; el resto no tiene valor alguno. —El corazón de la duquesa se encogió ante el dolor que le causabas sus palabras; si tan solo hubiese dicho eso tres o, incluso, dos días atrás, entonces todo sería diferente. En ese momento, para sus oídos, no eran más que mentiras.

—¿Me amas? —Rio—. ¿No fuiste tú quien se burló de mí cuando te confesé que me había enamorado de ti? Lo tildaste de ser una maldita broma y no tuviste problema alguno en encerrarme en una habitación que no era la mía. ¿Por qué debería yo creer en tus supuestas palabras de amor? Puede que no sean más que una «maldita broma» con el único propósito de conseguir lo que deseas. —Alfred nunca había tenido tantas ganas de golpearse a sí mismo; decir que era un completo estúpido se quedaba corto después de todo lo que había hecho.

—Y según tú, ¿qué es lo que deseo? —Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Entonces, no me queda más opción que rogarte para que me creas. —De repente se arrodilló ante ella, lo que la dejó anonadada—. Te ruego, te imploro, te suplico que me des una sola oportunidad para demostrarte que te amo con todas las fuerzas de mi ser y que puedo hacerte la mujer más feliz del mundo, porque si algo tengo claro en la vida es que el hecho de que tú seas mi esposa ha sido la mejor decisión que pude haber tomado. Aunque nuestra unión no haya sido producto del amor, tengo la certeza de que estamos hechos el uno para el otro. —A la duquesa le costó varios minutos reponerse ante lo sucedido. Su esposo, el duque de Windsor, estaba arrodillado frente a ella, rogando por su perdón; de todas las cosas que había llegado a imaginar, nunca había pensado que él haría algo así.

—Me encerraste en una habitación que no era la mía para enseñarme quién estaba por encima de quien; para demostrarme que, aun siendo duquesa, tú siempre tendrías el poder de usarme a tu antojo. Estuviste a punto de golpearme, me lastimaste el brazo y, no contento con ello, trajiste a tu amante a mi casa y me la presentaste como si se tratase de una gran dama. Rompiste mi corazón, Alfred, me heriste de todas las formas posibles; no puedes esperar que crea en ti, no ahora. —El duque se acercó tan rápido que no le dio tiempo de huir y, aún arrodillado, tomó sus manos y las puso frente a sus labios. No podía perderla.

—Dios, sé que no tengo perdón después de todo lo que hice, pero yo te amo, Ailiana. Te amo con todas las fuerzas que tengo en mi cuerpo, te amo con locura y desenfreno, te amo tanto que no concibo la idea de estar lejos de ti. Perderte no es una opción porque, si te vas, tú, como dueña de mi corazón, me dejarás sin nada. Permíteme amarte; quiero aprender a amarte. —Las lágrimas empezaron a caer y humedecieron las mejillas de lady Windsor; todo estaba resultando mucho más doloroso de lo que había imaginado.

—¿Acaso no lo ves? Este amor que decimos profesarnos lo único que está logrando es que nos

lastimemos el uno al otro. Aceptar algo así no es nada sencillo, pero debes ver todo lo que ha pasado entre nosotros y entender que estamos arruinando lo poco que hemos alcanzado juntos. Me amas y, aun así, me lastimaste de todas las formas en que se te ocurrieron. Empiezo a creer que este sentimiento es como un veneno que carcome todo a su paso y acaba con ello. —Alfred lo negó.

—No puedes estar hablando en serio.

—Sí, sí lo hago. Tu amor es... tu amor es como un veneno que rompió mi corazón y acabó con él y con mis sentimientos hacia ti.

## Capítulo 12

—Milady, el duque le envía esto —le dijo Marinne al tiempo que le entregaba una pequeña nota doblada en dos.

—Gracias, puedes retirarte —respondió mientras abría el papel.

*Mi dulce dama, he cometido muchos errores en mi vida y, en gran parte de ellos, has resultado gravemente lastimada, y eso es algo que jamás podre perdonarme. Durante estos meses mi único propósito ha sido demostrarte lo grande y fuerte que puede ser nuestro amor si estamos dispuestos a vivirlo. Y ahora, que nuestro hijo viene en camino, estoy decidido a recuperarte.*

*Hoy quiero darte lo único que puede demostrarte lo mucho que te amo. Te espero en las caballerizas.*

*Ángel y yo te estamos esperando.*

*Siempre tuyo,*

*A. L.*

La duquesa acarició su prominente vientre con alegría y emoción. Tenía cinco meses de embarazo y era la mujer más feliz del mundo. El día en que ella le había dicho a su esposo que su amor era un veneno, todo había cambiado. Para ella, por más que había intentado, alejarse de él para mantenerse a salvo había sido una misión imposible. Alfred, con cada detalle, se acercaba más y más, hasta que ya no tuvo las fuerzas para decirle que no, aunque la guerra no estaba del todo perdida porque tampoco le decía que sí.

A diario le preguntaba si estaba un poco más enamorada de él; las respuestas no eran ni negativas ni positivas y, aun así, Windsor insistía en obtener de sus labios una contestación.

Un mes después de aquella conversación, la había convencido de volver a su habitación. No había sido fácil, pues ella se había estado negando a volver a caer en la idea de que todo estaba bien y de que su relación era perfecta; pero su esposo le había hecho entender que ella era la duquesa tanto dentro como fuera de la mansión, así que era su obligación mantener —al menos— la posición que le había sido otorgada. Los sirvientes no verían con buenos ojos la situación, y los chismes no se harían esperar; lo mejor era evitar.

Algunas noches la pasaban juntos. Para Ailiana había sido imposible cambiar en el lecho conyugal; alguna vez se había propuesto ser como cualquier otra dama y limitarse a no moverse mientras su esposo complacía su cuerpo. Pero había sido imposible; una caricia de Alfred,

sumada a un par de besos depositados en los lugares indicados, la hacía arder de placer a tal nivel que no tenía la fuerza de voluntad de cumplir con la idea. Y es que, cada vez que lo veía preso del éxtasis, era como si algo en su interior se encendiera y como si su cuerpo buscara enloquecerlo, por lo que seguía siendo la misma mujer que él tachaba de fogosa y ardiente. Y esas noches habían dado su fruto: estaba embarazada.

Su relación se había estado basando más en el respeto mutuo, dejando atrás la camaradería que alguna vez habían compartido. Apenas si habían salido a algún baile o respondido alguna invitación; eran conscientes de que las cosas no estaban de lo mejor y no estaban seguros de poder fingir perfección en su relación, tal como hacían todos los matrimonios.

—¡Marinne! —gritó emocionada. La mujer, agitada y asustada, no tardó en aparecer en su puerta.

—¿Pasa algo, milady? ¿Mando a llamar al médico? —preguntó preocupada ante el grito de su señora. Desde que se habían enterado de su embarazo, todos los sirvientes la cuidaban más de lo acostumbrado y estaban al pendiente de cada uno de sus movimientos; no querían que el bebé ni ella corrieran peligro.

—No, cálmate, que estoy en perfectas condiciones. Ayúdame a prepararme para salir, que me están esperando. Quiero el vestido más cómodo que tenga. —Su doncella corrió a obedecer sus órdenes. Últimamente se sentía muy cansada y con muchas ganas de dormir, así que se levantaba más tarde de lo normal y desayunaba en la comodidad de su cama, usando un ligero camisón; apenas si se preparaba para el almuerzo. Pero ese, al parecer, iba a ser un día especial, así que se levantó con toda la energía.

Se puso un vestido color lila bastante cómodo, gracias a que no se ajustaba a su figura, porque estaba diseñado para cuando tuviera el vientre más prominente. Ya se empezaba a sentir el frío propio de la navidad, así que se cubrió con una gran capa que la cubriría de cualquier percance del clima, su parasol, y estaba lista.

Tal como decía la nota, fue hasta las caballerizas y más directamente hasta el cubículo en el que descansaba Ángel, el caballo blanco que le había regalado después de descubrir lo de su embarazo. Era un animal tan hermoso que lamentaba mucho no poder cabalgar en él como tanto le gustaba, pero debía ser muy cuidadosa si quería que su bebe naciera sin problemas de salud.

—Hola, precioso, ¿tú sabes en dónde estará Alfred? —dijo mientras acariciaba su cabeza. El nombre era en honor al color de su pelaje, pues era el blanco más puro que había visto en su vida.

En su momento su padre le había regalado una linda yegua de pelaje color café que muchas tardes la había llevado a todo galope; pero, cuando le había pedido al conde que se la enviara a Londres y el caballero se había negado, fue un golpe fuerte que la había entristecido profundamente durante varios días. Hasta que su esposo le regaló a Ángel con la excusa del embarazo; aunque, desde que lo había visto llegar con el animal, supo que su única intención era

aliviar la tristeza de su corazón, y ese era un detalle que le agradecería toda la vida.

Continuó revisando el lugar, pero no encontró nada; estaba desértico. Ya había empezado a considerar que había sido una estupidez ir para nada cuando, en el cuello de Ángel, observó un papel doblado y amarrado con una cinta. Se acercó y lo tomó.

—Con que tú tenías mi tesoro y no querías decirlo —le recriminó juguetona al caballo. A pesar de ser de raza pura y todo un semental, era muy tranquilo; por lo menos, con ella lo era. Solo esperaba que, llegado el momento en que pudiera cabalgarlo, la aceptara. Pasaba las tardes cepillándolo por eso: para que se acostumbrara a su presencia y cercanía. Serían grandes amigos.

*Llevamos mucho tiempo tan distanciados que me siento morir siempre que no te puedo besar y abrazar como tanto deseo. Quiero pensar que, con todo lo que he hecho, te he demostrado lo mucho que te amo y hasta dónde estoy dispuesto a hacer por ti.*

*Tal vez la mejor forma de recuperarte no es poniéndote contra la espada y la pared, obligándote a tomar una decisión de inmediato; pero puedes tener la certeza de que, aunque la respuesta de hoy sea negativa, yo nunca dejaré de intentarlo. Tú lo eres todo para mí, nunca lo olvides.*

*Si aún me amas o crees poder llegar a amarme, llega hasta el final de esta aventura; de lo contrario, dile a cualquier sirviente que me lleve tu respuesta.*

*Si estás dispuesta a continuar, te espero en el campo de flores.*

*Siempre tuyo,*

*A. L.*

Era cierto: cada día —durante los últimos casi seis meses— le había estado demostrando su amor no solo con regalos costosos, sino también con palabras bonitas, con miradas, con sonrisas, siempre estando al pendiente. Todo eso era amor; no tenía duda alguna. Su esposo la amaba tanto como ella lo amaba a él. Nunca había dejado de amarlo; al contrario, era un sentimiento que, con cada uno de sus detalles, aumentaba un poco más. Y lo conocía tan bien que sabía que, aunque se negara, él nunca se daría por vencido; no estaba dispuesto a renunciar ni a ella ni a su amor.

Dobló el papel, salió de las caballerizas y empezó a caminar con lentitud hacia el punto de encuentro. Por suerte, solo tenía cinco meses de embarazo y su vientre no era de un tamaño que le impidiese moverse con libertad, así que la caminata no le haría ningún daño. Todo lo contrario: odiaba estar encerrada en la mansión, en donde apenas si encontraba algo en qué ocupar tu tiempo; salir a caminar era perfecto.

Tardó varios minutos en llegar; era un prado ubicado a varios kilómetros de la mansión, un espacio que estaba cubierto por flores de todo tipo y color y rodeado por cientos de árboles de diferentes tamaños. Alguna vez Alfred le había dicho que la antigua duquesa había sido la encargada de crear aquel lugar. Después de la gran tristeza y decepción que sentía siempre que perdía un bebé, sembraba tantas flores como podía y, durante su último embarazo, para mantenerse calmada con la esperanza de pronto llegar a tenerlo en los brazos, se dedicó a sus preciosas flores. Lo que no había imaginado fue que, para darle vida a su hija, tendría que dar la suya; su

esposo siempre le agradecería que le hubiera dado una hermana como Cassandra.

Cuando empezó a caminar entre los árboles, pudo ver que, en medio de las flores, se levantaba una improvisada carpa con lo que parecían sábanas; a lo lejos lucía realmente mágico, y lo confirmaba a cada paso.

Al llegar el interior estaba cubierto por cojines y mantas, además de por una pequeña mesa en la que había varias galletas, postres y lo que parecía ser una bebida. En el medio de la mesa, había un gran ramo de flores desde el que se levantaba una nota más. Con solo ver el papel, su corazón se aceleró sabiendo que allí encontraría una pista más para encontrar a su amado duque.

*Quiero que, en un par de años, cuando tengamos a nuestros hijos, les mostremos estas pequeñas notas para contarles cómo fue que empezó nuestra historia de amor. Quiero que algún día les demos la oportunidad de soñar con encontrar el amor. Puedo prometerte que nunca les haré a nuestros hijos lo que nos hicieron a nosotros, nunca los obligaré a casarse con alguien a quien ellos no hayan elegido con libertad.*

*Cuando mi padre murió y tú apareciste en mi vida sin siquiera buscarlo, supe que era mi oportunidad de cambiar el rumbo. Tal vez no lo demostré como debí hacerlo, pero puedo prometerte que sabrás cuán enamorado estoy de ti durante todos los días de mi vida. Eres lo mejor que me pudo haber pasado.*

*Soy tuyo, siempre tuyo,*

*A. L.*

—La verdad es que he llegado a dudar de que vinieras a verme —dijo y llamó su atención. Ailiana se giró hacia la entrada—. Aunque mi corazón ansiaba verte entrar caminando con nuestro hijo, que crece en tu vientre, porque el que estés aquí significaría que estás aceptando mi amor. — La dama sintió que sus mejillas se tornaban rosadas y sonrió a su esposo.

—Si te soy sincera, la verdad es que no he tenido la oportunidad de siquiera considerar la posibilidad de no venir. —No le estaba confesando sus sentimientos con todas las letras, pero sí usaba las suficientes y necesarias para que él entendiese su significado. Para ella no era nada fácil volver a confiar en sus palabras después de todo lo que había sucedido y de la forma en que había terminado. Más parecían un par de desconocidos que una pareja de recién casados, aunque él supo abrirse camino en su vida, y ya no concebía un futuro sin Alfred Lowell.

—Estoy seguro de que no hay hombre más feliz en el mundo que yo en este momento. En estos meses he aprendido que poco importa el dinero si no puedo disfrutar de la felicidad que se refleja en tu rostro siempre que te llevo, aunque sea, una simple flor. En este tiempo he entendido que no puedo seguir sufriendo por el pasado y por lo que viví junto a mi padre; después de todo, fue gracias a lo que él me dio que tuve la oportunidad de elegirte a ti por esposa. Me enseñó a conseguir lo que deseo a como dé lugar, porque un duque no conoce el significado del «No»; y, aunque sí puede que los años a su lado no fueron nada sencillos, desde que tú has llegado a mi vida, todo cambió. Es mi deber darle la oportunidad a esto tan hermoso que me estás enseñando. —Ailiana no soportó más la distancia y se acercó con lentitud; no quería correr el riesgo de

caerse y lastimar a su bebé.

—Es que, durante estos meses, me has enseñado que el amor es mucho más que lo que se vive en los momentos felices; también son las peleas y el llanto cuando todo se torna complicado. Bien dicen por ahí que amar nunca es sencillo; Cassandra sí me advirtió que para amar debo entender que para recibir hay que dar, y entregarse es de las mejores sensaciones del mundo. —El duque la abrazó con uno de sus brazos mientras que su mano libre la puso sobre su vientre, sobre el verdadero fruto del amor que en silencio se profesaban mientras compartían las noches.

—Es que a tu lado he aprendido a amar, he entendido que la forma en que te estaba demostrando todo lo que sentía no era la correcta; mis actos sí eran casi como un veneno con el que te estaba lastimando, y eso es algo que no me perdonaré jamás. —Su esposa movió su cabeza de forma negativa y lo abrazó por el cuello, y unieron sus frentes.

—No importa lo que hicimos o dejamos de hacer en el pasado; lo único que realmente debe interesarnos es que aprendimos la lección y que aquello no volverá a suceder.

—No, te juro que Amelie no volverá. —La duquesa se apartó un instante para lanzarle una mirada de advertencia, pero tras una risita volvió abrazarlo con fuerza, a la vez que sus labios se posicionaron sobre los de él en un delicado beso. Con todo lo que había sucedido, a Alfred no le quedó más opción que explicarle quién era Amelie. Y el problema no fue que la mujer en cuestión había sido su amante años atrás; la causa de su desacuerdo se basó en que la había vuelto a buscar y en que se la había presentado aun sabiendo el dolor que podía generarle.

—Prometiste que nunca más habría otra mujer en tu cama que no sea yo; nos juramos fidelidad, y pienso recordártelo si alguna vez empiezas a olvidarlo. —Les había costado un mes poder hablar del asunto sin terminar a los gritos; la única forma de dejar el tema en el pasado y avanzar fue comprometerse mutuamente a que nunca habría otra persona intercediendo en su relación, unas palabras que ambos tenían la fiel convicción y propósito de seguir al pie de la letra. Amaban demasiado al otro como para siquiera considerar compartir una noche de pasión con otra persona.

—Y nunca la habrá. —Reiteró su promesa.

—Pues solo espero que no olvides que siempre tendré en mi posesión tanto las cartas como tus palabras y que te las recordaré cuando sea necesario —dijo entre besos, con una sonrisa que curvaba sus labios. Era feliz, mucho más que feliz con lo que se había convertido su vida.

—Advertencia recibida —respondió, tras una risa, siguiendo a las exigencias de sus labios.

La abrazó con fuerza y la besó con pasión hasta que su cuerpo tembló ante las ansias de perderse en las curvas de su esposa. Y por la forma en que las manos de Ailiana se aferraban a su camisa, como queriendo arrancársela, supo que sentía lo mismo; pero, aun en contra de sus deseos y viéndose obligado a usar toda su fuerza de voluntad para detenerse, tenía un propósito y no había hecho tanto para olvidarlo justo cuando estaba tan cerca de conseguirlo.

—Amor, amor, espera. Hay algo que debo decirte —susurró mientras intentaba detenerla, pero ella se negaba a permitirlo.

—No, no es el momento, Alfred. Ya tendrás toda una vida para decirme lo que gustes, pero este

no es el momento. —El duque la tomó por las muñecas de sus manos, sin llegar a hacerle daño, y la obligó a detenerse; aunque, por el ceño que apareció en su frente, supuso que no le gustó mucho la idea.

—Sí, sí es el momento. Cuando te invité a venir hasta acá, en donde nadie podría vernos y donde podríamos gozar de un poco de intimidad, solo pensaba en hacer algo que llevo mucho tiempo deseando. —La duquesa soltó un suspiro y se dio por vencida; era obvio que Alfred no daría su brazo a torcer así que, entre más rápido lo dijera, más rápido podría convencerlo de hacerle el amor como tanto deseaba. A menos que...

—No me digas que lo que querías era que hiciéramos el amor aquí, en medio de un prado lleno de flores; porque, si es así, yo estaré encantada. —Windsor soltó una fuerte carcajada.

—Por Dios, Ailiana, qué cosas se te ocurren. Aunque suena muy tentador, no, no es mi propósito. —Metió su mano en el bolsillo de su chaqueta y colocó una rodilla en el suelo, lo que la dejó anonadada—. Sé que nuestra unión no comenzó de la mejor manera, así que quiero reivindicarme empezando de cero. —Sacó una pequeña caja de terciopelo y, al abrirla frente a sus ojos, apareció un precioso anillo con un zafiro en su centro—. Cásate conmigo, Ailiana. —La duquesa soltó una carcajada.

—Alfred, ya estamos casados y, aunque diga que no, eso no va a cambiar nunca.

—Tal vez, pero tienes al libertad de responder lo que desees y, si tu respuesta es negativa, pues eres libre de irte a otra de las propiedades o de hacer lo que gustes. Todo depende de ti; tú mandas. —Le dio mucha ternura escucharlo hablar de esa manera. En los últimos meses, se había tomado el trabajo de conocer de verdad al hombre que había elegido para compartir su vida, y no le cabía duda alguna de que era perfecto, todo un caballero que lo único que quería era hacerla feliz.

—Por supuesto que me casaré contigo.

## Epílogo

—Amor, ¿no te gustaría tener otro hijo? —preguntó el duque a su esposa, desde el marco de la puerta de la habitación de su hijo Joseph. La duquesa se estaba encargando de acostar y arropar al pequeño de tres años.

—Mami, ¿me vas a leer un cuento? No logro quedarme dormida —dijo la pequeña de cinco años mientras entraba a la habitación. Ailiana miró a su esposo con un tanto de burla antes de responderle. Pasaban tanto tiempo como podían con los niños pero, como estaban en plena temporada social, los eventos los mantenían lejos de casa, así que prometió acostarlos antes de irse.

—Aline, amor, ya deberías estar acostada, mi niña. —El pequeño Joseph ya dormía profundamente, así que se levantó de la cama, tomó a su ángel en brazos y la llevó a su habitación.

—Es que quería que me acompañaras un poco más. —La adormilada voz de su hija la llenó de ternura, así que no tuvo corazón para regañarla.

Aline, la mayor, ya tenía cinco años y era la viva imagen de su padre; se parecían tanto que les encantaba ponerse uno junto al otro para encontrar todas las similitudes. Pero Joseph era mucho más parecido a la duquesa, excepto en los ojos; esos eran, sin duda, el azul de su padre. Eran una familia feliz y dichosa de vivir con todo lo que tenían; tal como se habían prometido aquella noche, en la improvisada carpa del prado, antes de que se hubieran entregado el uno al otro, se amaron con locura. Las peleas eran normales y, hasta en una oportunidad, habían estado varios días separados, pero al final siempre entendían que un sentimiento como el amor conllevaba muchas cosas, y cada una de ellas fortalecía su amor a su manera.

—¿De verdad quieres tener otro hijo? Con dos apenas si tenemos tiempo para nosotros, y ya nos superarían en número —le recordó al salir de la habitación, después de que la niña cayera profundamente dormida. Había terminado tan cansada que ya no tenía las energías necesarias para asistir a la velada de esa noche.

—Me encanta la idea de tener otro hijo; amo cada segundo no solo del proceso, sino también de su nacimiento y crecimiento. Aline y Joseph ya están muy grandes. —Ailiana soltó una carcajada.

—Pues solo espero que no me pidas un hijo siempre que el último cumpla dos o tres años de edad, o terminaremos con muchos más de los que deberíamos. —Aunque por sus palabras bien podría darse a entender que estaba rechazando la idea de tener otro hijo, sus brazos pronto se

enredaron en el cuello de su esposa, y dejó sus labios a apenas una corta distancia.

—Puede que sí —respondió, lo que le causó una fuerte risa.

—En ese caso lo mejor será no asistir a la velada y quedarnos aquí. Como buena y devota esposa, vivo por complacerte, esposo mío. Y si tú deseas otro hijo, pues yo estaré encantada de tenerlo.

—Te amo tanto, mi dulce dama. Eres mucho más de lo que algún día creí merecer; cada día le agradezco a Dios por haberte puesto en mi camino. —Con el tiempo siguieron demostrándose el amor con tanto empeño que muchos llegaron a envidiar su relación. Una palabra, una sonrisa o una mirada pueden tener la fuerza de un batallón cuando son la muestra del verdadero amor.

—Yo te amo aún más, mi duque, muchísimo más.

Si te ha gustado  
*El veneno de tu amor*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Amor, pasión y dulzura*  
de Maira Mas



En la puerta de embarque del Aeropuerto de los Rodeos, Tenerife, les dieron el periódico *El País*. El titular de la noticia principal, que invadía toda la página de la portada, era el siguiente: «EE.UU. y Cuba abren relaciones. Fin a 53 años de Guerra Fría en América».

Aurora se sorprendió igual que María. No daban crédito. Se aceleró el ritmo de sus corazones. ¿Y si La Habana ya no era lo que había sido? En el avión con destino a Madrid, estuvieron

pensando en cómo estaría Cuba en la actualidad. ¿Mejor o peor? Temblaban. Las dos, al unísono, dijeron: «Nada volverá a ser como antes».

En el vuelo de Madrid a La Habana, María recordó lo que le habían dicho los cubanos que vivían en Little Habana (Miami): «Si entran los americanos, destruirán Cuba». En una fracción de segundo, madre e hija visualizaron una Habana distinta, una ciudad en pleno esplendor invadida de turistas y de infraestructura hotelera. Una oleada de preguntas sin respuesta acechó sus mentes durante el viaje.

—Aurora, La Habana ha cambiado —le dijo María a su hija con un tono de voz desconcertante.

Al final llegaron a la conclusión de que La Habana seguiría siendo igual, una ciudad de ensueño anclada en la década de 1950. Ese titular solo significaba un primer acercamiento diplomático entre ambos países.

Llegaron al Aeropuerto Internacional José Martí de La Habana el 18 de diciembre de 2014. En su memoria y en su corazón, quedaban aún restos de un naufragio. Siempre la esperaba. Ya no. En todos sus viajes a Cuba, había ido sola. Esa vez iba acompañada por su hija Aurora, la cual sabía todo, como si fuera la protagonista real de su historia.

Se vieron sumergidas en un diminuto espacio donde se concentraron de golpe cientos de personas. Ya era demasiado tarde. María no se acordó de que, al llegar al aeropuerto, tenía que salir corriendo para pasar ese trance tan traumático del control de aduanas. Quién iba a imaginarse que, después de tantos años, seguiría siendo un caos.

En la aduana había quince filas marcadas con números rojos. Todos los pasajeros, que procedían de diferentes países, ansiaban traspasar aquellos números. El tiempo transcurría y todo seguía colapsado. Nadie podía avanzar.

Un calor asfixiante invadía el lugar. No había ni siquiera un banco para sentarse. Aquel bochorno, la concentración de gente y la lentitud del trámite aceleraban el desvanecimiento. La situación era extrema. María y Aurora estaban perdiendo el poco control que les quedaba. Habían pasado más de diez horas encerradas en un avión internacional procedente del Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas, cuyo destino era La Habana, Cuba. A las diez horas de cansancio acumulado se le añadían tres más de un vuelo nacional. Y en aquel momento esas colas, que no desaparecían.

Mientras María y su hija esperaban su turno, una señora cubana iba repitiendo que en Cuba todo seguía igual. Peor: comentaba que a una prima suya le habían perdido su equipaje y que aún no se lo habían devuelto. En ese momento todo se paralizó en María porque, en la única maleta que habían embarcado, llevaban los alimentos que quizás podrían necesitar. Su corazón presentía que serían muy útiles a pesar de irían a un hotel con todo incluido.

El control de aduanas era aún más lento que antes por el «protocolo» que los pasajeros estaban obligados a cumplir. Cada persona tenía que pasar individualmente aunque viajara acompañada.

Una vez allí, el funcionario se encargaba de sellar toda la documentación imprescindible para poder entrar al país: pasaporte en vigor y visado turista. Para finalizar el proceso, era obligatorio incluir una foto sacada en ese mismo instante.

Después de la aduana tuvieron que pasar un control policial. De repente, María y Aurora se vieron rodeadas de uniformes verde oliva.

—Muéstreme la mochila, señora —gritó un policía, en un tono estilo militar, después de pasar la segunda mochila por el escáner.

—Aquí tiene, señor.

El policía empezó a remover toda la mochila.

—Estas mandarinas se quedan aquí. No las puede pasar, señora.

—Le entrego todos los certificados médicos en los que consta que preciso este alimento por salud —respondió María.

María tenía que viajar cada vez con más certificados médicos. Necesitaba alimentos especiales que no se podían comprar en ningún aeropuerto.

—No me va a quitar lo que necesito —dijo María con voz firme, mirándolo a los ojos.

—Las puede pasar —contestó el policía después de leer sus certificados médicos.

Años atrás, en el control policial del Aeropuerto José Martí, le habían quitado un fuet artesano que había comprado especialmente para su familia cubana. Se habían reído de ella y había visto cómo empezaron a tragárselo sin medida delante de sus narices.

En la sala de recogida de equipajes, María divisó, entre la multitud de personas, su silueta. Aquel lugar, donde siempre la esperaba, estaba vacío. Él no estaba allí.

## El veneno de tu amor



Alfred Lowell, heredero al ducado de Windsor, ha vivido entre las sombras desde que tiene memoria, obligado a estar encerrado en casa. Cansado de los desprecios de su padre decide enfrentarlo y ser él mismo quien resuelva su futuro.

Para empezar, determina encontrar una esposa a su gusto y conveniencia, pero quiere una vida tranquila, así que busca una mujer capaz de vivir fuera de las temporadas sociales en Londres, una mujer con quien compartir su vida. Poco o nada sabe de los sentimientos, y ese punto acabará siendo factor relevante, pues búsqueda cambiará cuando cierta mujer le enseñe el mundo desconocido de su corazón.

Lady Ailiana Bramson es la solterona hija conde de Drumlint, dado que muchos la consideran una mujer extraña e incluso peligrosa después de lo sucedido con su fallecido prometido. Cuando Ailiana ya había dejado atrás todos los deseos y sueños de romance correspondido el caballero menos pensado la convirtió en la receptora de sus atenciones, solo que nunca llegó a imaginar que el amor podría traerle tanto dolor.

Ambos entenderán que, cuando no se sabe amar, se corre el peligro de convertir este sentimiento tan puro y hermoso en el veneno que acabe con ellos.

**Fernanda Suárez.** Tiene diecinueve años, es colombiana y estudia Relaciones Internacionales y Estudios Políticos. Ama leer desde los 12 años, y fue Jane Austen y su libro *Orgullo y Prejuicio* quién la enamoró.

Un día, unas grandes amigas la animaron a que escribiera, y la escritura se ha convertido desde entonces en su mayor placer. Piensa que los libros son un pequeño descanso, un mundo en el que puedes ser y hacer lo que desees, solo hay que disfrutarlos.

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2020, Fernanda Suárez

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-08-1

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

El veneno de tu amor

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Fernanda Suárez

Créditos